

5CCI

ROUV

CONFESIO
UN NOB

PQ2625
.E53
C648



1020027053



UANL

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

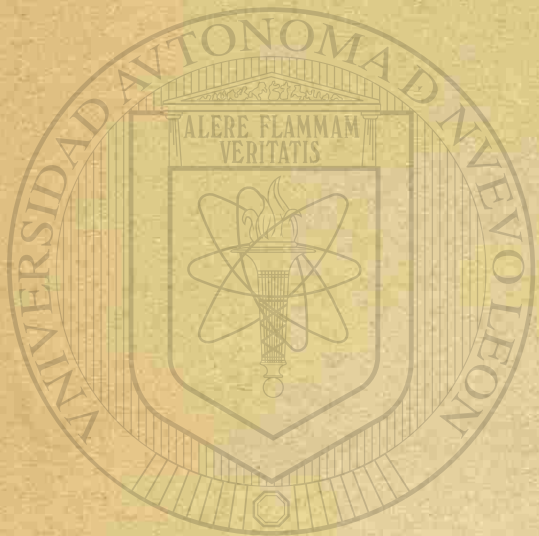


UANL

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN



DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS 85643

Núm. Clas. *N*

Núm. Autor *M 5671c*

Núm. A. *30571*

Edición *8-*

Presión

Fecha

Exemplar

Catalogo *029*

LA CONFESIÓN DE UN NOBLE



30571

BIBLIOTECA POPULAR RIVADENEYRA

OBRAS SELECTAS DE LA LITERATURA UNIVERSAL

2,50 PESETAS EL VOLUMEN

Publicadas.

- P. LOTI.—*El pescador de Islandia.*
HÉCTOR MALOT.—*Justicia.*
JORGE OHNET.—*La Condesa Sara.*
GUY DE MAUPASSANT.—*Las termas de Monte Oriol.*
PRÓSPERO MERIMÉE.—*Colomba.*
ALEJANDRO DUMAS.—*El caballero de Harmental.*
P. LOTI.—*Madame Chrysanthème.*
THEURIET.—*El galán de la Gobernadora.*
GONCOURT.—*Renata Mauperin.*
FERNÁNDEZ Y GONZÁLEZ.—*Historia de los siete murciélagos.*
A. DE MUSSET.—*La confesión de un hijo del siglo.*
C. MEROUVEL.—*La confesión de un noble.*

En prensa.

- A. KARR.—*Clovís Gossetin.*
P. LOTI.—*Historia de un Spahi.*
MAYNE REID.—*Los cazadores de plantas.*
— *Los trepadores de rocas.*

Seguirán obras de los más esclarecidos autores nacionales y extranjeros.

BIBLIOTECA POPULAR
RIVADENEYRA

OBRAS SELECTAS DE LA
LITERATURA UNIVERSAL



LIBRERIA Y EDITORIAL RIVADENEYRA

AVENIDA DEL CONDE DE PEÑALVER, NÚM. 8

MADRID

30571

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE MEXICO
BIBLIOTECA GENERAL DE BIBLIOTECA DE NUEVO LEXICO
"ALFONSO REYES"
CALLE 1025 MONTEBANO, MEXICO

843

PA 2625

M.

.E53

C648



BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
FONDO RICARDO GOVARRUBIAS

SUC. DE RIVADENEYRA (S. A.). PASEO DE SAN VICENTE, 29.—MADRID

LA CONFESIÓN DE UN NOBLE

I

Empiezo por pedir al lector que me dispense el que me presente en escena y le obligue a fijar su atención en mi modesta persona.

Peró puede el lector tranquilizarse.

Esto sólo durará un instante.

Hace algunos meses (este último otoño) me encontraba yo en uno de los cantones más salvajes y más pintorescos del Morvan, entre Corbigny y Saulieu.

Había ido a pasar algunos días en casa de un amigo propietario (en aquel país, que no ha perdido nada de su antiguo aspecto) de un castillo rodeado de trescientas hectáreas de tierra, donde algunos prados cortan solamente la monotonía del paisaje.

El castillo que en la actualidad poseía mi amigo no tenía pretensiones artísticas.

843

PA 2625

M.

.E53

C648



BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
FONDO RICARDO GOVARRUBIAS

SUC. DE RIVADENEYRA (S. A.). PASEO DE SAN VICENTE, 29.—MADRID

LA CONFESIÓN DE UN NOBLE

I

Empiezo por pedir al lector que me dispense el que me presente en escena y le obligue a fijar su atención en mi modesta persona.

Peró puede el lector tranquilizarse.

Esto sólo durará un instante.

Hace algunos meses (este último otoño) me encontraba yo en uno de los cantones más salvajes y más pintorescos del Morvan, entre Corbigny y Saulieu.

Había ido a pasar algunos días en casa de un amigo propietario (en aquel país, que no ha perdido nada de su antiguo aspecto) de un castillo rodeado de trescientas hectáreas de tierra, donde algunos prados cortan solamente la monotonía del paisaje.

El castillo que en la actualidad poseía mi amigo no tenía pretensiones artísticas.

Al primer golpe de vista se comprende que ha sido edificado hace doscientos años por albañiles a los cuales no ha dirigido ningún arquitecto.

Sin embargo, en aquellos sitios salvajes hace muy buen efecto.

La cuadrada y larga fachada está cubierta de ventanas desiguales y flanqueada en una de sus extremidades por una torrecilla también cuadrada, y en la otra por una redonda.

Todo el edificio está cubierto por tejados de pizarra de mucho declive, bajo los cuales una fila de almenas forma la cornisa.

Se ve allí algo de la arquitectura feudal, tanto, que a distancia parece el edificio una pequeña fortaleza; de cerca, en cambio, ya se ve que sólo es una casa algo más vasta que la de los colonos ricos del país, la mayor parte de los cuales ocupan antiguos castillos abandonados y ruinosos.

Aquel a que nos referimos es conocido en el país por el castillo de Brault, y a los ojos de mi amigo, que era muy taciturno por naturaleza y aficionado a la soledad, tenía la inmensa ventaja de estar aislado y casi inaccesible a los visitantes importunos.

Por fin llegué a él con gran trabajo, y ayudado de un conductor que tomé en Corbigny, después de una carrera de tres horas en un cabriolé,

cuando ya se había hecho completamente de noche.

Una espesa niebla me ocultaba por completo la vista de los terrenos por que atravesábamos, y el cabriolé se detuvo delante de la casa, sin que yo hubiese divisado ni adivinado su proximidad más que por las luces que se escapaban de tres ventanas del piso bajo.

Una de aquellas ventanas, enorme, casi cuadrada, con antiguos vidrios verdes sostenidos con plomos, era la de la cocina.

Las otras dos servían para dar luz a un comedor grandioso, que me hubiera parecido sumamente triste si no lo hubiese alegrado un magnífico fuego que ardía en la chimenea y una gran mesa cubierta de blanquísimo mantel y perfectamente servida, bajo una lámpara antigua, suspendida, que parecía arrancada de un cuadro de Gerardo Dow. Dos personas me esperaban en aquel comedor.

Una de ellas vino hacia mí corriendo con los brazos abiertos.

Era mi amigo, un soltero de cuarenta y cinco años, a quien las mujeres habían hecho algo misántropo, como a tantos otros.

Inútil es pintarle aquí.

Es un antiguo parisiense de boulevard, que vive retirado en su castillo como en un claustro.

Allí, cultivando sus lechugas y paseándose por sus frondosos bosques, olvida ciertas heridas de su corazón, cuya memoria levanta a veces su pecho con un amargo sollozo y hace subir lágrimas a sus ojos.

El otro convidado es un anciano sacerdote que representa más de setenta años, muy bien conservado, bajito, alegre, de ojos vivos y penetrantes y de fisonomía movible y espiritual. Tipo, en fin, perfecto y acabado del aldeano morvandés, ilustrado por el estudio y afinado por una larga experiencia de la vida.

Desde el primer momento se sentía uno atraído hacia él, al ver aquel rostro lleno de franqueza e inteligencia, así como también de una dulce y caritativa filosofía.

Aun no había acabado la comida, y ya hablaba yo con él con la misma confianza y perfecta intimidad que si le hubiera conocido toda la vida.

—¿Hace mucho tiempo que estáis en Brault, señor cura?—le pregunté.

—Treinta y tres años.

—¡Bah, eso es una friolera!... ¿Y no habéis querido salir nunca de aquí?

—No, no he querido... Nuestro obispo me ha propuesto en dos o tres ocasiones enviarme a otra parte; pero yo siempre le he suplicado que me

dejase donde estoy, y ha consentido en hacerlo... Aquí soy feliz... Mis padres, que eran unos modestos labradores de Montsanche, me han dejado algunas rentas, y además—añadió en tono confidencial—, ciertos recuerdos me ligan a este país, hasta el punto de que me costaría sufrir mucho el tener que alejarme de él.

Aquella palabra *recuerdos*, que pronunció el anciano con voz grave y conmovida, despertó en mí una viva curiosidad.

Yo no sé si el anciano sacerdote lo notó, porque se sonrió, y, moviendo la cabeza, dijo:

—Mis recuerdos no pertenecen al orden que quizás maliciosamente suponéis. Demasiado he visto que tenéis mucha imaginación; pero por viva que ésta sea, no creo que podáis nunca llegar a figuraros la triste realidad a que pertenecen estos recuerdos.

Y poco a poco el anciano se fué animando.

—Los novelistas—dijo—en vano buscarían entre las causas célebres, en vano agotarían todos los recursos de su imaginación, revisarían todos esos tipos de criminales notables que los Tribunales juzgan a cada paso, sin lograr encontrar muchas veces tanto misterio, tanto horror y tan trágicos sucesos como existen a menudo en esos dramas ocultos e ignorados que se desarrollan en la realidad, dentro de nuestros propios hogares...

¡Si supiérais lo que hace muchos años pasó aquí mismo, en esta casa!...

Mi amigo levantó la cabeza.

—Nunca me habéis hablado de eso—dijo al anciano.

—En efecto, porque son cosas que más vale no pensar; y si lo he dicho ahora, ha sido porque en mi conversación con vuestro amigo, que ya lo es mío, hemos hablado de los recuerdos que me ligaban a este país.

—¿Se trata quizás del marqués de Brault?—replicó mi amigo.

—Es verdad—contestó el anciano—; se trata de aquel pobre marqués de Brault que tan amigo mío fué en otro tiempo... tanto como vos lo sois ahora.

—¿Murió muy anciano?

—A los ochenta y dos años, solo, con sus tres criados, que eran casi tan viejos como él, y los cuales no tardaron en seguirle a la tumba. Todos ellos duermen ahora en nuestro cementerio, a la sombra de la cruz de nuestra pobre iglesia. Después del fallecimiento del marqués fueron vendidas todas las tierras y propiedades de éste, divididas en lotes. Vuestro padre compró el castillo y trescientas hectáreas de tierra por un pedazo de pan. Hace ya veinte años de esto, y hacía diez y seis que era yo cura de Brault. El marqués me

quería mucho, y yo guardo su memoria como la del más perfecto caballero y como la del más digno y honrado que he conocido... Casi todos los días venía yo a comer con él, y luego nos sentábamos frente a frente, delante de la chimenea durante las largas noches de invierno.

Era el marqués un anciano noble y hermoso, que tenía más de seis pies de estatura y estaba formado como un atleta, con poderosos y anchos hombros, los cuales apenas habían logrado encorvar los años... Aun parece que le estoy viendo, con sus cabellos casi negros, salpicados de algún hilo de plata, y su ancha frente, surcada en el centro por un profundo pliegue.

Iba constantemente vestido con una larga levita, pantalón de terciopelo y polainas de cuero sobre los fuertes zapatos, anchos y cómodos.

Gustaba mucho de la distracción que proporciona una conversación agradable; pero nunca tenía trato íntimo con nadie, y cuando sus amigos venían a visitarle alguna vez, pagaba cortésmente la visita al día siguiente. No obstante, no aceptaba invitación alguna, ni admitía a su mesa, servida siempre con esplendidez, a nadie más que a los íntimos, el cura con sus colonos, y de cuando en cuando, alguna compañía de cazadores extraviados en el bosque en persecución de algún lobo o jabalí.

Los viajeros podían estar siempre bien seguros de encontrar en Brault una hospitalidad franca y cordial.

Abundaban mucho, por entonces, los animales dañinos en nuestros bosques, y aun cuando hoy, a Dios gracias, van siendo cada día más raros, en aquel tiempo poblaban el país de tal modo, que hasta alguno penetraba a veces en nuestras propias casas; pero las carreteras y los caminos de hierro los han arrojado no sé dónde, y no han vuelto a verse.

El marqués de Brault deploraba las mejoras y los trabajos del progreso. Había ido a París una sola vez durante su juventud, y había traído de la gran ciudad una impresión de verdadero horror por las miserias, corrupción e inmoralidad que en ella abundan tanto.

Sin ser lo que se llama un hombre muy rico, poseía el marqués una enorme extensión de terreno, que rodeaba su castillo y que mediría de ocho a diez mil fanegas; pero sacaba poco partido de ellas, porque pagaba a su gente con excesiva largueza y quería que todo lo que él tocase o dependiese de él, de lejos o de cerca, colonos, guardas o leñadores, vivieran en la abundancia.

Podía decirse que no tenía nada suyo, pues su bodega y su despensa estaban siempre a disposi-

ción de todo el mundo, así es que cualquiera usaba y aun abusaba de ambas.

Era muy generoso, y sólo en un punto se había mostrado inflexible, pero en otro tiempo, en su juventud, pues cuando yo le he conocido, sus guardabosques no perseguían jamás a los cazadores furtivos, y con gran extrañeza de todas las gentes del país, tenía una excesiva tolerancia con ellos.

Este punto era la caza.

La pasión del marqués por este placer, tan común y tan venerado en el país, era legendaria y conocida en veinte leguas a la redonda, hasta el extremo de que cuando hoy se ve una buena trailla de perros que va a perseguir a algún jabalí o a algún lobo y es ponderada y admirada de toda la gente joven, los ancianos suelen decir, haciendo un gesto desdeñoso:

—¡Si hubieseis visto las cacerías del marqués de Brault! ...

Yo mismo, como buen hijo de esta tierra, me sentía atraído, cuando fui nombrado para este curato, y a pesar de mis hábitos, no por el deseo de cazar, sino por el de presenciar las cacerías y seguir a lo lejos esas peripecias y esas luchas tan conmovedoras, en las cuales el hombre y la fiera rivalizan en astucia, en fuerza y en tenacidad.

Ya lo he dicho: Brault me atraía.

Esta comarca, cubierta de estanques y de bos-

ques inmensos, parecía prometerme goces desconocidos y acariciaba mi secreta pasión.

Pero mi decepción fué completa.

El marqués no hablaba nunca ni de perros, ni de caza, ni de nada que tuviera que ver, poco o mucho, con sus antiguas cacerías.

¡Ni una alusión al placer favorito de su juventud, ni una palabra para recordar los triunfos de su amor propio!

Las magníficas escopetas de todas clases, bruñidas con escrupuloso cuidado por los guardas, yacían en los armeros; los látigos de los monteros adornaban las panoplias. Algunas cabezas de perros de caza, admirablemente disecadas, se mezclaban con las pieles de oso y con las cornamentas de los ciervos; pero sólo como trofeos de pasados triunfos.

Al pasar junto a estos atributos, que tan queridos y gratos debieron serle en otro tiempo, el marqués volvía la cabeza; y si alguna vez, por distracción u olvido, su vista tropezaba con ellos, la apartaba en seguida, haciendo un gesto de horror.

No tardé en notar que a veces se ponía súbitamente rojo o pálido, y su rostro cambiaba de un modo extraño, sin causa alguna y sin duda bajo la impresión de algún penosísimo recuerdo.

Más de una vez vi una lágrima silenciosa res-

balar por su mejilla, y hasta cierta noche le sorprendí haciendo la señal de la cruz.

Por otra parte, no me cabía duda alguna de que no era su edad la causa que impedía al noble marqués dedicarse a su placer favorito.

A los setenta y cinco años el señor de Brault estaba tan ágil como a los cincuenta, y se tenía en su caballo lo mismo que un joven.

¿A qué, pues, podía obedecer aquella renuncia voluntaria a lo que había constituido su única pasión?

A no dudar, allí se encerraba algún secreto; pero ¿cuál podía ser?...

Al cabo de dos o tres años de estancia en Brault, una extraña curiosidad se apoderó de mí, y confieso con vergüenza que traté de satisfacerla por todos los medios que estuvieron a mi alcance.

Tenía el marqués por ayuda de cámara, por confidente, mejor dicho, por amigo, a un antiguo servidor, que vendría a ser de su edad, poco más o menos.

Aquel hombre, verdaderamente simpático y de aspecto bondadoso y venerable, se llamaba Prevot.

Un día traté de hacerle hablar; pero sólo obtuve de él una respuesta evasiva:

—Hace ya cerca de cuarenta años que el señor marqués no caza—me respondió.

Sin embargo, había de llegar la época en que yo conociese aquel secreto, pues en una hora de expansión me lo reveló el marqués mismo, seguro de mi amistad.

Era espantoso, en efecto.

Y el anciano sacerdote se pasó la mano por la frente y quedó abismado en sus reflexiones, después de decir esto.

—Señor cura—le dije yo entonces—, hemos oído demasiado para que nos privéis del placer de satisfacer por completo nuestra curiosidad.

El bondadoso anciano trató de protestar, balbuceando:

—Es que... no sé si debo...

Y añadió, a poco, con un tono más resuelto:

—Después de todo, el marqués no hizo la confidencia al sacerdote, sino al amigo... Ha muerto, y con él se ha extinguido el último miembro de su familia; y... a decir verdad, ese secreto que me confió, me pesa y me atormenta muchas veces, como le atormentaba y le pesaba a él mismo, aun cuando ya le había descargado en el confesionario. Al confiárosle a mi vez, me parecerá que mi alma queda aligerada de una gran carga... Acercáos, pues, y escuchadme bien, amigos míos.

El sacerdote no había acabado aún de tomar su café, y conservaba delante de él su taza casi llena.

La llevó lentamente a sus labios, y tomando un sorbo, volvió a dejarla sobre el platillo y comenzó su narración.

Sus atentos oyentes se dispusieron a escucharle llenos de gran curiosidad.

Era una noche de noviembre y el viento sacudía con verdadera furia los muros de esta vieja casa, haciendo temblar hasta sus cimientos.

Los mochuelos y aves nocturnas gritaban refugiándose en las copas de los árboles, y de cuando en cuando se oía el chirrido de las veletas, que giraban a uno y otro lado, impulsadas por la tormenta.

El marqués y yo habíamos comido juntos y juntos seguíamos el uno frente al otro en este mismo comedor.

El señor de Brault se había dejado caer sobre el ancho respaldo de su antiguo sillón, y no hablábamos nada prestando oído a los ruidos exteriores.

La puerta de las cocinas estaba cerrada, y, a través de sus planchas macizas, apenas llegaba hasta nosotros el ruido de los cubiertos y de los vasos que removían en la mesa de los criados.

—Mal tiempo hace, señor cura—me dijo de pronto el marqués—. ¿No tenéis miedo de volver a vuestra casita, solo, en una noche como esta?

—¿Miedo? ¿De qué?—repliqué sonriendo.

El anciano se mordió los labios y no respondió.

—Ya sabéis que es proverbial la honradez de las gentes de este país—repuse yo entonces—, y en cuanto a los lobos, no salen a atacar a nadie en el mes de noviembre, y aun en caso de que me salieran al encuentro, con la compañía de mi bastón sabría tenerlos a raya.

Por aquel tiempo era yo fuerte y vigoroso, y no tenía miedo a nada.

El marqués lanzó un suspiro ahogado, o más bien un gemido, y murmuró entre dientes:

—¡Cuán dichosos sois al tener tranquila la conciencia!

El tono con que pronunció estas palabras me hizo estremecer.

Precisamente en aquel momento mismo, una fuerte ráfaga de viento abrió de par en par una de las ventanas, que sin duda no estaba bien cerrada, y apagó a un tiempo todas las bujías.

—¡Qué noche!—exclamó el anciano, levantándose bruscamente!—¡Cómo se parece a la otra!...

En aquel momento sólo iluminaban este inmenso comedor las llamas de una gran fogarata que ardía en la chimenea.

A su oscilante claridad vi vacilar la atlética figura del anciano, el cual pasó una mano por su frente, como para apartar de ella una horrible visión.

Sus ojos, desmesuradamente abiertos, tenían una espantosa fijeza, y toda su fisonomía parecía presa del espanto.

Sin saber a qué achacar su terror, me levanté a mi vez y dije cogiéndole una mano:

—¿Qué tenéis, señor marqués?... Jamás os he visto acometido de semejante turbación.

Después corrí a cerrar la ventana y encendí de nuevo las bujías.

Cuando terminé esta operación, el marqués se había sentado de nuevo y estaba al parecer sosegado y tranquilo.

De su emoción pasajera no había quedado más traza que un sudor copioso, que enjugaba pausadamente con su blanco y finísimo pañuelo.

Al cabo de algunos instantes de silencio, el marqués fijó en mí una mirada llena de dulzura y me dijo:

—¿Sois mi amigo?

—¡Ya lo creo, señor marqués!

—Entonces me creeréis un hombre honrado.

—Jamás he tenido el más pequeño motivo para dudar de vuestro limpio honor, y os tengo por el más perfecto caballero.

—Hacéis mal.

—¿Cómo?

—Digo que hacéis mal, porque he cometido un crimen espantoso.

—¿Vos?...

—Yo.

—¡Eso es imposible!

—Es verdad, ¡ay de mí!... Y cuando ese crimen se me representa... en la triste soledad de las noches, siento erizarse de espanto mis cabellos y el más profundo terror... ¡Sí, tiemblo..., tiemblo porque temo la justicia, no de los hombres, que no puede alcanzarme, sino de Dios, que me juzgará muy pronto..., mañana tal vez!... Vuestro antecesor ha muerto llevando a la tumba mi confesión... ¡Ya no le tengo a mi lado para sostenerme y alentarme!... Me falta su apoyo, y quiero deciroslo todo, para que vos le reemplacéis a mi lado y no me abandonéis hasta mi último momento.

No encontré ni una palabra para responderle.

Esperé su revelación con el corazón oprimido y presintiendo que iba a oír algo muy terrible.

Es imposible explicar la desgarradora impresión que se pintó en el rostro del noble anciano.

Atizó la lumbre que ardía en el hogar, amontonando en una gran pira todos los troncos, de la

que pronto brotó una alegre y vivificante llama, y me dijo de este modo:

—Todo el mundo conoce en este país la pasión que yo tenía por la caza, por la cual he llegado a alcanzar fama de consumado cazador. Cuando se citaba la trailla del marqués de Brault, no había más que decir... La verdad es que yo tenía por este ejercicio una verdadera locura.

Era a mis ojos el único pasatiempo digno de un noble, y desde el nacer debió transmitirme mi padre estas aficiones con su misma sangre, pues la caza había sido también su pasión favorita, hasta tal punto, que fuera de los cuidados de la familia, era ésta su única ocupación, y cuando llegó la gran revolución de la época del Terror, él siguió corriendo ciervos y jabalíes hasta que vinieron a prenderle para conducirlo a una prisión, en los malos días del noventa y cuatro.

Cuando llegaron los gendarmes le encontraron a caballo persiguiendo un jabalí y tocando la bocina con toda la fuerza de sus pulmones. Mi padre cogió a la fiera que perseguía, pero no se dejó coger... Algunos días más tarde Robespierre subía al cadalso a su vez y el Terror espiraba con él... En este país no emigró nadie, pues en el fondo de nuestros bosques de Morván se estaba en seguridad, porque se hubiera necesitado todo un ejército para poder coger allí a un hombre deci-

dido a defenderse y acostumbrado a las astucias y rodeos de la caza. El arte de la montería fué, pues, mi principal estudio, y a los veinte años era en él un maestro consumado, que manejaba bien la escopeta y el cuchillo y montaba a caballo como un centauro. No existía montero alguno, por experimentado que fuese, que pudiera darme lecciones en los refinamientos del oficio, y tenía las tres virtudes del cazador: la fé, la energía y el saber. A los veintidós años me casé con una prima mía, joven y encantadora, cuyos bosques y posesiones lindaban con los míos; a los veintitrés años tuve una hija, que debía ser mi única heredera, pues causó al nacer la muerte de su madre, y a los veinticinco perdí a mi padre y me quedé sólo con aquella niña, que había venido a reemplazar en mi hogar a todos los seres a quienes tanto había querido.

Entonces me consagré, más que nunca, a la caza, con verdadero furor, y como buscando, con una especie de rabia, el olvido de mis crueles pesares.

Durante todo el día, estuviese el tiempo bueno o malo, seco o lluvioso, corría yo a través de los bosques, detrás de mis perros, y seguido de mis monteros y de dos o tres amigos, compañeros voluntarios de aquella encarnizada persecución.

Cualquier pieza nos parecía buena, fuera lobo, jabalí, ciervo o corzo.

Por las noches, cuando volvía a Brault, hacía bailar sobre mis rodillas a mi adorada hijita, que se llamaba María, como su madre, y tenía por nodriza a una santa mujer, que nunca había salido de Brault, y que era viuda de un guardabosque, fallecido hacía dos meses a nuestro servicio.

Marcela, que así se llamaba aquella mujer, adoraba a la niña; pero había alguien que la adoraba aun más: yo.

Aquel ángel constituía mi familia entera, y era todo lo que me quedaba en el mundo... Aún parece que la estoy viendo, alegre y retozona, con aquellos cabellos de oro, tan finos y tan brillantes, y aquellos grandes ojos azules, límpidos y claros como un cielo de primavera; aun parece que apoyo mis labios en aquella frente nacarada, y que contemplo con orgullo aquella esbelta y delicada figurita...

Sin embargo, hace de esto más de cincuenta años, sí; pero yo creo que todo esto sucedía ayer, pues su imagen quedó para siempre impresa en mis ojos y nada, nada podrá borrarla nunca...

Aquella niña era la luz de esta sombría casa, el rayo de sol que lo alumbraba todo, la sonrisa de mi existencia, el encanto de mi porvenir.

Dedicado por completo a ella y a las emociones de la caza, transcurría mi vida y se iban cicatrizando poco a poco las heridas de mi corazón.

Desde muy pequeña acostumbré a mi hija a que nos acompañase en nuestras cacerías.

La llevaba galopando a mi lado, en un poney del país, y estos ejercicios violentos no la hicieron perder nada de su gracia y su dulzura.

Creció como una flor de los bosques, al aire libre y exhalando por todas partes el aroma de su virtud y de su alma pura.

Era tímida, bondadosa y adorada de todos los pobres y desgraciados, a quienes estaba siempre dispuesta a socorrer y a consolar, entregándoles todo el dinero de que podía disponer, y claro es que disponía libremente de sus rentas y de las mías, pues yo no hubiera sabido negarle nada.

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA

"ALFARO REYES"

1940-1925 MONTERREY, MEXICO

que yo y vivía al otro lado de Chateau-Chinon, a unas siete leguas de Brault; pero ferviente adorador de San Humberto y menos favorecido de la suerte que yo, pues en lugar de bosques sus posesiones consistían en inmensos prados para pastos y en tierras de siembra, no tenía donde cazar y pasaba la mitad del tiempo en Brault, donde encontraba sus habitaciones siempre dispuestas a recibirle.

Padre e hijo estaban dotados de una fuerza poco común, y ambos eran morenos, fornidos y de elevada estatura; cuidaban más de sus caballos que de ellos mismos, como buenos campesinos, y eran alegres, francos y nobles, por sus sentimientos aun más que por su cuna, teniendo una severidad casi excesiva—si en ello puede haber exceso—en todo lo concerniente al honor.

Más ricos de lo que reclamaban sus necesidades, les sobraba una gran renta, con la cual hacían mucho bien a los pobres; pero eran extremadamente severos con los cazadores furtivos.

Hubieran perdonado con gusto al ladrón que les hubiese robado sus sacos de trigo o la leña de sus bosques; pero hubiesen condenado a cadena perpétua, si esto fuera posible, a todo aquel que les robase un par de perdices en tiempo de veda.

Nuestros principios eran iguales en esa materia, pues puedo aseguraros, que aunque cortasen toda

Catorce años pasaron así con extremada rapidez.

Entonces comprendí que había llegado el momento en que tenía que separarme por algún tiempo de mi hija, y la envié durante unos diez meses a las Ursulinas de Nevers, para completar su educación.

Cuando volvió del colegio era ya una mujer, linda y esbelta como una palmera, con un no sé qué de debilidad y fragilidad en el conjunto, que la hacía aún más interesante, y que era tal vez debido a su rápido crecimiento.

María estaba como impregnada de un encanto indefinible, que llegaba hasta el corazón de cuantos la veían, y este encanto produjo su efecto natural sobre uno de mis compañeros de caza.

Era éste el vizconde Bernardo de Montjeu, hijo de mi mejor amigo y constante compañero de mis excursiones.

El conde de Montjeu tenía algunos años más

la leña de mis bosques, la hierba de mis prados, las frutas de mi huerto y las flores de mis jardines, no me hubiese preocupado; pero el ladrón que viniese a matarme mis conejos, mis ciervos y hasta mis lobos, pasaría un mal cuarto de hora si en aquella época se encontrase sorprendido por mí.

Habíamos llegado a principios de 1827, y Bernardo de Montjeu me había pedido la mano de mi hija. Yo no experimenté ninguna repugnancia en concedérsela, sino que, por el contrario, la alianza con mis antiguos amigos, a quienes tanto quería yo, y los cuales simpatizaban conmigo en ideas y en carácter, colmaba mis secretos deseos.

Únicamente, y a causa de la debilidad de María, pedí que no le dijese nada de nuestro proyecto hasta que su salud se hubiese afirmado por completo.

Y todo quedó convenido.

Seguro Bernardo del amistoso afecto de la que consideraba como su prometida, se resignaba sin trabajo a aquella corta demora, cuando sobrevino un incidente que trastornó por completo nuestra vida.

Creó inútil afirmaros que en aquel tiempo éramos todo lo dichosos que pueden ser en este mundo los que pueden limitar sus ambiciones, y nosotros nada ambicionábamos.

Yo había perdido a mi mujer; pero su recuerdo estaba siempre tan vivo en mi imaginación, y llenaba hasta tal punto mi alma, que jamás me ocurrió la idea de pensar en un segundo matrimonio.

María reemplazaba a su madre en mis afecciones, y a ella sola la consagré todo el amor que antes tenía a mi mujer.

En los bosques estábamos rodeados de gentes pacíficas y contentas con su suerte, hasta las cuales no llegaban los ruidos mundanos, sino muy de tarde en tarde.

La música de las fanfarrias y los ladridos de los perros animaban sin cesar nuestra soledad, haciéndonos gozar de las cacerías.

Vivíamos rodeados de la abundancia de todo y en medio de la más perfecta tranquilidad.

Pero ¡ay! un soplo envenenado debía venir muy pronto a marchitar la flor de aquella felicidad tan grande.

He aquí lo que sucedió:

Los bosques de Brault estaban divididos en trozos, en cada uno de los cuales se hacía la corta anualmente; pero yo, deseando no estropear los caminos con el paso de los carros y vivir en paz, en ausencia de obreros extranjeros al país, tenía la costumbre de no vender las maderas más que cada tres años.

De este modo pasábamos dos inviernos, sin estar obligados a ocuparnos de la tarea de ventas, que siempre es enojosa, y sólo cada tercer año nos dedicábamos a ella.

Este procedimiento tenía el inconveniente de hacerme vender más barato, a causa de la gran cantidad de maderas que acumulaba; pero ¿qué me importaba el dinero?

Lo que yo quería, ante todo, era ser dueño de mi casa y de mis dominios, y no encontrarme leñadores que detuviesen mi paso.

Por esta razón no permitía nunca que se trabajase más que en una parte de mis bosques, y que estos trabajos de corta de leñas y de maderas se emprendiesen lo menos a menudo que fuese posible.

Una vez hecha la corta en el bosque, reparados los caminos y lejos ya los jornaleros y contratistas de leñas y maderas, nada turbaba nuestras cacerías y ningún ganapán tenía pretexto para errar a través de mis propiedades, destruyendo mi caza.

Fiel a mi sistema, hacia fines de 1826 había yo vendido a los dueños de un gran almacén de maderas de Clamecy, los hermanos Benoist, una corta considerable, más bien por su extensión que por su calidad: trescientas hectáreas a un tiempo.

El precio fué de cien mil y pico de francos.

Para explotar aquella corta se necesitaba mucha gente, como podéis pensar.

Los leñadores de Clamecy pasan hoy por tener muy mala cabeza, y en aquel tiempo no gozaban de mejor reputación.

Pues bien, una verdadera nube de esta gente cayó entonces sobre Brault, como esas bandadas de ánades que se ven en nuestros estanques cuando hiela.

Fué un verdadero desastre.

Por el día, todos aquellos hombres que habían venido a poblar nuestros campos solitarios, trabajaban con ahinco; pero por la noche se dedicaban a la caza furtiva.

Los podadores, los leñadores y los carboneros, estaban de acuerdo para robar y destruir nuestra caza.

Brault era un país conquistado, en el que ellos se entregaban por completo al pillaje.

Los guardabosques no sabían ya qué hacer y cada mañana se encontraban con un nuevo delito.

Tan pronto era un ciervo el que hallaban colgado de un árbol, como liebres ahogadas en lazos, o jabalíes fusilados a la luz de la luna; una carnicería, en fin, sorda e incesante, que no se acababa y con nada se satisfacía.

Empecé por perdonar; pero no tardó en ago-

tarse mi paciencia al ver que de nada me servía ser magnánimo.

Tres hombres, sobre todo tres carboneros, se distinguían por su incorregible audacia.

Una manada de lobos hubiese hecho menos daño que cualquiera de ellos hacía.

Eran auverneses, de la parte de Montaigut, dos hermanos, Juan y Mariont Congnat... Tengo sus nombres bien grabados... Y el tercero, primo de los anteriores, se llamaba Martin Rabaud.

Jamás he visto una cara más vil, más antipática y más bestial que la de este monstruo.

Los dos primeros eran morenos, y de tal modo barbudos, que su rostro desaparecía por completo bajo aquella espesa maleza de cerdas que sólo dejaba ver la nariz, la estrecha y deprimida frente y los ojos pequeños y siempre entornados, como los de esos animales que andan por la noche y descansan por el día.

Con sus hombros cuadrados, sus nervudos brazos y su fuerza hercúlea, eran tan infatigables para el trabajo como para allanar y devastar mi monte.

Los dos estaban llenos de vigor y de energías, pues no tendrían más que treinta y seis o treinta y ocho años.

Si su aspecto era antipático, el de su primo, Martín Rabaut, era odioso.

Su vista producía la impresión que se siente ante

un animal venenoso que se arrastra por el suelo.

Los Congnat eran morenos; pero Rabaud era rojo, o, por mejor decir, tenía los cabellos de un color amarillo sucio.

Es imposible imaginar nada más falso, más horrible que aquella fisonomía esquiva, con ojos verdosos, de mirar inquieto, torvo, traidor y tortuoso, por decirlo así. Su paso era pesado, como el de las hienas, y no había nada más cruel ni más repugnante que aquella boca contraída, siempre dispuesta a morder, eludiendo la responsabilidad, por detrás, sin franqueza y a traición.

Si se comparaba a éste con sus dos primos, parecía que ellos eran la representación de la fuerza, mientras él representaba la astucia, la perfidia y el veneno, pero con algo de viscoso, rastrero y ruin.

Jamás miserable alguno me había inspirado un sentimiento de repulsión semejante al que me inspiraba aquel hombre.

Una mañana le trajeron a mi presencia entre dos guardas.

Siempre me acordaré de su actitud temerosa y amenazadora al propio tiempo.

Era la quinta vez que le habían cogido en flagrante delito.

Aquel día acababa de estrangular un magní-

fico cerbato en uno de los lazos que con tanta destreza les tendía.

—¿Que tenéis que decir a esto?—le pregunté, cruzándome de brazos delante de él.

Aquel hombre me miró con mal disimulada insolencia, y replicó:

—Poca cosa, señor; únicamente os diré que el pan seco es duro y desabrido si no se le acompaña de cuando en cuando con un buen trozo de caza.

—Ya se os ha cogido en dos o tres ocasiones y se os ha perdonado; pero sois incorregible. Os aconsejo una vez más que abandonéis el país y nos dejéis en paz, si no queréis obligarme a que os castigue severamente.

—¿Y adónde queréis que vaya, Dios mío? Hoy escasea mucho el trabajo, y cuando se encuentra en alguna parte no se puede dejar así como así.

—Parece que tenéis empeño en permanecer aquí.

—¡Ya lo creo!

—Pues ya en una ocasión me habéis obligado a pedir que os despidieran los contratistas para quienes trabajais.

—Ya lo sé.

—Y me lo negaron.

—Porque mis primos y yo sabemos trabajar

bien, y el amo no encontraría nadie, de seguro, que pudiese reemplazarnos.

—En ese caso tendré que defenderme de vosotros por mí mismo, y a no ser que me prometáis no volver a incurrir...

—En prometerlo no hay ningún inconveniente; en lo que lo hay es en cumplirlo.

Martín Rabaud se burlaba de mí, en mi propia cara, con el mayor descaro.

En aquellos tiempos mi sangre hervía con facilidad.

Precisamente en el mismo momento los dos hermanos Congnat llegaban, conducidos por otros guardas, que traían un jabalí, aún caliente, que habían dejado muerto sobre la nieve, de un tiro a boca de jarro.

Mi cólera no tuvo entonces límites.

—Mañana — grité — iréis a explicaros todos ante los jueces de Chateau-Chinon, y como no es este vuestro primer ensayo en el arte de bandidos, iréis a la cárcel, y de este modo no volveré a oír hablar de vosotros.

Yo había rogado a los hermanos Benoist que me librasen de aquellos lobos dañinos; pero me habían respondido muy cortesmente, demostrándome la imposibilidad de encontrar gentes capaces de sustituirlos, sobre todo en la faena de hacer carbón, y como tenían que concluir en el breve

plazo que yo les había fijado, un trabajo de tanta importancia, no tuve más remedio que ceder a sus razones.

El mayor de los Congnat dijo:

—Hay que dispensarnos, señor marqués, porque somos unos pobres... Aunque nos prendan y nos metan en la cárcel, el cervato y el jabalí no resucitarán, y nosotros quedaremos en la miseria.

Su acento humilde me conmovió y me hizo reflexionar.

Ya iba a dejarme enternecer, cuando el menor, Marion, vino a echarlo a perder todo.

—Calla, hermano; ¿no ves que lo que quieren estos nobles—dijo—es devorar la carne del pueblo?

La sangre subió a mi rostro.

Martín Rabaud colocó una mano sobre el hombro de su primo, y dijo:

—Tienes razón, chico... Para pagar la prisión cogemos algunas liebres más, y eso será lo mejor. Vámonos.

Juan se encogió de hombros.

—Como queráis—dijo—; por algunos días de prisión nadie se muere.

En aquel momento salía mi hija de la casa, ya vestida para montar a caballo, con su amazona gris y con un gran sombrero de alas anchas sobre sus rubios cabellos.

—¿Qué han hecho esas pobres gentes?—me preguntó señalando a los tres carboneros.

—Son unos "pobres" merodeadores que lo llevan todo a sangre y fuego.

—Perdonadlos, padre mío.

—No, porque volverán mañana.

Mi hija se dirigió entonces a uno de los Congnat.

—Prometedme no tender más lazos—, les dijo sonriendo.

—¿Y de qué nos vamos a mantener entonces, hermosa señorita?—repuso con sorna Martín Rabaud—, ¿del aire de los campos?

—Vamos, prometedlo.

—No sé por qué nos hemos de echar todos boca abajo—dijo entonces Marion Congnat—por haber cogido un ciervo que no vale cinco céntimos...

—No es necesario que os pongáis boca abajo—continuó María con su inalterable dulzura—; pero se debe reconocer que se ha obrado mal y no cuesta nada decir una palabra para excusarse.

Los tres hombres se consultaron con la mirada. Martín Rabaud fué el primero en romper el silencio.

—Vamos—dijo a los otros dos.

Y arrojándome una mirada de odio, prosiguió:

—Ahí os queda la caza, y si nos denunciáis,

pagaremos la prisión; pero tened cuidado, porque podemos vengarnos cuando llegue la ocasión... Salud, señor marqués...

Me quedé pensativo y silencioso, y no di parte a los tribunales.

Dos o tres días después, fueron de nuevo cogidos por mis guardas en el momento en que acababan de dejar muerta de un tiro a una hermosísima corza.

El tribunal de Chateau-Chinon les condenó a seis días de prisión y cien francos de multa, que tuvieron que pagar con las costas.

Estos gastos no estaban por encima de sus medios, pues tanto Rabaud como los hermanos Congnat tenían bastantes ahorros.

Hábiles obreros, ganaban buenos jornales, que guardaban íntegros, pues eran nulos sus gastos, porque vivían en una choza de carboneros, y no tenían por consiguiente que pagar casa, y en cuanto a la manutención, la caza furtiva en que eran maestros, les proveía en abundancia de alimento.

En aquel tiempo, nuestro Morvan era un paraíso para los cazadores.

Los tres carboneros vivían en una choza, en medio de un sitio que se llama La Venta del Lobo.

Aquella choza era una especie de pabellón, cubierto de una pirámide de hojarasca, que la servía de tejado, con una chimenea de arcilla amasada,

de donde se escapaba el espeso humo de los húmedos sarmientos con que aquellos hombres se calentaban.

Por desgracia, yo estaba condenado a tenerlos por huéspedes en mis posesiones durante todo el año.

No debían salir de Brault hasta que acabasen su explotación los hermanos Benoist, es decir, el 1 de enero.

Hasta esta época tenían que estar allí haciendo el carbón, aunque ya los leñadores debían haber partido mucho tiempo antes.

Desde que el Tribunal de Chateau-Chinon dictó su condena, no volví a ocuparme de ellos, e hice todo lo posible por olvidar que existían aquellos hombres, cuya sola vista me había causado siempre una impresión de indecible repugnancia.

Me resigné a los inconvenientes que traía su presencia en mis posesiones, y evité siempre el encontrarme con ellos.

El dominio es muy vasto, y los hermanos Benoist, con todos sus trabajadores, no ocupaban una décima parte de él.

Podíamos, pues, cazar por otro lado.

Por desgracia, si yo había olvidado a los tres bandidos, no les había sucedido lo mismo a ellos con respecto a mí.

Aquel animal venenoso de Martín Rabaud, ha-

bía hablado de venganza, y no iba a tardar en probarme que tenía buena memoria y sabía cumplir sus amenazas.

Todavía se apresuran y se hacen más violentos los latidos de mi corazón al pensar en aquel hombre.

Su venganza debía ser horrible y digna de un miserable como él.

Entonces ni aun la hubiera yo podido imaginar.

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
Apto. 1625 MONTERREY, MEXICO

IV

Al llegar aquí, el marqués de Brault se detuvo, como si la emoción le hubiese cortado la palabra.

Extendió su mano derecha y agitó violentamente el cordón de la campanilla, que pendía a uno de los lados de esa misma chimenea.

No tardó en abrirse la puerta que daba a la cocina, dejando paso al anciano criado del marqués, que era, como su amo, de elevada estatura, aunque estaba ya algo encorvado y tenía los cabellos blancos como la nieve.

—Prevot, amigo mío—ordenó el marqués—, tráeme una botella de Oporto.

Prevot se inclinó y salió.

—El pobre muchacho—dijo el marqués, incurriendo en una equivocación muy general entre las gentes de su edad, que llaman muchachos a los que son tan viejos como ellos—podría contaros mejor que yo esta historia, que conoce punto por punto,

30571

bía hablado de venganza, y no iba a tardar en probarme que tenía buena memoria y sabía cumplir sus amenazas.

Todavía se apresuran y se hacen más violentos los latidos de mi corazón al pensar en aquel hombre.

Su venganza debía ser horrible y digna de un miserable como él.

Entonces ni aun la hubiera yo podido imaginar.

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
Apto. 1625 MONTERREY, MEXICO

IV

Al llegar aquí, el marqués de Brault se detuvo, como si la emoción le hubiese cortado la palabra.

Extendió su mano derecha y agitó violentamente el cordón de la campanilla, que pendía a uno de los lados de esa misma chimenea.

No tardó en abrirse la puerta que daba a la cocina, dejando paso al anciano criado del marqués, que era, como su amo, de elevada estatura, aunque estaba ya algo encorvado y tenía los cabellos blancos como la nieve.

—Prevot, amigo mío—ordenó el marqués—, tráeme una botella de Oporto.

Prevot se inclinó y salió.

—El pobre muchacho—dijo el marqués, incurriendo en una equivocación muy general entre las gentes de su edad, que llaman muchachos a los que son tan viejos como ellos—podría contaros mejor que yo esta historia, que conoce punto por punto,

30571

—¿Vivía a vuestro lado ya en aquel tiempo?
—pregunté yo.

—Ha nacido en Brault, en esta casa, y jamás ha salido de ella. Los servidores de antes estaban en las casas de padres a hijos, y sus amos no los abandonaban nunca... Hoy ya no pasa eso, señor cura.

La botella de Oporto hizo su aparición entre las manos del antiguo criado, que la traía con precaución.

La depositó sobre la mesa y colocó dos vasos a su lado.

El marqués los llenó hasta los bordes.

—Bebed, señor cura—me dijo—, yo necesito adquirir alguna fortaleza para haceros esta confesión, y quizás vos también la necesitéis para oírla... Este es un vino de Portugal, más viejo que yo, y el cual sabe dar al estómago grato y vivificante calor.

Y dándome ejemplo, cogió su vaso y lo vació de un sólo trago.

Después continuó:

—En 1827 tenía ya mi hija diez y siete años cumplidos... Ya os he dicho cómo era en lo moral. En cuanto al físico, yo la encontraba muy bella. Quizás no lo era tanto a los ojos de los demás como a los míos, porque en un padre siempre hay pasión; pero lo que sí puedo aseguraros,

sin temor de equivocarme, es que era buena como un ángel del cielo. Nadie se dirigía a ella en vano, y el pobre que la tendía su mano no la retiraba jamás vacía...

Todos los días montaba a caballo y se iba sola a casa de nuestros colonos y leñadores, llevando el consuelo a los afligidos, la medicina a los enfermos y el socorro a los necesitados.

En tres leguas a la redonda conocían el trote de su caballo, que era un jaquito del Morván, verdaderamente infatigable, y a quien no asustaba ninguna carrera, por larga que fuese.

Le habíamos bautizado con el nombre de *Rechoncho*, lo cual no era seguramente un título de gloria, pero daba muy bien la idea de aquel caballito, de piernas cortas y nerviosas, que no dejaba, según la expresión de los chalanés, pasar mucho aire debajo del vientre; de ojos vivos, de pelo oscuro, casi negro, y cuyas orejas se inclinaban hacia adelante al menor ruido extraño.

Cuando mi hija le montaba, yo quedaba completamente tranquilo, porque sabía a qué atenerme en lo que se refería a *Rechoncho*.

Este franqueaba sin dificultad cuantos obstáculos encontraba a su paso.

Ni vallas, ni malezas, ni cercas, ni fosos le detenían. Tenía una destreza increíble y se desliza-

ba bajo los árboles con la rapidez y ligereza de un gamo.

La condena que había impuesto el Tribunal de Chateau-Chinon a Martín Rabaud y los Cognat había tenido lugar en diciembre.

Los tres sufrieron su pena a principios de enero.

Algunos días de prisión se pasan bien pronto, como había dicho con razón Juan Cognat, y una vez transcurridos, aquellos hombres volvieron a su choza y emprendieron de nuevo su trabajo.

Yo había mandado que se les vigilase, y mis guardas no los perdían de vista.

Las nuevas que de ellos me dieron, en un principio fueron buenas, pues su conducta no dejaba nada que desear, y tanto mis guardas como yo, supusimos que la lección y el castigo sufrido les había servido de enmienda.

Se les veía asiduos, solo a su trabajo, amontonar los bien hechos haces de leña, que ponen luego al fuego para carbonizarlos, ocupándose, en conciencia, de su oficio de carboneros, y no dándonos ningún motivo para recordar que habían tenido también el de cazadores furtivos.

Estábamos, pues, tranquilos, porque la paz parecía haberse firmado.

Casi todos los días, mis amigos los de Montjeu, algunos vecinos, mis monteros, mi hija y yo, salíamos a cazar, como de costumbre, y alguna vez

nos sucedió, yendo en persecución de la res, el pasar por el sitio en que se encontraban aquellos tres bribones.

Martín Rabaud, al vernos, llevaba siempre la mano a su sombrero, y dos o tres veces me preguntó con tono que me pareció demasiado obsequioso.

—¿Está bien, el señor marqués?

O:

—¿Qué tal va la caza?

¿Adónde habían ido sus rencores?

Para premiarles el que no siguiesen robando mi caza, les envié en diferentes ocasiones, ya un cuarto de venado, ya una pierna de jabalí o un cervato, que nunca rehusaron, sino que, por el contrario, aceptaban con grandes muestras de júbilo.

Así siguieron las cosas hasta mediados de febrero. Cierta mañana íbamos a montar a caballo mi hija y yo, después de haber hecho un ligero almuerzo, cuando sobrevino un incidente insignificante en apariencia.

Prevot era entonces mi montero mayor, y creo que haya pocos que puedan igualarle en el conocimiento de ese arte, que hacía mis delicias, y que tanto ha decaído hoy de su antigua gloria y esplendor.

Aquel día íbamos a perseguir un ciervo, que

UNIVERSIDAD
 BIBLIOTECA DE NUESTRO LEON
 "ALFONSO" 12 Y 33
 Apdo. 1625 MONTERREY, MEXICO

estaba a la extremidad de mis bosques, y del lado opuesto al que habitaban Martín Rabaud y sus compañeros.

Los perros estaban en su sitio.

Ya íbamos a partir.

Pero he aquí que se presentó el incidente de que antes os he hablado.

Un chiquillo del vecino pueblo de Fontaines acababa de llegar de su aldea preguntando por mi hija, que en aquel momento acababa de montar a caballo para acompañarnos, como siempre, a la caza.

María estaba algo lejos de mí, y no oí las palabras que le dijo aquel chico, pero mi hija me las explicó al acercarse luego, diciendo:

—Perdonadme, padre mío, que no os acompañe hoy a cazar, pues tengo que ir a Fontaines.

—¿Por qué?

—Porque la mujer de vuestro colono ha caído enferma con una fiebre maligna, según acaba de decirme un muchacho que ha traído el recado, y quiero ir a verla en seguida.

En aquel tiempo había por aquí muy pocos médicos.

Los más próximos habitaban en Chateau-Chinon, y de Brault a este pueblo hay cinco leguas de muy mal camino.

No había, pues que vacilar.

María saltó a tierra con ligereza, dejando a *Rechoncho* muy asombrado y descontento, porque adoraba la caza y adivinaba quizás que aquel día la partida estaba irremisiblemente perdida para él.

Siguió a su ama con la mirada, relinchando con mucha suavidad, como para llamarla.

María volvió a poco, trayendo las medicinas más necesarias en su botiquín de campaña.

Volvió a montar a caballo, me presentó su frente, dió la mano a mis amigos los de Montjeu, nos sonrió a todos, y emprendió un buen trote, dirigiéndose por el lado opuesto al que caminábamos nosotros.

Aun parece que la veo a cincuenta pasos del grupo en que estábamos, volviéndose para saludarnos y agitando alegremente su pañuelo.

¡Encantadora y angelical criatura! ¡Aquel debía ser su último día de alegría!

¡Jamás volvió a asomar aquella plácida sonrisa a sus rosados labios!

El marqués se detuvo bruscamente.

—Otro traguito, señor cura—dijo.

Y llenando de nuevo los dos vasos, me acercó el mío.

El apenas humedeció sus labios.

—No necesito decirlos que aquel día gozamos tanto como de costumbre en nuestro ejercicio favorito.

El día se pasó como un sueño, pues la caza es, de seguro, el placer que más abrevia las horas, y además en febrero los días son muy cortos.

Mi trailla merecía su reputación.

Se componía de unos sesenta perros, como no creo que haya tenido nadie ni tenga hoy día.

Cuando seguían la pista de un animal, no había cuidado de que se les escapara, y corrían tan unidos que se les hubiera podido cubrir con un manto.

¡Y qué gargantas!

Los ecos de nuestros bosques repetían el trueno formidable de aquel coro, tan conocido por los aldeanos de nuestros bosques.

Al oírle todos decían:

—Es la trailla del marqués de Brault.

Nunca ningún leñador la confundió con las demás de los vecinos, que por accidentes de la batida se internaban alguna vez en nuestros bosques.

Y eso que las había excelentes.

Aquel día hacía un tiempo delicioso.

El aire era puro, no había humedad, y el piso de las sendas estaba cubierto por una hierbecilla fina, que hacía más blando y fácil el trote de los caballos.

El ciervo fué lanzado con energía.

Pero si los perros eran buenos, el animal perse-

guido tenía unas corvas como yo no he visto en ninguno de su clase, y me figuré que iba a darnos muchísimo que hacer.

Era un valiente que defendía su vida con encarnizamiento.

En lugar de hacerse perseguir como una liebre, y volverse en cualquier sentido, siguió todo derecho delante de sí, franqueando con increíble ligereza ríos y prados, e internándose en los bosques de los Arabaux, siempre seguido de la trailla.

A las cuatro de la tarde, después de una lucha heroica y digna de mejor suerte, el ciervo quedó vencido y cayó para no volver a levantarse.

La victoria fué nuestra, pero yo lo deploré.

El pobre animal merecía haber vivido para perpetuar su raza.

Había llegado la hora de regresar.

Nos habíamos alejado mucho de Brault, y para volver necesitábamos más de dos horas de camino.

Entretanto el cielo se adornaba de estrellas, y caía la noche clara, templada, y sin un soplo de aire.

Los regresos de caza se parecen casi siempre a las retiradas de un ejército vencido.

Cuanto más alta llevan su cabeza los caballos, cuanto más viva es su mirada al partir, y mayor es

su animación al oír el ruido de las bocinas, y tener la esperanza de una hermosa lucha, tanto más desanimados y mohinos vuelven.

Arrastran las herraduras por los guijarros produciendo un ruido especial, que se oye siempre muy distintamente, pues los caballeros vuelven silenciosos y las trompas envueltas en sus fundas.

Apenas si, de tiempo en tiempo, se cambian algunas palabras sueltas comentando las peripecias del día.

Aquella vez los Montjeu debían pasar la semana en Brault, con otros tres invitados que nos habían acompañado.

Una buena comida nos esperaba, servida delante de un gran fuego.

La perspectiva no podía, pues, ser más agradable, y todos nos sentíamos gozosos.

Así que, al aproximarse al castillo la silenciosa cabalgata, se animó y lanzó algunas exclamaciones de alegría.

¡Aquella alegría no debía ser de larga duración!

La desgracia se cernía sobre nuestras cabezas.

Apenas llegué a mi casa, cuyas ventanas estaban todas iluminadas por vivísima luz, eché pie a tierra, pues tenía gran prisa por saber de mi hija.

En el vestíbulo encontré a su nodriza Marcela.

Aquella pobre mujer, que le profesaba un cariño verdaderamente maternal, vino hacia mí, y me dijo con voz alterada:

—Señor marqués...

—¿Qué quieres?

—Digo que...

—Vamos, ¿qué ocurre?

—Tengo que daros una mala noticia.

—¿Cuál?

—La señorita ha vuelto a eso de las tres y...

—Acaba.

—Y se sentía muy mal, y ha tenido que acostarse.

—¡Ah!

—Me ha encargado que cuando volviérais os rogase que subieseis a su cuarto.

Yo estaba ya en la escalera.

Subí los escalones de cuatro en cuatro, y corrí a la habitación de María.

La puerta estaba abierta.

Entré.

La alcoba de mi hija era una vasta habitación, sencillamente amueblada.

Había en ella un gran lecho de columnas, frente a una chimenea de granito, cuya piedra desaparecía bajo un pabellón de tapicería.

El fuego no se apagaba allí más que en los tres o cuatro meses de verano.

En estos meses el sol le reemplazaba, penetrando por dos altas ventanas que daban al Mediodía y que caían sobre un inmenso huerto, cercado de tapias y surcado por un gran arroyo de agua corriente.

Algunos sillones y dos grandes armarios de encina, con un secreter muy antiguo y un reloj del Franco-Condado, completaban el mueblaje del cuarto.

La verdad es que nunca hay gran lujo en los interiores de nuestras casas de Morvan, pues en el país sólo tenemos gala en las caballerizas: caballos y tren de caza de los castellanos.

Esto era aquí lo que daba idea de la fortuna y del lujo de una casa.

Cuando me detuve a la cabecera del lecho de mi hija, retrocedí espantado. ¡al tué mi dolorosa sorpresa.

Apenas pude reconocerla.

En algunas horas, la fiebre de que parecía presa la había cambiado por completo.

Sus facciones tumefactas, sus ojos rodeados de un círculo negro, sus labios marchitos y su tez cadavérica, me arrancaron un grito de horror.

La rodeé con mis brazos, y la oí sollozar sobre mi pecho durante un minuto.

—¿Qué tienes, hija mía?—le pregunté.

Levantó la cabeza y fijó en mí una mirada desgarradora, murmurando al mismo tiempo con voz apenas inteligible:

—Nada, padre mío... creo que no será nada.

—¿Sufres?

Con la cabeza me hizo una señal de asentimiento.

—¿Qué te duele?

La pobre niña señaló la cabeza y el corazón.

—Aquí—murmuró.

Yo tenía algunos conocimientos en medicina, porque en el campo, y más en un desierto como Brault, hay que saber algo de todo y estar en si-

tuación de poder prodigar algunos auxilios a los enfermos mientras llega o no llega el médico.

El pulso de María latía con extraordinaria violencia.

La pobre niña cerró los ojos y pareció quedar amodorrada, o lo fingió quizás, tratando así de evitar mis preguntas.

Entonces me dirigí a su doncella.

Esta me dijo que mi hija había vuelto a caballo a las tres de la tarde, subiendo en seguida a su cuarto precipitadamente.

Cuando la muchacha había ido luego a reunírsele, sus vestidos estaban arrojados por el suelo en desorden y ella estaba acostada y presa de una terrible convulsión nerviosa, que la hacía lanzar gritos que en vano trataba de sofocar con su pañuelo, que desgarraba entre los dientes.

Marcela no había podido obtener de ella más explicaciones, que había visto a la mujer de mi colono de Fontaines, la cual tenía una fiebre maligna, que mi hija creía poder curar.

Envié al momento un criado a caballo para que buscara inmediatamente en Chateau-Chinon al doctor Burel, padrino de María e íntimo amigo de la casa.

Mientras, quedé esperando con gran ansiedad.

Estaba yo en la alcoba de mi hija, estudiando con verdadera consternación aquel repentino mal.

cuyas causas me eran desconocidas, pero que me inspiraba, sin saber por qué, siniestros pensamientos, cuando el ruido del galope de dos caballos se dejó oír a la puerta de esta casa.

Respiré.

Los médicos curan pocas veces y no consuelan siempre, pero su presencia es siempre deseada por los enfermos y sobre todo por las familias de éstos.

El doctor Burel era un hombre de sesenta años, admirablemente conservado y ágil como si hubiera tenido treinta.

Daba gusto ver su rosada faz, siempre cuidadosamente afeitada.

Una expresión de suma bondad se reflejaba en todas sus facciones.

Rico e independiente, se había quedado viudo sin que su mujer le dejase ningún hijo, y se había dedicado a curar a los pobres del país, que le adoraban como a un ídolo.

Solo ejercía la medicina gratis para los pobres, o bien en provecho de algunos amigos como nosotros.

Iba vestido como los increíbles, con su pantalón ceñido y sus botas de montar a caballo, su levita azul con botones dorados y esclavina, su chaleco claro y sus gruesos dijes de oro asomando bajo el mismo por ambos lados.

Conocía el doctor a María desde que había nacido, y la amaba como si hubiera sido su hija.

—¿Qué pasa?...—dijo al entrar—¿qué le ha sucedido a esa niña? ¿Cómo está en este momento?

—¡Chist!—contesté estrechando las dos manos del doctor—. Está dormida en este instante y no quisiera despertarla.

El doctor Burel posó suavemente su mano en la frente de María.

—Su frente quema—dijo.

Después la tomó el pulso, que, según indicó, acusaba también una fiebre muy alta.

Frunció las cejas, y volviéndose hacia mí, me dijo:

—¿Se ha puesto enferma de repente?

—Sí. Esta mañana estaba completamente buena.

El doctor reflexionó un instante, y aproximándose después al lecho de su ahijada, la dijo, en voz muy baja, con los labios cerca de su oído:

—María... no te asustes, soy yo.

La niña abrió los ojos.

—Tú debes haber experimentado una emoción muy grande—la dijo el doctor Burel.

—Es verdad.

—Una emoción que te ha impresionado muchísimo...

—Sí.

—¿Y cuál ha sido?

María levantó los ojos hacia mí y vió mi ansiosa mirada fija en su pálido y marchito semblante.

Entonces murmuró algunas palabras confusas.

—Venía de Fontaine, y en el bosque mi caballo se desbocó.

—¡Rechoncho, desbocado!... El, tan sumiso, tan tranquilo!... Era increíble, inverosímil por completo.

María debió adivinar mi pensamiento en la expresión de mi rostro, porque añadió:

—Se ha espantado... y me ha dejado caer.

—¿Ibas sola?

—Sí... sola.

—¿Te has herido?

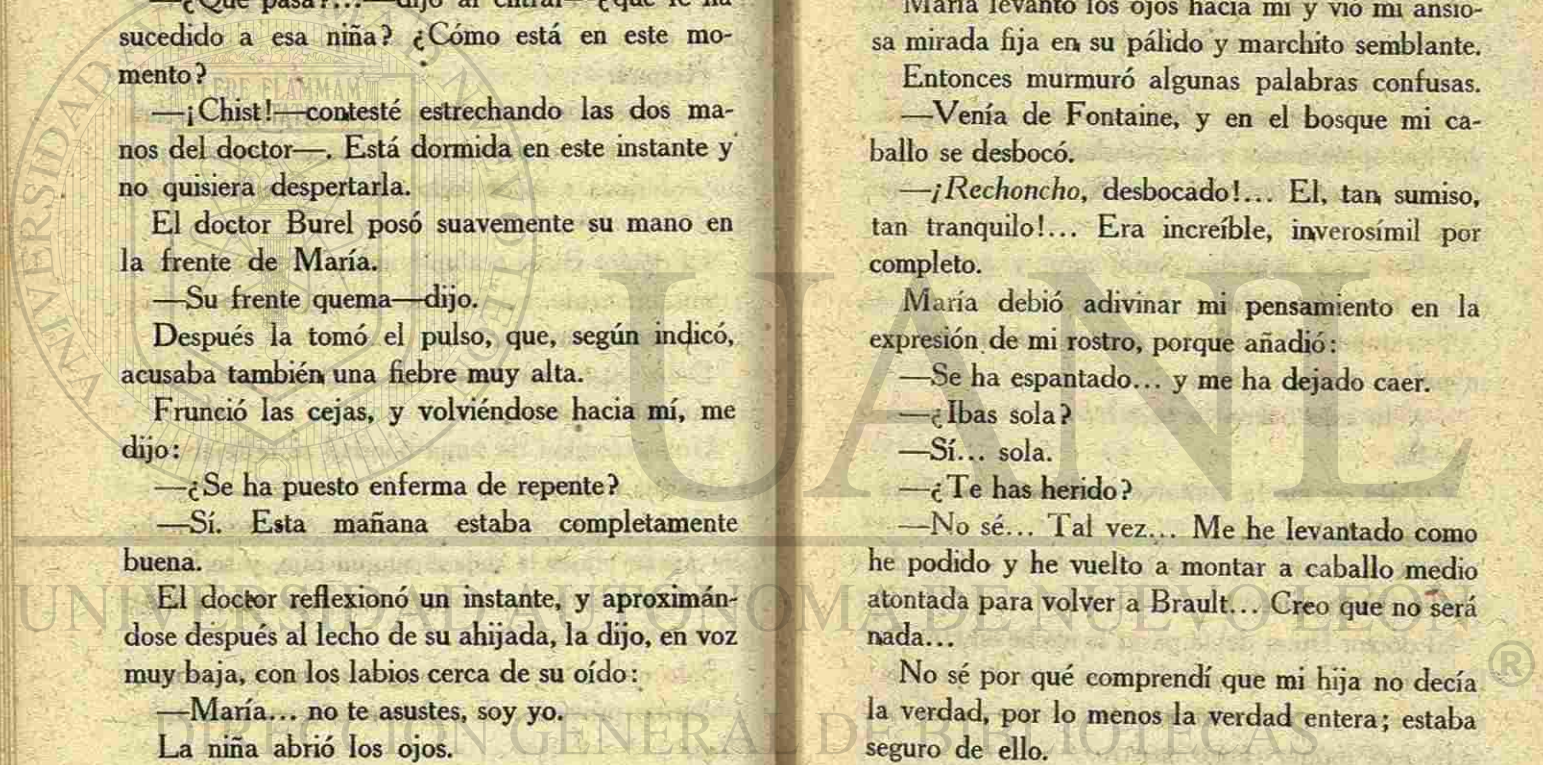
—No sé... Tal vez... Me he levantado como he podido y he vuelto a montar a caballo medio atontada para volver a Brault... Creo que no será nada...

No sé por qué comprendí que mi hija no decía la verdad, por lo menos la verdad entera; estaba seguro de ello.

Y, sin embargo, María no había mentido nunca.

¿Y para qué había de mentir? ¿Qué tenía ella que ocultar en su vida, tan pura y dedicada únicamente a hacer bien?

BIBLIOTECA DE NUEVO LEON
ALFONSO TORRES
No. 123-87
Cdo. 1625 MONTERREY, MEXICO



Pero no había duda, en sus explicaciones había cierto embarazo inexplicable.

Di parte de mis inquietudes al doctor, y me contestó tan sólo estas palabras:

—La fiebre.

En aquel momento María me hizo señas para que me aproximase, y atrayéndome hacia su rostro con infinita dulzura, me dió un beso, y me dijo:

—No estés inquieto, padre mío, y acuérdate de que tienes invitados... Anda, ve a comer.

Y tratando de fingir una sonrisa, que abortó en su pálido rostro, añadió:

—¿Ha sido buena la caza?

—Sí.

—Pues ya me la contarás mañana... Mañana estaré mejor.

Rocé su frente con mis labios y me separé de ella más tranquilo.

El doctor Burel debía pasar la noche en Brault. Esto sucedía con frecuencia, aun cuando en casa no hubiese ningún enfermo, pues, como ya os he dicho, era íntimo amigo nuestro.

Cuando yo salí de la alcoba de María, se quedó a solas con ella durante un instante, y cuando bajó al comedor poco después, para reunirse a comer con nosotros, parecía muy satisfecho del esta de su ahijada.

Le pregunté si le había dado alguna otra explicación, y me contestó que, a instancias suyas, María había vuelto a repetirle lo mismo que me había dicho antes a mí.

La comida fué triste, como podéis figuraros.

Todos estábamos mudos y preocupados. Más preocupados en realidad de lo que debíamos, puesto que el doctor aseguraba que María no presentaba ningún síntoma de gravedad.

Y es que una catástrofe flotaba sobre nuestra cabeza, y nosotros la presentíamos.

Particularmente Bernardo de Montjeu estaba taciturno y triste.

Era Bernardo un muchacho de noble corazón, franco, leal y honrado.

Bien se podía apreciar por su actitud que amaba más a María de lo que dejaba comprender.

Los de Morvan somos poco expresivos y no nos gusta decir con palabras nuestros sentimientos más vivos y profundos.

Bernardo, hasta entonces, sólo había tratado a mi hija como a una hermana.

La llevaba ocho o nueve años de edad, y era tan vigoroso como ella débil, y tan moreno como ella rubia.

María había encontrado siempre en él un cariñoso protector, pero no creo que aún se hubiesen cambiado entre los dos frases amorosas.

Habíamos convenido que se casarían, y esta unión era el objeto de nuestros comunes deseos, sin que a ninguno de nosotros se nos pasase siquiera por la imaginación que pudiera dejar de verificarse.

La fecha del matrimonio no se había fijado, como ya he dicho.

Cuando nos levantamos de la mesa, los vecinos que nos habían acompañado a la cacería y que se habían quedado a comer, se despidieron, y a pesar de nuestra insistencia para detenerlos, se empeñaron en emprender el camino de sus casas.

Quedamos, pues, solos en el castillo los Montjeu, padre e hijo, el doctor Burel y yo.

Bernardo se acercó al médico y le preguntó con un acento que se esforzaba en hacer aparecer tranquilo:

—¿Qué pensáis de María, doctor?

Este hizo un gesto de incertidumbre, y contestó:

—Es necesario esperar para decir algo, pues aún no se ha declarado del todo su enfermedad.

—Pero antes habéis dicho que creáis que no había peligro.

—Hasta ahora, no.

—¿Cuándo podréis decirme cosa fija?

—Mañana, tal vez.

—¿Y a qué atribuíis esa... enfermedad?

—No puedo decirlo... una emoción quizá... un susto... una fiebre contagiosa... en fin, ya veremos. Mañana mismo pienso ir a Fontaines, en cuanto amanezca, para poder juzgar mejor de si María se habrá contagiado allí, al asistir a la mujer del colono.

El conde de Montjeu no decía nada; pero sus facciones, como las mías y como las de su hijo, expresaban una profunda ansiedad.

¡Buenos y queridos amigos!... para ellos, mi familia era la suya, y la verdad es que yo los quería más que a mis parientes.

Cuando se retiraron a sus habitaciones, después de haberme estrechado la mano en silencio, oí cómo subían las escaleras y cerraban después las puertas de sus respectivos cuartos.

—Yo no hubiera podido dormir, y salí al patio a respirar el aire, en compañía del doctor Burel...

El cura de Brault se interrumpió un instante, y añadió, dirigiéndose a mí:

—No habréis podido examinar cómo está edificado el castillo, porque cuando habéis venido era completamente de noche, y lo siento, porque es necesario darse cuenta de su situación para comprender lo que voy a decir.

Los nuevos propietarios de este edificio no han

cambiado nada en él, y sigue hoy tal y conforme estaba en la época a que me refiero.

A los dos lados del patio de entrada se encuentran las dos alas que le flanquean, en cuyos dos cuerpos de edificio están situadas las dependencias.

Son éstas las caballerizas, graneros, habitaciones de los criados, las de utensilios, los establos y las despensas.

Así es que se podía dar vuelta alrededor de los fosos y de las tapias del huerto, que estaba situado detrás del castillo, sin encontrar ningún obstáculo, y a ciertas horas ni un ser viviente.

Ya he dicho que las ventanas del cuarto de la enferma daban a aquel huerto.

Después de algunos instantes de paseo, durante los cuales el marqués de Brault no se atrevió a interrogar al viejo médico, los dos hombres habían llegado al límite de las tapias del cercado, y allí se detuvieron, fijando sus ojos en las ventanas de la alcoba de María, débilmente iluminadas por dos velas que ardían colocadas encima de la chimenea.

La noche estaba fría y serena.

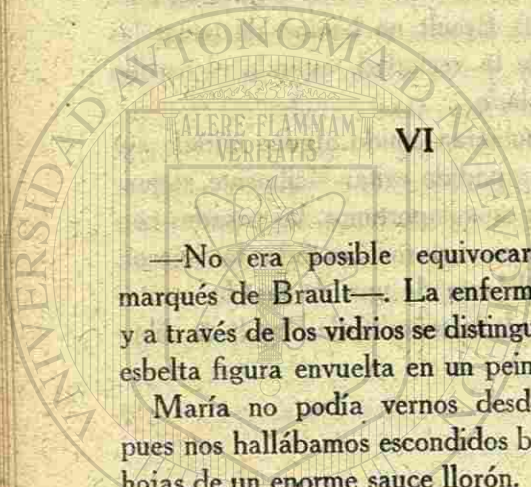
No se sentía el más leve soplo de aire, y la inmensa cúpula del cielo estaba sembrada de brillantes estrellas.

Las ventanas, con sus vidrieras de menudos y

verdosos cristales, como las de las construcciones del tiempo de Luis XIII, no tenían cortinillas, pues los habitantes de Brault no habían de temer las indiscreciones de la vecindad, estando el castillo como estaba aislado.

Además, si hubieran tenido alguna mirada curiosa, la hubieran podido evitar fácilmente, dejando caer, ante los ojos importunos, las pesadas cortinas de tapicería que guarnecían todos los huecos.

De repente, delante de una de las dos ventanas de la alcoba de la señorita de Brault, se dibujó una silueta.



VI

—No era posible equivocarse—continuó el marqués de Brault—. La enferma estaba en pie, y a través de los vidrios se distinguía claramente su esbelta figura envuelta en un peinador blanco.

María no podía vernos desde donde estaba, pues nos hallábamos escondidos bajo las ramas sin hojas de un enorme sauce llorón.

En aquel sitio, un puente hecho sobre el foso que rodea el castillo, cerrado por el lado del patio con una sencilla empalizada, daba acceso al huerto.

El doctor me hizo seña para que no me moviese.

¿Qué significaba la aparición de mi hija en aquella ventana?

El doctor y yo la habíamos dejado, cuando bajamos al comedor, con una fiebre muy alta.

¿Cómo, pues, podía estar ahora levantada y mirando con curiosidad hacia la parte de afuera?

María permaneció en pie durante cerca de un

minuto, con las manos cruzadas sobre el pecho y la vista fija en el jardín.

Después se volvió hacia el interior de su cuarto, y desapareció.

Pero sólo fué por un instante.

Al otro extremo del castillo, las luces que alumbraban las habitaciones del conde de Montjeu y de su hijo, acababan de apagarse.

Sin duda iban a entregarse al sueño para reparar las fatigas del día.

Mis amigos acostumbraban a levantarse con el alba, como hacíamos todos en Brault, y no me extrañó que trataran de recogerse cuanto antes.

Cuando estaba yo en estas reflexiones oímos un ligero rumor en el piso bajo.

Era que se abría la puerta del jardín.

Después no volvió a cerrarse, sin duda por temor de que el ruido que pudiese hacer despertase a los huéspedes del castillo, pues como es sabido, en medio de la noche el más pequeño crujido es bastante para causar alarma.

Casi en seguida el doctor Burel y yo vimos dibujarse la blanca silueta en el hueco de la puerta y avanzar con precaución, alargando el cuello para sondear las tinieblas, saliendo después con paso seguro a la terraza con balaustrada de piedra que domina el huerto.

Quise adelantarme hacia ella, pero el doctor sujetó con fuerza mi brazo, y me dijo:

—¡Esperad!

Después de una vacilación de algunos segundos, el blanco fantasma echó a andar hacia donde estábamos nosotros y se detuvo a unos treinta pasos de distancia del foso.

Luego le vimos arrodillarse y juntar las manos como para hacer oración.

Me pareció que oía los latidos del corazón de mi hija, y me estremecí al ver que un sollozo levantaba su pecho.

Al cabo de algunos momentos se levantó y examinó con atención el agua brillante del foso que, por el sitio a que me refero es muy ancho, aunque poco profundo.

Sin duda María debió fijarse en este detalle, pues se aproximó más a nosotros, hasta el punto de llegar a la cabeza del puente, cerca del cual estábamos.

Allí el foso se estrecha, pero en cambio la masa de agua es mucho más considerable, y debe tener, por lo menos, ocho o diez pies de profundidad.

Era evidente que mi hija proyectaba un suicidio.

En efecto, bruscamente, y sin darnos tiempo para evitarlo, hizo la señal de la cruz y se arrojó al foso.

Me lancé sobre ella, y rápido como el rayo, cogí su vestido y la sostuve a fuerza de puños, por encima del agua.

María lanzó un grito estridente, desgarrador. Estaba salvada.

El doctor se precipitó en mi auxilio.

Entre los dos levantamos el cuerpo de María y lo colocamos en pie, a la orilla del foso.

La estreché sobre mi corazón, con toda la inmensa ternura que tenía para ella.

Tanto el doctor como yo procuramos tranquilizarla con palabras dulces y cariñosas, hasta que, por último, la cogí en mis brazos como un niño, para llevarla a su cuarto.

En el momento en que yo llegaba a la escalinata de la entrada, se abrió una ventana, y Bernardo se asomó a ella medio desnudo.

—¿Qué sucede?—me preguntó asustado al ver aquella forma blanca que llevaba yo en mis brazos.

—Nada—contestó el doctor—. Dormid tranquilos, que mañana os lo explicaremos todo.

El vizconde no insistió, respetando nuestros secretos, pero debió quedar poseído de una terrible inquietud.

Era imposible que no hubiese conocido a mi hija, y aquella escena nocturna le parecería inexplicable.

Pronto María descansó de nuevo en su lecho,

más pálida aun, más lívida que estaba antes de la comida.

Al ver sus facciones descompuestas, sentí que se llenaban mis ojos de las lágrimas abrasadoras que arranca la desesperación.

Los presentimientos más sombríos me abrumban y presentía a mi hija perdida para mí.

El marqués se interrumpió de nuevo.

—En mi familia todos hemos sido muy fuertes, señor cura—me dijo—; pero esta súbita catástrofe, que venía a herirme, quizás en el único punto que me quedaba vulnerable, me abatía hasta el extremo de hacerme llorar como a un muchacho.

—¡Desgraciada niña!—le dije—, ¡has querido suicidarte!

—¡Padre mío!

—¿Qué locura ha podido impulsarte a semejante crimen?... ¡Tú, tan cristiana!

Ella me miró con una ternura en la cual había tanto dolor, tanto desaliento y tanta desesperación, que no me atreví a insistir.

Posé mis labios en su frente, bañando su rostro con mis lágrimas, y añadí:

—Si tienes pesares, confiámelos, en la seguridad de que no hay nada en el mundo que yo no haga para evitártelos y para darte la felicidad, que es el único objeto de mi vida.

Iba a añadir, si tienes alguna falta que reprocharte, habla, te la perdono por adelantado...

Pero me detuve.

¡Me pareció que iba a proferir una blasfemia!

¿Qué falta habría podido cometer aquella criatura angelical, cuando parecía imposible que ni un mal pensamiento hubiese atravesado jamás por aquella divina cabeza?

El doctor Burel, en pie, al otro lado del lecho, con los brazos cruzados, contemplaba aquella escena con profunda atención.

Era evidente que presentía un misterio y que todas las fuerzas de su espíritu se concentraban para adivinarle.

—No atormentéis a María—me dijo al cabo de un instante—. Lo que ha pasado es un resultado natural, producido por el delirio de la fiebre.

Esta explicación logró serenar algo el rostro de la enferma.

Oprimió ligeramente la mano de su padrino, y pareció quedar de nuevo adormecida.

Yo permanecí en pie, pensativo, sin comprender absolutamente nada del drama que se desarrollaba a mis ojos y horrorizado ante aquella resolución, siniestra en una niña a quien yo creía conocer tan a fondo, y cuyo sano criterio, tan lleno de razón y de buen sentido, debía haber recibido

una terrible sacudida para haberse cambiado y pervertido tan bruscamente.

Cuando yo estaba haciéndome estas reflexiones, la criada, a quien mi hija había alejado a propio intento, enviándola a la cocina a preparar una poción, volvía trayendo ésta en una taza.

El doctor Burel puso un dedo sobre sus labios para invitarnos al silencio.

En suma: sólo dos personas habíamos penetrado el proyecto de María, proyecto que acababa de abortar gracias a un milagro del cielo: el doctor, Bernardo y yo.

Reprendí con dulzura a Marcela por haber abandonado a mi hija, aunque sólo fuese un instante y por orden suya, añadiendo después en voz muy baja:

—María está delirando, y el doctor teme que su enfermedad le haga arrojarse de la cama a hacer una locura por el estilo. Es preciso que no os alejéis de su lado ni un momento. Voy a mandar a Susana que se instale en la habitación contigua, para que si hay algún recado que hacer, la enviéis a ella y no os mováis de aquí bajo ningún pretexto.

Marcela, que adoraba a mi hija, y hubiera sido capaz de dar su vida por ella, me contestó:

—Os lo prometo, señor marqués.

Yo sabía que se podía contar con su palabra.

Había servido de madre a la niña, y si hubiera podido sufrir aquella enfermedad en su lugar, sé que no hubiera vacilado un segundo.

Aunque, bien a pesar mío, me dispuse a alejarme a instancias del doctor.

Estreché la mano a éste, recomendándole mucho a mi hija, e inclinándome sobre la frente de la enferma, deposité en ella un largo beso.

Jamás olvidaré la tímida mirada con que aquel ángel me dió las gracias por esta prueba de cariño tan natural.

Me incliné de nuevo a su oído, y dije en voz muy baja:

—Eres joven, feliz... y debes vivir... Acuérdate de que eres lo único que me queda en el mundo, desde la muerte de tu pobre madre.

Estas palabras tan sencillas produjeron en ella un efecto extraordinario.

Hasta aquel momento había yo notado que, aunque levantaban su pecho convulsivos sollozos, sus ojos permanecían secos y abrasados por el fuego de la fiebre.

Pero, de repente, un verdadero torrente de lágrimas inundó sus pálidas mejillas y las blancas almohadas en que reposaba su cabeza.

El doctor Burel lanzó una exclamación de alegría, y su rostro se iluminó.

—Se ha salvado—me dijo—. Id a dormir tranquilo, que yo velo.

Envié a Susana al cuarto de mi hija, según había prometido a Marcela, y me retiré.

Esta Susana era una buena y linda muchacha que intervenía en el manejo de la casa, y a todo echaba mano, como suele decirse, pues era muy lista y estaba dispuesta siempre para lo que se ofreciera, con su buen humor y su alegría de pájaro.

El doctor Burel se instaló en una habitación próxima, y Marcela se sentó a la cabecera de la enferma.

Cuando entré en mi cuarto estaba tan abatido y triste como el día en que perdí a su madre, dulce y cariñosa compañera de mi vida.

En vano quise luchar contra mi abatimiento.

Me parecía que estaba amenazado de un desastre semejante al otro, a aquel que había llenado de duelo en otro tiempo una mansión destinada al placer... Peor aun que el primero, pues la muerte de mi mujer había sido natural, prevista, por decirlo así, mientras que mi hija estaba atacada de un mal misterioso, fulminante.

Pasé una noche horrible, recostado en una butaca, y esperé con impaciencia la llegada del día.

En cuanto amaneció, después de haber ido a preguntar por la enferma, subí al cuarto de Ber-

nardo de Montjeu, al cual encontré ya levantado.

El joven, al verme, salió presuroso a mi encuentro.

—¡Cuánto habéis madrugado!—le dije.

—Es que no he podido cerrar los ojos en toda la noche... ¿Cómo está María?

—Ahora duerme.

—¿Pero qué sucedió anoche?

—Nada, un efecto de la fiebre... ¿Vuestro padre dormía, verdad?

—Profundamente.

—¿No oyó nada?

—Nada.

—Pues no se lo digáis entonces... Es inútil alarmar.

—Estad tranquilo.

—¿Qué pensáis hacer?

—Pues pienso, que de no poder ayudaros en el cuidado de la enferma, estorbamos en esta casa, y que hoy mismo debemos partir.

—Pero no partiréis antes de almorzar... Además, deseo hablaros largamente... Espero un cambio, una mejoría... En fin, quisiera que permaneciérais aquí mientras yo me ausento.

—¿Y por qué no queréis que os acompañe?

—No, no, ya os digo que prefiero que permanezcáis aquí... Así podréis tener, cada diez mi-

BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO MARTÍNEZ"
Apto. 1625 MONTERREY, MEXICO

nutos, noticias del estado de María... Ahora mismo voy a montar a caballo, y dentro de hora y media a lo más estaré de vuelta.

Después de esto nos separamos.

Bajé la escalera rápidamente, y dirigiéndome a las caballerizas, mandé que me ensillasen un caballo.

En cuanto estuvo dispuesto, lo monté y partí a galope.

VII

El pueblo de Fontaines, o más bien la alquería, pues lo que llaman *Les Fontaines* no se componía entonces más que de una hermosa granja que me pertenecía y dos o tres casitas de leñadores; se elevaba a la orilla de un riachuelo que alimentaba dos hermosos estanques enclavados en los bosques de Brault.

La casa que habitaba mi colono tenía un magnífico aspecto, y doscientos o trescientos años antes había debido pertenecer a algún noble campesino, que desdeñase lo confortable y las comodidades de la vida.

Dicha casa era un edificio cuadrado y flanqueado por macizas torres. A sus dos lados estaban los dos pabellones de explotación, bajos y pesados, que se hallaban situados a la orilla del arroyo que pasa por el próximo prado.

Esta es la disposición de casi todas las alquerías de Morvan, por lo menos de todas las que tienen alguna importancia.

nutos, noticias del estado de María... Ahora mismo voy a montar a caballo, y dentro de hora y media a lo más estaré de vuelta.

Después de esto nos separamos.

Bajé la escalera rápidamente, y dirigiéndome a las caballerizas, mandé que me ensillasen un caballo.

En cuanto estuvo dispuesto, lo monté y partí a galope.

VII

El pueblo de Fontaines, o más bien la alquería, pues lo que llaman *Les Fontaines* no se componía entonces más que de una hermosa granja que me pertenecía y dos o tres casitas de leñadores; se elevaba a la orilla de un riachuelo que alimentaba dos hermosos estanques enclavados en los bosques de Brault.

La casa que habitaba mi colono tenía un magnífico aspecto, y doscientos o trescientos años antes había debido pertenecer a algún noble campesino, que desdeñase lo confortable y las comodidades de la vida.

Dicha casa era un edificio cuadrado y flanqueado por macizas torres. A sus dos lados estaban los dos pabellones de explotación, bajos y pesados, que se hallaban situados a la orilla del arroyo que pasa por el próximo prado.

Esta es la disposición de casi todas las alquerías de Morvan, por lo menos de todas las que tienen alguna importancia.

Los campos y las tierras de pasto, pertenecientes a la granja, se extienden detrás de un valle estrecho y largo, rodeado de malezas, casi como un oasis en el desierto.

Esta granja estaba entonces ocupada por un honrado matrimonio.

El marido se apellidaba Bremont, y permanecía a nuestro servicio desde fecha muy remota.

Enfrente de su casa estaban los bosques que se habían cortado aquel año y que ocupaban una extensión de más de tres cuartos de legua; y detrás del claro que había dejado la corta, se distinguía a lo lejos el humo de los hornos de Martín Rabaud y sus primos.

Su choza estaba escondido en el fondo de unas rocas, al abrigo del viento y al borde de un pantano.

Desde el punto en que trabajaban, los carboneros podían ver muy bien la alquería de Fontaines y distinguir a todo el que entraba y salía de ella.

Al encontrarme en aquellos parajes y fijarme en la situación que ocupaba, pasó por mi imaginación la idea de que el día anterior habían tendido allí un lazo a mi hija.

Traté de rechazarla con horror; pero, a pesar mío, no se apartaba de mi imaginación ni un sólo instante.

Toda la noche había estado atormentado por mil dudas horribles.

Por eso, desde el amanecer me había puesto en camino para hacer algunas averiguaciones y partir de algún supuesto.

En media hora de buen galope llegué a la granja.

Ni por un momento me había ocurrido la idea de sospechar de los granjeros.

Estaba muy seguro de ellos, y conocía su honradez y adhesión por nosotros.

Además, conocía perfectamente al muchacho a quien habían enviado la víspera para llevar el recado a María.

Era un criadillo suyo, a quien tenían en la casa desde muy niño, por haberle recogido después que quedó huérfano de padre y madre, los cuales eran parientes del colono.

Yo había encontrado varias veces a aquel chico, porque en tiempo de veda, como no podíamos ir de caza, uno de mis pasatiempos era visitar a mis colonos para informarme de sus negocios y reparar mis granjas.

Durante la caza, rara vez pasábamos por alguna de nuestras alquerías sin detenernos en ella, ya para refrescar, ya para conversar algunos momentos con aquellas honradas gentes, a quienes considerábamos como a nuestros amigos.

Al verme Bremont, pareció muy sorprendido. El buen hombre ignoraba aún la enfermedad de mi hija.

—¿Cómo está vuestra mujer?—le pregunté al momento.

—Ha pasado muy mala noche, señor marqués.

—Sí, ya sé que su enfermedad es de cuidado, y por eso vengo a informarme de su salud.

—Pues, por desgracia, las noticias que puedo daros no son nada buenas, señor marqués.

—¿Pues qué es lo que tiene?

—Creemos que es una fiebre maligna.

No había duda, la enfermedad de la granjera era muy cierta, y por aquel lado no había misterio alguno que descubrir.

Bremont añadió:

—Es necesario que no dejéis venir a la señorita María, porque podría pegársele el mal que padece mi mujer, pues, según creo, estas enfermedades son contagiosas.

Las palabras de aquel hombre me hicieron mucho bien.

Respiré al ver que la enfermedad de María obedecía sólo a causas naturales, y por un instante quedé completamente tranquilo.

—Ya la veríais ayer—insistí, mirando a Bremont de hito en hito.

—¿A quién?

—A mi hija.

—¡Ya lo creo! Ella misma dió las medicinas a mi mujer, y nos prometió enviarnos al doctor.

—¿A qué hora se fué de aquí?

—No puedo decíroslo a punto fijo, porque como es necesario que el trabajo se haga, me tuve que ir al campo; pero debió irse al mediodía.

—Pues bien, ha habido que avisar al médico ayer noche, para que viese a la pobre María, que está muy mala.

—¿Cómo!—exclamó el granjero.

—Al volver ayer de la cacería la encontré presa de una violenta fiebre.

—¡Pobre señorita!... ¡Si parece imposible!

—Pues, por desgracia, es demasiado cierto.

—¡Dios mío, Dios mío, qué pena tan grande!

—La encontré delirando, y creo, como vos habéis dicho, que se debe haber contagiado ayer de vuestra mujer.

—¡Y pensar que nosotros hemos sido la causa!

—Espero que pronto curará, y en cuanto llegue a casa voy a enviaros al médico.

—¿Al doctor Burel?

—Al mismo.

—Pues ya estoy esperando su visita como el agua de mayo, porque, después de todo, nosotros podemos equivocarnos, y como él es un sabio, entenderá al momento su mal y sabrá curar-

la con la ayuda de Dios... ¡El nos proteja a todos y haga que se salven las dos!

En el acento de Bremont se comprendía que el pobre hombre estaba verdaderamente acongojado.

Entré unos cuantos minutos en su casa y examiné a la enferma, que no pudo reconocerme, y me pareció presentar los mismos síntomas que María, siendo esto quizá una ilusión de mis sentidos.

Los Bremont no tenían hijos, y lo habían lamentado mucho, pues para los aldeanos los hijos son una fortuna, porque dan poco gasto y, en cambio, ayudan mucho.

La pobre granjera estaba cuidada por una criada, que tenía al mismo tiempo que ocuparse de todas las faenas de la casa, incluyendo la de guisar para los jornaleros que estaban en el campo.

Dirigí algunas palabras de consuelo a la infeliz mujer, que apenas me entendió, y volví a montar a caballo.

Cuando salí me encontré al jovencuelo que había ido a avisar a María la víspera.

Le llamé.

Volvió la cabeza, y al verme, vino hacia mí con el sombrero en la mano.

—¿Estabas aquí—le dije—ayer, cuando mi hija salió de Fontaines?

—Sí, señor marqués.

—¿Y qué hora sería?

—Algunos momentos después tocaban el *Angelus* en San Fermín: es todo lo que puedo decir.

Ya sabía a qué atenerme respecto a la hora en que María había salido de allí.

Cuando había andado un buen trecho, empecé de nuevo a entristecerme.

Y es que la duda volvía a asaltarme.

¿No me habían dicho que la víspera mi hija había vuelto a Brault a las tres de la tarde? ¿En qué había invertido el tiempo que mediaba entre las doce y las tres?

Rechoncho, cuya ligereza me era bien conocida, no debía tardar más de cincuenta minutos en recorrer el camino que media entre Fontaines y el castillo.

Me aparté del sendero que venía siguiendo y lancé mi caballo a través del bosque, hacia el sitio en que trabajaban los tres carboneros: Rabaud y sus dos primos.

No tardé en divisarles.

Los tres estaban juntos y ocupados en llenar un horno; es decir, en apilar simétricamente los haces de leña cortados, y con el fuego debajo, para carbonizarlos hasta la expulsión completa del hidrógeno que contienen.

Ya he dicho que no había otros como ellos, en su oficio, lo cual explicaba la protección que les dispensaban, a pesar de todos sus defectos, los hermanos Benoist, y aun después de haberles dado yo queja de la conducta que observaban conmigo.

Verdad es que los Benoist podían quizás haber aprovechado con gusto aquella ocasión que se les presentaba para vejar a un noble, a un marqués, pues sus ideas avanzadas eran conocidas de todo el mundo.

Por lo demás, la mayoría de sus compañeros de Clamecy pensaban del mismo modo, y para vender el producto de nuestras tierras era necesario pasar por sus manos o explotarlas uno por sí mismo, lo cual es muy molesto y poco ventajoso.

Los Congnat parecían no haberme visto.

Estaba ya a quince pasos de ellos y continuaban su trabajo, sin volverse siquiera hacia mí.

Yo les observé con atención.

Era difícil notar una impresión en aquellos rostros barbudos, incultos, como el de los salvajes y los brutos.

Pero Martín Rabaud se aproximó con su sonrisa obsequiosa, llevando el sombrero en la mano, y me dijo:

—Mil gracias, señor marqués, por los presentes que os habéis servido enviarnos.

—¿A qué te refieres?

—A las magníficas provisiones que el señor marqués nos ha regalado.

Martín Rabaud hacía alusión a la caza y a las botellas de vino que les había mandado.

—Eso no vale la perra—le contesté—, y es un premio por que no seguís devastando mis bosques, lo cual me obligaría a tener que dar una nueva queja, y eso me disgustaría, porque deseo estar en paz con todo el mundo.

Martín Rabaud notaba que yo le examinaba con atención.

Su fisonomía me pareció más feroz que otras veces, su aspecto más solapado y vil y su sonrisa más falsa.

—El señor marqués puede estar contento, porque pronto se verá desembarazado de nosotros, pues los trabajos avanzan.

—¡Si acaban de empezar!

—Pues, sin embargo, se ha adelantado muchísimo, y aunque todavía queda bastante que hacer, creo que lo despacharemos antes de lo que habíamos calculado en un principio.

—¿Hasta cuándo permaneceréis aquí?

—Tenemos todavía para un año, y eso sin

perder tiempo; pero no creáis que volveremos a causaros molestias, porque nos hemos vuelto mansos como corderos... Ya conocerá el señor marqués el proverbio... El gato escaldado...

Al decir esto, Martín Rabaud reía de un modo sardónico que me hizo daño.

Sus primos no se movían, ocupándose únicamente de su trabajo con mucha actividad, y sin fijarse para nada en mí.

No sé por qué encontré en el tono de aquel miserable algo agresivo e insolente, que traspasaba los límites de su habitual ironía.

Parecía que respiraba el triunfo.

Sentí que la cólera se apoderaba de mí y como ésta es muy mala consejera, tomé el partido de alejarme.

Cuando volví mi caballo hacia el lado de la choza, que estaba a unos doscientos pasos de allí, para tomar un sendero, oí la voz de aquel canalla, que me saludaba con su acento meloso y envenenado:

—¡Que os divirtáis, señor marqués!

Tiré de la corbata con los dedos crispados y espoleé el caballo.

Pero casi en seguida le detuve.

Acababa de distinguir en el suelo las herraduras de otro perfectamente dibujadas en la tierra húmeda.

Hice seña a Martín Rabaud para que se aproximase, y le pregunté:

—¿Qué es eso?

Aquel hombre se bajó y examinó con curiosidad las huellas.

—Son las herraduras de un caballo, padre—contestó.

—¿Quién ha pasado a caballo por aquí?

—¿Quién?...

Y pareció reflexionar un instante.

Después se dió una palmada en la frente, y añadió:

—¡Ah, ya me acuerdo!... La señorita de Brault.

—¿Cuándo?

—Ayer, al volver de Fontaines de ver, sin duda, a la mujer de Bremont, que está enferma.

—¿La visteis vos?...

—¿Yo?... No; pero otros me lo han dicho... La señorita va por todas partes, porque como está en su casa... Es una joven hermosa y buena como un ángel... ¿No tiene nada más que preguntarme el señor marqués?

—No.

—A vuestras órdenes, respetable señor.

Cuando pasé por delante de la choza, la puerta estaba entreabierta.

Lancé una mirada a la puerta de aquella zahurda.

Reinaba en ella un desorden y una suciedad repugnantes, y exhalaba un olor a macho cabrío insoportable.

Había colgada una porción de ropa sucia en las paredes, y el lecho, de paja y hojas secas, que se veía en un rincón, parecía más bien destinado a animales que a personas, por sucias y rudas que fuesen. La paja con que se hacen las camas para dormir las caballerías está más limpia y mejor extendida que ésta en muchos establos.

Al recordar más tarde estos detalles me horroricé.

Entonces me causaron mucho menos efecto. En los alrededores de la choza, y bajo un grupo de árboles, vi las mismas huellas que había notado más abajo.

El suelo estaba golpeado por un caballo impaciente que había debido detenerse allí algún tiempo.

Esto fué todo lo que pude sacar de mi excursión; y cuando al llegar hoy a mi casa me bajé del caballo, aun creía estar oyendo la voz burlesca e insolente de Martín Rabaud:

—¡Que os divertáis, señor marqués!

¡Yo era cazador y creía conocer algo los ins-

tintos y la saña de las fieras; yo soy hombre—añadió llorando—, y me avergüenzo al pensar que al hombre puedan darles lecciones!

¡Pronto comprenderéis por qué no sé contener estas exclamaciones de dolor!

El anciano sacerdote se detuvo para tomar aliento.

Le faltaba el tradicional vaso de agua de los oradores; pero, en cambio, tenía a su alcance los frascos de licores que nos habían servido después de comer.

Extendió la mano y echó en una copa un dedo de coñac, que con un poco de agua y un terrón de azúcar debían ayudarle a continuar su relato.

—Veo que me escucháis con atención—nos dijo—, y puedo afirmaros que os traslado fielmente las palabras del anciano marqués de Brault, pues muchas veces, desde entonces, volvió él mismo a hablarme de esta historia y a repetirme escenas de ella con sus menores detalles, dejándolos bien grabados en mi memoria.

Lo que no podría explicaros es la emoción extraordinaria que le agitaba, la precisión de sus palabras y la claridad con que en una sola frase sabía pintar una fisonomía o un carácter.

Así que yo veía tan bien como si los hubiese tenido delante de mí a aquellos Congnat, los dos carboneros con mañas de lobo y rostros peludos, de mirada feroz.

Pero sobre todo, lo que se presentaba con más claridad ante mi vista era la asquerosa y repugnante figura de aquel Martín Rabaud, de aquel reptil, animal rastrero, vil y falso, que era el genio malo de la banda.

Con un gesto o con una entonación, el marqués de Brault trazaba una imagen a la mayor perfección.

Bien se veía al escucharle que aquella historia era toda su vida, que no olvidaba ningún detalle de ella, y que la tenía sin cesar en su memoria, habiendo llegado a ser aquellos recuerdos sus perpetuos compañeros.

Mientras que el marqués hablaba, yo no podía apartar un minuto mis ojos de aquel rostro expresivo, como yo no he visto ninguno en toda mi vida; tanto, que sus gestos eran el complemento de su relato, y a no verlos, creo que nunca hubiera llegado a penetrarme tan bien de los horrores que en él se encierran.

El marqués prosiguió:

—Al volver a mi casa, la primera persona a quien vi fué a Bernardo Montjeu.

Erraba éste al borde de los fosos del huerto,

precisamente por el sitio donde mi hija había querido ahogarse.

El pobre tenía el aspecto muy abatido.

Bernardo no era un águila ni tenía ninguna pretensión de ser un sabio.

Sencillo y rústico, ocupado únicamente en la caza y en la agricultura, cuidaba sus tierras y vivía en medio de los aldeanos, teniendo casi casi sus mismas maneras.

Violento y arrebatado, pero muy buen hijo y amigo leal y seguro, era susceptible de algunos raptos de cólera, de que su buen corazón le hacía arrepentirse en seguida, y después de los cuales no vacilaba nunca en reconocer su error, tratando de repararlo.

—¿Habéis andado mucho?

—He ido a Fontaines.

—¿Ha estado allí María ayer?

—Sí, y allí es donde se debe haber contagiado del mal que padece.

Sin duda Bernardo debió tener también alguna duda, porque fijó sus ojos en mi rostro y me dijo bruscamente:

—¿Lo creéis así?

El tono con que me hizo esta pregunta no me chocó en un principio y le respondí:

—Estoy seguro de ello. La mujer de Bremont se ha sentido atacada hace dos días de una fiebre

maligna, y presenta los mismos síntomas que María. Tiene delirios y apenas me ha reconocido.

Al oírme, Bernardo pareció experimentar un gran consuelo.

—¡Ah!—dijo respirando con fuerza.

Pero aquella tranquilidad no tardó en turbarse de nuevo.

Yo añadí:

—Es necesario que el doctor Burel vaya a ver en seguida, después del almuerzo, a esa pobre mujer.

La frente de Bernardo volvió a oscurecerse.

—¿Habéis pasado por los bosques?

—Sí, porque he ido cortando por el atajo de la Tremblaye.

La Tremblaye era el sitio donde se había hecho la corta última, que yo había vendido.

—Pero todo eso está lleno de obreros—insinuó el joven.

—Sí, y ya están muy adelantados los trabajos.

—Es que hay mucho canalla entre esa gente.

—Es cierto—le respondí.

Y añadí, mirándole a mi vez:

—¿Qué quieres decir con eso?

—Nada...

—Eso no es verdad; tú has pensado algo.

—Tenéis razón.

—En ese caso no debes ocultarme tu pensamiento.

—Es que...

—Vamos, habla sin temor.

—Es que me parece muy peligroso para una joven el irse sola por esos bosques, estando llenos de trabajadores a quienes no conocemos, y algunos de los cuales nos consta que son muy mala gente.

—¡Bah!... ¿Qué podemos temer?

—Yo sé de unos que os odian.

—¿A mí? ¿Y por qué?

—Aunque no sea más que por las multas que les habéis hecho pagar y la prisión que les habéis hecho sufrir... Ya sabéis a quién me refiero, a los Congnat y a Martín Rabaud.

—Hoy los he visto.

—¿Y qué hacían?

—Trabajaban, como siempre, en los hornos de carbón.

—¿Los habéis hablado?

—Sí; no han vuelto a robarnos la caza, y parece que se han corregido desde que sufrieron la multa que les impuso el tribunal de Chateau-Chinon.

Esta vez el rostro de Bernardo se serenó por completo.

Sin duda debían haberle asaltado al pobre muchacho los mismos temores que a mí.

Yo había temido también alguna venganza de los tres carboneros.

Martin Rabaud, en particular, era un ser que no me inspiraba ninguna seguridad; y al principio había sospechado si aquellos hombres habrían tendido algún lazo a María con objeto de asustarla.

Pero las apariencias desmentían esta suposición.

Yo había depositado en mi hija una confianza ilimitada, y sabía que no había tenido jamás ningún secreto para mí, siendo la franqueza, la bondad y el honor mismo.

La tranquilidad de los Congnat, la enfermedad de la mujer del colono y el silencio de María, apartaban de mi imaginación toda idea de emboscada y de violencia.

No quise hablar a Bernardo de las huellas de herraduras de caballo que había visto en los alrededores de la choza de los carboneros.

Cierto que aquellas huellas me habían parecido impresas por el pie de *Rechoncho*; pero bien podía yo equivocarme, pues otros caballos podían haber pasado por allí... Los mismos de los vigilantes de los señores Benoist, que acostumbraban a recorrer todos los días los terrenos donde se trabajaba, y en ese caso, se había podido alguno de ellos detener allí el día anterior.

Por lo demás, nuestras vacilaciones debieron cesar ante preocupaciones más graves.

Después del almuerzo, que fué muy triste, como era de esperar, el doctor Burel fué a Fontaines para ver a la mujer del colono.

En aquel momento, una sensible mejoría se había iniciado en el estado de mi hija.

Bernardo de Montjeu y su padre partieron para su propiedad, donde vivían juntos, después de darnos a María y a mí el testimonio de la más viva y sincera afeción.

Pero aquella noche, en el momento en que el doctor iba a dejarnos, se manifestó en María una crisis más fuerte que las anteriores, agravándose muchísimo su estado.

El doctor me dijo con voz alterada y presa de una angustia que no podía disimular:

—Temo un ataque cerebral.

En efecto, el terrible mal se declaró, haciéndonos creer que debíamos perder toda esperanza.

Durante varios días tuve a mi hija suspendida entre la vida y la muerte, y estuve sin apartarme un momento de la cabecera de su cama.

Imposible me sería expresar lo que sufrí entonces.

El hombre que sólo tiene una esperanza de salvación y la ve extinguirse en un desastre, que es impotente para conjurar; el desgraciado cuya for-

tuna se pierde de repente, dejándole a él y a todos sus hijos sin pan; el comerciante honrado a quien le falta el crédito y se queda a la vez sin honor y sin el porvenir de la familia, que hacía su alegría; el marido que adora a su mujer y no puede defenderla de la agonía de la muerte, sólo pueden pasar angustias comparadas a las mías.

María representaba para mí todo lo que yo quería en el mundo: mi pasado, mi presente y mi porvenir.

Ella era la viva imagen de mi mujer, a quien yo había adorado y a la cual consagraba un culto en mi alma, cerrada para otras afecciones del mismo género, desde que había tenido la desgracia de perderla...

Ella era la alegría de mi casa, el rayo de sol que iluminaba mi vida, el ángel que me hacía generoso y dulce para con los demás, el oculto rincón en donde depositaba mi cariño.

¡Y yo iba a perderla!

¡Con qué ansiedad velaba a aquel bien tan precioso que se me escapaba.

¡Con qué solicitud espiaba los menores cambios de su estado, que tan pronto me amenazaba presagiando un fin próximo, como hacía renacer en mi alma la perdida esperanza! Todos los días venía Bernardo a caballo a pasar algunas horas en mi casa.

El pobre muchacho estaba tan consternado como nosotros.

Poco expansivo por naturaleza, enemigo de las grandes protestas y palabras inútiles, demostraba todo el amor que tenía a su futura en su afligida actitud, en su abatimiento y en el pesar que le devoraba.

A principios de abril empezó a manifestarse una sensible mejoría, y el doctor dijo por fin que entraba en la convalecencia y que ésta sería muy larga; pero que debíamos dar gracias a Dios porque nuestra querida enferma estaba ya fuera de peligro.

Como antes os he dicho, durante más de dos meses no me había separado ni un instante de la cabecera del lecho de mi hija.

Todavía tuve que pasar otro mes después de la declaración de mi excelente amigo, y asistir a una de esas crisis que tanto me habían asustado.

Felizmente aquella fué la última.

En su delirio, María parecía presa de horrible terror, y con sus dos manos hacía esfuerzos como para separar a fantasmas, con los cuales creía luchar sin duda.

Algunas frases confusas se escapaban de sus marchitos labios, sin que de ellas pudiese yo distinguir otra cosa que las palabras:

—Gracia, piedad, perdón...

Pero el ataque fué más corto y menos violento que los demás.

A Dios gracias no debía volver a aparecer.

Desde aquella noche se aceleró la curación rápidamente.

La fiebre desapareció poco a poco, y María pudo levantarse y dedicarse de nuevo a sus ocupaciones ordinarias, aunque noté que tenía una gran repugnancia a salir de casa.

En vano traté varias veces de hacerla pasear a caballo conmigo, para que diésemos alguna vuelta, y sólo en dos o tres ocasiones pude conseguir que me acompañase, aunque siempre sin querer alejarse del castillo, y renunciando pronto a aquellos paseos por completo.

Rechoncho, que recibía sus visitas dando relinchos de alegría en cuanto la veía acercarse, quedó olvidado en las cuadras, con gran sentimiento suyo.

Había llegado la primavera.

Nada más delicioso que esta época en nuestros salvajes campos.

En el mes de mayo los bosques se visten de colores tan preciosos como yo no he visto en ninguna otra parte. Los jardines esparcen un olor delicioso, las hojas se extienden y se rompen los cálices de las flores para ostentar a la luz del sol, que las

acaricia con sus tibios rayos de primavera, las riquezas que encierran en perfumes y colores.

María, que en los pasados años había gozado tanto con nuestras excursiones por los bosques para ir a visitar a los colonos de los pueblos vecinos, se encerró obstinadamente en su retraimiento, permaneciendo siempre sin querer salir de casa y huyendo de la sociedad de nuestros mejores amigos.

Cada vez me chocaba más la incurable melancolía que se había apoderado de ella.

Mi hija no había sido nunca de esas que manifiestan su alegría de un modo ruidoso.

Por el contrario, había llevado siempre grabado en sus facciones ese estigma particular de los hijos que se crían sin madre.

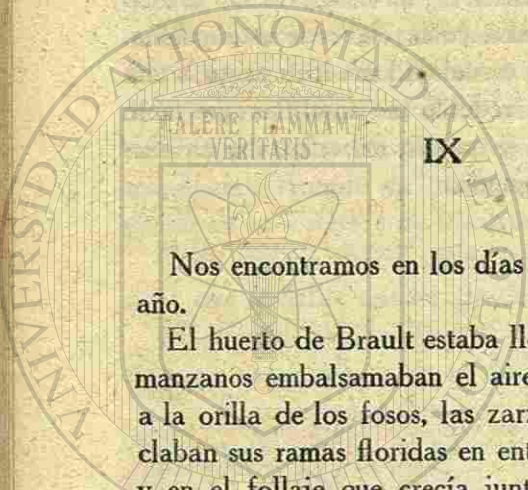
Pero su tristeza misma parecía dulce y serena, y en la actualidad se había apoderado de ella de un modo continuo, dándole un tinte de melancólica amargura.

No recuerdo, después de la catástrofe que nos había venido a herir, haber vuelto a ver reaparecer la sonrisa en aquel rostro.

Sin embargo, María no tenía motivo alguno para explicarse su tristeza, sino que, por el contrario, todo parecía sonreírle en el mundo, pues era bella, joven, tenía un padre que la adoraba y un prometido que estaba locamente enamorado de ella y al cual correspondía.

Todo, en fin, parecía anunciarle la felicidad de que era tan digna.

En vano buscaba yo la clave de este enigma, cuando un día la casualidad me hizo asistir a una conversación que redobló las angustias que tanto me atormentaban y que yo me esforzaba en disimular a todo el mundo.



Nos encontramos en los días más hermosos del año.

El huerto de Brault estaba lleno de flores. Los manzanos embalsamaban el aire con sus aromas; a la orilla de los fosos, las zarzas y juncos mezclaban sus ramas floridas en entrelazadas trenzas, y en el follaje que crecía junto a las tapias se ocultaban multitud de nidos. Los enrejados de alambre, que estaban fijos en los muros, se hallaban cubiertos de campanillas de colores, clemátidas y rosales trepadores. Todo anunciaba allí el despertar de la naturaleza.

Aquel huerto, donde lo agradable se mezclaba a lo útil, era casi el único paseo de mi hija y el solo lugar donde parecía encontrarse a su gusto, como si únicamente allí se hubiese creído en seguridad, bajo las ventanas de la casa y protegida por las tapias y los fosos que la rodeaban.

Eran ya las dos de la tarde.

El conde de Montjeu, ocupado en sus trabajos

del campo, que se encontraban entonces en toda su plenitud, no había ido aquel día a Brault; pero Bernardo estaba desde por la mañana; había almorzado con nosotros, y salió después a dar un paseo por el huerto en compañía de María.

Yo me había quedado solo en la casa para arreglar algunas cuentas con el comprador de maderas, que me había entregado aquel día la primera partida del precio de la venta correspondiente a aquel año.

Cuando terminé estos asuntos bajé también al jardín para reunirme con los enamorados; pero al verlos entretenidos en una conversación que parecía interesante, me pareció mal el interrumpirla.

No me dirigí, pues, hacia el sitio en que estaban, sino que fui a tenderme en un banco que había oculto detrás de unos magníficos arbustos cargados de lilas, y allí me quedé completamente dormido.

No sé cuánto tiempo habría durado mi sueño, cuando me despertó un ruido de voces.

Dos personas se hallaban hablando a pocos pasos de donde yo me encontraba.

Reconocí en seguida la voz de Bernardo, y muy pronto la de mi hija, que le contestaba.

La voz del joven decía:

—María, es necesario que os decidais... Os lo suplico en nombre de mi padre, ya que de mí no

hacéis caso, y en nombre de la amistad que siempre habéis tenido con nosotros.

—Pero ¿qué prisa hay?

—Ya tenéis diez y ocho años.

—Estoy enferma.

—Ya os curaremos... Veréis de qué cuidados y de qué ternura estaréis rodeada.

—No lo dudo, Bernardo...; pero yo os suplico a mi vez que no me habléis, por ahora, de eso... Esperad.

—¿No os parece bastante el tiempo que he esperado?

—Hacedlo por mí...

—¿Pero no hemos convenido en que habéis de ser mi mujer?... Mi mujer, es decir, todo lo que yo amo, la compañera de mi vida, mi amor, mi felicidad.

—Tengo un padre que está solo..., no debo abandonarle..., soy lo único que le queda en el mundo.

—No, no le abandonaréis, María, porque viviremos a su lado, en Brault, todo el tiempo que queráis, y sólo iremos a Montjeu algunas veces... Repartiréis vuestras afecciones entre las dos casas e iréis a alegrar una u otra con vuestra presencia cuando os plazca... Mi padre os ama como a su propia hija, y es el mejor amigo del vuestro... Os ha conocido muy pequeña y os ha llevado

muchas veces en sus brazos... ¡Esperar!... ¡Hace tantos años que os espero, María!... Y... jamás os lo he dicho, pero es necesario que lo sepáis; es necesario que sepáis que os amo con locura, con pasión, y esa demora que queréis imponerme es para mí un tormento que me mata... Mientras erais una niña no me he atrevido nunca a decíroslo, por temor de que no me comprendierais...; pero hoy sois ya una mujercita y no puedo estar a vuestro lado sin pensar en el amor que me inspiráis y sin deciros que os adoro...

—¡Bernardo!...

—Sois demasiado modesta si ignoráis el poder de vuestra belleza... Yo no soy de esos hombres que saben hacer frases; no sé ni aún formular una lisonja; pero lo que puedo deciros es que esa belleza ha turbado hace tiempo mi reposo, y la tengo constantemente delante de mis ojos a todas horas, pues cuando estoy dormido, sueño con vos, y cuando estoy despierto, sois mi constante pensamiento... Para mí no existe en el mundo más mujer que vos y jamás miro ni me ocupo de las demás... El día que no tenga nada que desear será aquel en que pongáis vuestra mano en la mía, y os juro que no os habéis de arrepentir. ¿Por qué os negáis siempre?

—Siempre no, Bernardo... Sólo os pido algunos meses, algunas semanas de espera...

El joven se animó y dijo, juntando las manos en actitud suplicante y con creciente exaltación:

—Las semanas me parecen largas como años, cuando se trata de esperar esa felicidad que tanto ansío... Tú gozas en atormentar, y eso es una crueldad y una coquetería indigna de una joven... ¿Qué puedes temer?... ¿No nos conocemos bastante?... Juntos hemos crecido y hemos sido educados el uno al lado del otro, por decirlo así... Vivíamos como hermanos, y sólo hace seis meses que he dejado de tutearte, porque no me atrevo ya, y me estremézo de placer al estrechar tu mano solamente... Entonces eras mi amiga y no hablabas de alejar este matrimonio... La idea de ser mi mujer no te asustaba tanto... ¿Acaso has cambiado y no me amas ya como antes?

—¡Cómo podéis pensarlo!...

—¿Pues por qué te niegas a ser mi mujer?

No me niego, Bernardo... Unicamente os ruego que me concedáis un plazo...

—¡Cuán pálida estás! ¿Sufres aún, amor mío?

—Sí.

—¡Si supieses cómo he temblado los días en que hemos estado expuestos a perderte!... Entonces he comprendido, más que nunca, cuánto te amaba y hasta qué punto me eres necesaria... ¡Yo no sé lo que hubiera sido de mí si me hubiese visto reducido al tormento de no volver a verte!

—¿Qué habrías hecho?

—Me habría enganchado en el ejército y hubiera ido a hacerme matar muy lejos.

—¿Y vuestro padre?... ¿Y el mío, que os quiere como si fuerais su hijo?... ¡Con qué facilidad les olvidabais!

—Sí, era un loco, un insensato; pero es porque sólo pensaba en ti, María, en ti, que eras para mí lo primero... Pero ¿a qué hablar de cosas tristes?... ¿A qué recordar los sufrimientos, cuando todo ha pasado?... Pronto estarás tan fuerte como antes, recobrarás la salud y desecharás esa tristeza que oscurece tu rostro y que tanta pena nos causa a todos, consintiendo, por fin, en esta unión que llenará de alegría a los que te aman...

Y añadió bajando la voz:

—Sobre todo a mí, María... ¿Querrás?...

—Ya veremos...

—Prométeme, al menos, darme pronto una respuesta...

—Bueno...

—¿Cuándo?

—¡Dejadme!...

—¡No!... ¡Fija un plazo!

—Seis meses.

Bernardo se indignó.

—¡Nunca!—dijo—. Lo más que te concedo es un mes.

—Pero haceos cargo de que no me es posible...

—Pues bien, para que veas que soy capaz de sacrificarme a tu capricho, voy a imponerme un sacrificio bien cruel.

—¿Tan cruel es en efecto?—dijo María, tratando de fingir una sonrisa que expiró en sus labios.

—Más de lo que puedes figurarte.

—Hablad, pues.

—Pues bien, exijo que el 15 de agosto, es decir, el día de tu santo, fijes la fecha de nuestro matrimonio.

—¡Tan pronto!

—Por Dios, María... Piensa que faltan aún dos meses y medio... Júrame fijar la fecha entonces, y yo, por mi parte, te juro no volver a molestarte hasta entonces, por doloroso que sea este sacrificio.

—Está bien.

—¿Lo prometes?

—Lo prometo.

Y se levantaron.

Me incliné hacia el follaje y separé, sin hacer ruido, algunas ramas para poder ver a los enamorados, que se alejaban lentamente, dirigiéndose hacia el puentecillo con las manos cogidas y sin añadir una palabra.

No tuve valor para reunirme a ellos.

La reciente tristeza de mi hija me iba dando cada vez más en qué pensar.

¿Qué oculto dolor minaba su existencia? ¿Qué secreto pesar había venido a matar para siempre su alegría?

Sobre todo, cuando se creía sola y no trataba de disimular, se abandonaba de tal modo a su desesperación, que me daba miedo.

Delante de mí, o delante de los demás, se esforzaba en aparecer satisfecha y tranquila; pero en vano, pues su pena era de esas que no se pueden ocultar.

Además el acento lastimero de su voz durante aquella conversación, que yo acababa de sorprender, la amargura que inundaba aquella alma tierna y el suplicio en que yo la había visto durante el tiempo que había durado aquel interrogatorio, me impresionaban penosísimamente.

Me deslicé junto a las tapias hasta un sitio desde donde podía ver la fachada de las caballerizas.

María y su futuro estaban a la entrada de éstas.

Un criado trajo el caballo de Bernardo, ensillado ya y con los estribos puestos.

El joven examinó prudentemente la cincha, apretó la barbada y cogiendo la cabeza de María entre sus dos manos, depositó en su frente un largo beso.

Después saltó de un solo brinco sobre su caballo, que se encabritó, y partió al trote.

Bernardo se volvió aún para hacer a mi hija un saludo, y no tardó en lanzarse al galope de caza, en la avenida, por donde desapareció al cabo de un minuto.

María no volvió a la casa, como yo hubiera pensado, sino que desanduvo lentamente el camino que acababan de recorrer juntos; pasó el puentecillo, donde se detuvo un minuto, apoyándose en la balaustrada, e inclinóse hacia fuera para mirar el agua.

Al verla me estremecí de horror, y ya iba a echar a correr hacia ella, cuando vi que de nuevo emprendía su camino con la misma lentitud y fija la mirada en el suelo.

Atravesó el huerto y fué a sentarse en el mismo banco en que había estado momentos antes con Bernardo.

Allí se cubrió el rostro con ambas manos y estalló en sollozos entrecortados, murmurando al mismo tiempo, con voz sofocada:

—¡Dios mío! ¡Dios mío!

Yo hubiera querido ocultarla el involuntario espionaje a que me había entregado, y del cual estaba algo avergonzado; pero no pude contenerme, y saliendo de mi escondite me acerqué a su lado.

Al oír el ruido de mis pasos María se enjugó vivamente los ojos, y dijo con voz alterada:

—¿Estábais ahí?

—Sí.

—¿Desde hace mucho?

—Sí... Estaba dormido y el ruido de vuestras voces me despertó...

—Entonces, habréis oído...

—Todo.

—María bajó la cabeza y un vivo rubor cubrió su rostro, tan pálido momentos antes.

Contemplé sus facciones enflaquecidas, en las cuales el disimulo que se había impuesto imprimía un profundo cansancio, y cogiendo una de sus manos, que estreché suavemente, pasé su brazo por el mío.

Sus grandes ojos se levantaron hacia mí como implorando piedad.

—Vamos—la dije—, sé sincera con tu padre.

—Ya sabéis que siempre lo he sido.

—Sí, ese matrimonio no te sonríe... Confíesamelo...

—¡Ah... Dios mío!

—Las jóvenes tienen a veces ideas raras... Bernardo es un hombre perfecto..., yo sé lo que vale y comprendo que puede ofrecerte todas las garantías de felicidad...; pero ante todo no quiero contrariarte...

—¡Padre mío!...

—Me causará mucha pena tu resolución, porque los Montjeu son mis mejores amigos y hace tiempo que considero a Bernardo como a mi propio hijo; pero tú eres lo primero. Quiero verte sonreír..., tu tristeza me mata... ¿Qué quieres?

¡Ay de mí!... ¡Hoy comprendo los sentimientos que la animaban y la desesperación con que aquel ángel renunciaba al sueño de su juventud!

¡Bernardo la amaba con pasión y ella le correspondía con toda su alma; pero debía renunciar a él!

Vaciló algunos minutos antes de contestarme, hasta que apoyando sus manos diáfnas sobre mis hombros, dijo con emoción:

—Sí, padre mío, tengo una confesión que hacer y no sé cómo empezar, pues sé que voy a causaros un gran dolor.

—¡A mí!...

—Sí.

—¿Cómo?...

—Comprendo que no he nacido para el matrimonio...

—¡Tú!...

—Y no puedo casarme con Bernardo...

—Reflexiona.

—Eso es lo que estoy haciendo desde hace cuatro meses...

—Y...

—No me casaré jamás.

—Ya verás cómo no has de tardar mucho en arrepentirte de haber tomado esa resolución.

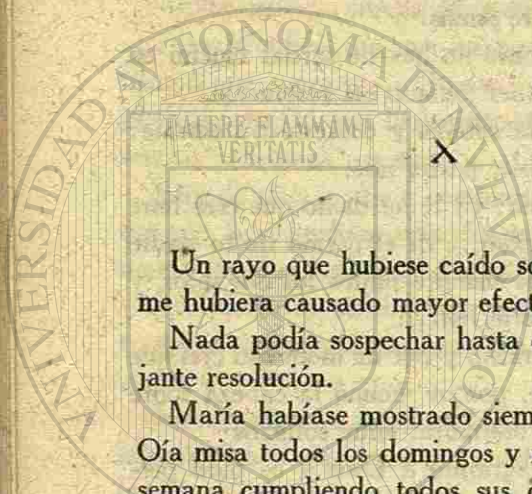
María movió la cabeza y contestó tristemente:

—Es irrevocable, padre mío.

—Bueno, bueno; ya te he dicho que eres libre de hacer tu voluntad... Si el cariño de tu padre te basta, viviremos siempre juntos los dos solos, y yo procuraré hacerte feliz...

Sus ojos se cerraron y por un momento creí que iba a desmayarse, porque inclinó la cabeza sobre mi pecho y la oí murmurar entre sollozos:

—Quiero consagrarme a Dios y os pido permiso para retirarme a un convento.



Un rayo que hubiese caído sobre mi cabeza no me hubiera causado mayor efecto.

Nada podía sospechar hasta entonces de semejante resolución.

María habíase mostrado siempre muy piadosa. Oía misa todos los domingos y muchos días entre semana cumpliendo todos sus deberes religiosos, confesándose a menudo y comulgando en todas las fiestas que celebra la iglesia.

Pero su religión no tenía nada de exagerada ni de mística.

Era, si así puede expresarse, una religión tranquila y sencilla que se manifestaba, sobre todo, en sus obras de caridad...

Y al mirar en derredor mío, horrorizado, deslumbrado por aquella repentina explosión, me era imposible descubrir al ser misterioso que habría podido inculcarle tales ideas.

Al llegar aquí—dijo el cura de Brault—el marqués se dirigió a mí.

—Vuestro antecesor—continuó—era un hombre rústico, cariñoso, sencillo y caritativo, por lo cual era muy querido de todos sus feligreses; pero no afectaba esos arrebatos místicos que inspiran a veces vocaciones religiosas y odio a las alegrías del mundo.

Aun parece que le veo llegar diariamente a la hora de comer, con su sotana levantada, su rostro colorado por el frío y su franca sonrisa en los labios.

Alegre compañero y hombre lleno de virtudes sólidas, capaz de sacrificarse por su prójimo, y en particular por los débiles y desgraciados, no era él, de seguro, quien había inspirado a mi hija el odio a la vida de familia y el alejamiento de un pueblo donde tanto bien podía hacer.

El obispo, que venía a Brault una vez cada año para imponer el sacramento de la Confirmación, era también un hombre sumamente delicado, que no hubiese dejado de advertirme la vocación de mi hija, si es que ésta se la hubiese participado o le hubiese consultado algo referente a ella.

No era de aquel lado de donde había venido el golpe que acababa de herirme, causándome el mayor asombro...

Y si he de decir la verdad tendré que confesar que a mi asombro se mezclaba también algo de rabia.

Cogí entre las mías las delicadas manos de mi hija, y echándome hacia atrás, clavé mis ojos en los suyos, queriendo penetrar hasta el fondo de su alma.

—¡Desgraciada!—le dije—, ¿has pensado lo que acabas de decirme?

—Sí, padre mío.

—¿Serás capaz de dejarme?

—Puesto que es preciso...

—¿Y por qué es preciso?

María bajó la cabeza y se puso más encarnada que la grana.

Toda su sangre debió acudir en aquel momento a su rostro.

Trató de hablar, pero ningún sonido salió de su garganta.

Su emoción me pareció tan extraordinaria, tan grande su turbación y su amargura, que arrastrándola hacia un banco, la hice sentar a mi lado y la dije:

—Escucha, María; hace ya algunos meses que noto que una desgracia misteriosa y terrible se cierne sobre esta casa... Mi tranquilidad se ha concluído y mi existencia, igual y dulce, se ha cambiado en una vida de continuos temores y cuidados... Presentía un desastre, y ese desastre se me viene encima. Lo que acabas de decirme es la des-

trucción de todas mis esperanzas, y nada, nada en el mundo podía serme tan cruel.

—¡Padre mío!...

—Reflexiona, María...

Yo adoraba a tu madre, y cuando la he perdido sentí desgarrarse mi corazón y creí que iba a volverme loco... Era joven, fogoso y había concentrado en ella todas mis afecciones, todos mis amores...; pero al volver mis ojos hacia la cuna en que tú dormías, cuando sólo tenías algunas horas, comprendí que me ligaba al mundo un deber y que me quedaba en él un consuelo... Tú estabas allí, inocente, débil y tierna como un pobre pajarillo en su nido: necesitabas mi protección... Desde entonces te consagré todo el amor que había tenido a tu madre, fuiste la alegría de mi vida, la reina de mi casa, la esperanza de mi porvenir. ¿Tienes alguna queja de mí? ¿No he procurado evitarte siempre toda clase de penas?... ¿He faltado a mis deberes de padre?... Yo creo que no.

María se puso de rodillas delante de mí, y me dijo oprimiendo mis manos:

—¡Oh, no, no, padre mío!

—Entonces, ¿por qué quieres dejarme? ¿De este modo me pagas el que te haya consagrado mi juventud, mirándote crecer, adorándote como a mi ídolo y allanando tu camino, sembrado por mí de flores, ocupado siempre en procurarte goces

y alegrías?... Y después de esto vas a condenarme a una vejez solitaria, a dejarme abandonado a mi desolación en esta antigua casa, que será testigo de mis amarguras y estará recordándome sin cesar los bienes que he perdido y las dichas que ya no he de tener... ¡Es posible que seas tú la que así me habla!... No; no te reconozco, ni puedo conciliar tu pasada conducta con tus actos presentes... ¿Eres tú, mi María; aquella María tan buena, tan adorable, de quien yo estaba orgulloso y cuyo sólo pensamiento llenaba mi corazón de infinita ternura?... No, no eres tú la que acabo de oír, no es mi María, no es mi hija... Vamos, no me tengas tanto tiempo en este tormento, dime que me he equivocado.

María seguía de rodillas delante de mí, y al oírme no hizo ningún movimiento.

La levanté, sentándola sobre mis rodillas como cuando era niña, y la dije: tú me ocultas alguna pena.

Ella bajó la cabeza y contestó con voz apenas inteligible:

—Es verdad.

—¿No tienes ya confianza en tu padre?

María se calló; pero sentí que temblaba su cuerpo entre mis brazos.

—Vamos, hija..., cualesquiera que sean tus pensamientos o tus deseos, confíamelos... Si ese

matrimonio te disgusta, no se hará, y viviremos los dos solos, como hemos vivido hasta aquí... Serás dueña de tus acciones y dispondrás a tu gusto de nuestra fortuna, como lo has hecho hasta aquí. Para hacer bien a tu alrededor y para consagrar-te a Dios, no es necesario que reniegues de tu familia, que huyas de tu padre y que te encierres en un claustro...

Así estuve hablando con ella largo rato, y con creciente calor le pinté las alegrías que podría encontrar casándose con Bernardo y educando a sus hijos, a esos seres a quienes tanto se ama, y a los cuales se ve con tan gran gusto crecer y formarse a nuestro lado. Le expuse la aridez de una existencia sin objeto, rodeada de extraños, y el horror de una vejez solitaria, en la que no se podía contar más que con los cuidados de gentes mercenarias, a quienes la esperanza de una miserable ganancia encadena sólo a nuestro lado... Le hablé de los deberes de los hijos para con sus padres; invoqué, en fin, todos los sentimientos y los recuerdos que pudiesen apartarla de una resolución cuyas consecuencias debían de ser tan fatales para ella como para mí.

La veía sufrir al escucharme, atormentada, indecisa y presa de la mayor angustia; pero ni mis súplicas, ni mis razones, ni todos mis argumentos lograron vencerla, y sólo pude obtener estas pa-

labras que balbuceó con voz entrecortada y de una manera confusa:

—Veremos... reflexionaré... ¡Os amo, padre, más de lo que pensáis, ¡con toda mi alma!

Desde aquel día aumentó su tristeza y se puso más taciturna y silenciosa.

Huía de las miradas de todos y estaba casi siempre encerrada en su cuarto, reuniéndose sólo conmigo a las horas de comer.

En vano el doctor Burel, que venía a verla a menudo, nuestros amigos los de Montjeu y el señor cura de Brault, trataron de animarla y procuraron indagar las causas de su melancolía.

Nada pudieron conseguir más que aumentar su tristeza.

Yo estaba desesperado, y atormentaba mi imaginación de mil modos, sin poder comprender ni penetrar el misterio que rodeaba a mi hija.

Las dudas que había tenido respecto a los carboneros y a los rencores de éstos se habían disipado por completo.

La mujer de nuestro colono de Fontaines estaba ya curada desde hacía tiempo, y en nuestros dominios todo marchaba bien.

Aquel año, que era el de 1827, fué muy abundante y bueno para el labrador.

La cosecha prometía ya por entonces lo grande que iba a ser, y el tiempo magnífico la favorecía.

La explotación de los bosques se operaba en las mejores condiciones; y aunque las ideas políticas de mis compradores me disgustaban mucho, no podía menos de reconocer su actividad y competencia en los trabajos, que avanzaban perfectamente dirigidos.

Además eran muy ricos y, por consiguiente, tenían con qué responder, lo cual es ventajosísimo en esta clase de contratas.

Yo estaba, pues, en las mejores relaciones con ellos. Poco a poco los obreros que habían llevado a trabajar a Brault iban abandonando nuestros bosques, dejando sus tareas terminadas. Así es que aquel numeroso personal disminuía sensiblemente.

En los primeros días de agosto sólo quedarían en Brault unos sesenta hombres de los trescientos que habían estado ocupados allí todo el invierno: la mayor parte de ellos eran carboneros y carreteros.

Habían comenzado a reparar los caminos, y algunos sitios estaban ya completamente limpios. Los Congnat y Martín Rabaud seguían en su puesto; pero desde la condena sufrida en Chateau-Chinon no habían vuelto a darnos el más pequeño ruido.

Les olvidé, pues, por completo viendo que con

su buena conducta trataban ellos mismos de hacerse olvidar.

En cuanto veían a lo lejos mi caballo, cuando por casualidad me internaba pensativo en la parte del bosque que ocupaban ellos, desaparecían, ocultándose detrás de los montones de leña, o se encerraban presurosos en su choza; pero si por casualidad no me veían y yo les sorprendía en su trabajo, me saludaban cortésmente, y el mismo Martín Rabaud no tenía ya para mí aquella insolente ironía que tantas veces me había exasperado, sino que más bien parecía humilde.

Por lo demás, yo les concedía muy poca atención, pues estaba más que nunca absorto en mi idea fija: la tristeza de María.

¿Qué causas habían podido determinar aquel cambio tan completo y tan imprevisto en su conducta?

¿Cómo ella, tan sonriente, tan dulce y tan cariñosa, se había vuelto huraña, feroz, casi salvaje?

Este problema, cuya clave no podía encontrar, me exasperaba.

Otros detalles me chocaban también y me sumían en un mar de reflexiones.

Veía claro que la salud de mi hija se alteraba de día en día y que la vida parecía irse apagando en ella poco a poco.

Sus facciones, enflaquecidas, estaban llenas de surcos, y su frente, antes tan blanca y pura, iba tomando un tinte lívido. La frescura de sus diez y ocho años había desaparecido casi por completo y su transformación la convertía en otra.

En diferentes ocasiones le hice mil preguntas relativas a su estado, a mi amigo Burel.

Y todas las veces que le pregunté me quedé asombrado y receloso al oír sus respuestas evasivas y ambiguas.

El, cuyo entendimiento era tan claro y cuyas decisiones tan prontas, se cruzaba de brazos y levantaba los ojos al cielo, dándome a entender con reticencias inquietantes que no comprendía el extraño mal que la minaba.

Traté de sondearle por todos los medios, porque creía adivinar que algo me ocultaba; pero no pude obtener nada de él, más que algunas palabras consoladoras para el porvenir.

Cierto día le hablé con más insistencia, preguntándole si mi hija habría podido sentir alguna pasión no correspondida, y sería esa la causa de su desesperación.

Se me quedó mirando como si hubiese contemplado a un bicho raro, y me contestó después bruscamente

—¿Y quién diablos queréis que haya podido inspirarla esa pasión?... ¿El cura, vos o yo?

Me mordí los labios y retorcí nerviosamente mi bigote, muy largo entonces y muy poblado, pues no debéis olvidar que tenía en aquella época poco más de cuarenta años.

El doctor tenía razón.

En Brault no veíamos nunca a nadie, y esta suposición no era, por consiguiente, admisible.

Y, sin embargo, yo necesitaba una causa, una solución, un pretexto, por absurdo que fuese, para explicar aquella extraña metamorfosis que amargaba todos los instantes de mi vida.

De pronto me di un golpe en la frente y creí haber encontrado la solución de tan penoso problema.

He aquí por qué.

XI

Nuestras cacerías de Brault eran siempre acompañadas, sobre todo en los últimos meses del año, por cierto número de nuestros vecinos del campo.

Asistían a ellas desde cinco y seis leguas a la redonda.

Ya he dicho que mi trailla gozaba de una reputación merecida, y repito que nunca había visto otra mejor.

Era un verdadero placer el oír en nuestros cantones, tan accidentados y cortados por todas partes, con praderas y estanques, la música de mis sesenta perros, de una raza admirable, menos ligeros que los ingleses, pero de mejor garganta, más seguros, tenaces y mordedores, y de inmejorable alcance y olfato para no perder nunca su presa.

Lo mismo cazaban el ciervo, la zorra y el gamo, que el lobo y el jabalí.

Todo era bueno para ellos.

Sin duda en nuestras cacerías habíamos tenido

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
Apdo. 1625 MONTERREY, MEXICO

Me mordí los labios y retorcí nerviosamente mi bigote, muy largo entonces y muy poblado, pues no debéis olvidar que tenía en aquella época poco más de cuarenta años.

El doctor tenía razón.

En Brault no veíamos nunca a nadie, y esta suposición no era, por consiguiente, admisible.

Y, sin embargo, yo necesitaba una causa, una solución, un pretexto, por absurdo que fuese, para explicar aquella extraña metamorfosis que amargaba todos los instantes de mi vida.

De pronto me di un golpe en la frente y creí haber encontrado la solución de tan penoso problema.

He aquí por qué.

XI

Nuestras cacerías de Brault eran siempre acompañadas, sobre todo en los últimos meses del año, por cierto número de nuestros vecinos del campo.

Asistían a ellas desde cinco y seis leguas a la redonda.

Ya he dicho que mi trailla gozaba de una reputación merecida, y repito que nunca había visto otra mejor.

Era un verdadero placer el oír en nuestros cantones, tan accidentados y cortados por todas partes, con praderas y estanques, la música de mis sesenta perros, de una raza admirable, menos ligeros que los ingleses, pero de mejor garganta, más seguros, tenaces y mordedores, y de inmejorable alcance y olfato para no perder nunca su presa.

Lo mismo cazaban el ciervo, la zorra y el gamo, que el lobo y el jabalí.

Todo era bueno para ellos.

Sin duda en nuestras cacerías habíamos tenido

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
Apdo. 1625 MONTERREY, MEXICO

algún mal éxito, pero muchos triunfos le compensaban con gran ventaja.

Es muy cierto, señor cura, y vos lo habréis oído decir más de una vez, que teníamos fama entre los cazadores del Morvan y que hablaban de nosotros con entusiasmo.

No puedo ocultaros que en más de una ocasión he experimentado un sentimiento de orgullo al oír decir, refiriéndose a alguna buena trailla de estos tiempos:

—¡No vale toda entera lo que uno de los perros del marqués de Brault!

El año que precedió a la época a que me refiero, habían vendido en las cercanías de Corbigny un magnífico dominio, cuyo dueño se había arruinado neciamente en París, tirando el dinero por la ventana con el deseo de figurar.

Este dominio fué comprado por el hijo de un banquero muy conocido e inmensamente rico, el cual se llamaba Durand a secas.

Pero para ilustrar este apellido había tomado el nombre de una de las tierras que poseía en Seine-et-Oise, que se llamaba Milly, y todos sus vecinos decían hablando de él, el señor de Milly, lo cual le daba cierto aire de nobleza antigua que a él, por lo visto, le entusiasmaba.

Tenía aquel joven treinta años y estaba en posesión de una fortuna inmensa, siendo además lo

que se llama un buen mozo, o por lo menos un joven elegante.

Tal vez, mirándole despacio, contribuía mucho su sastrero a hermosear su buena figura y su presencia de conquistador de corazones; pero lo cierto es, que su llegada al país había causado sensación.

Haría dos meses, poco más o menos, que habitaba en Aulnay (así se llamaba una de sus tierras) cuando un día vino a visitarnos de toda gala.

Confieso que hubiera preferido no recibirle.

Su fama de vividor, su reputación ligera y su libertad de palabra, me le hacían poco simpático; pero venía acompañado de algunos amigos nuestros, y si he de decir verdad, no me disgustaba del todo poder probar a aquel fatuo que nuestras jacas del país, de las cuales parecía hacer desprecio, valían tanto como sus *pur-sang* que tanto ponderaba.

Me mostré, pues, muy agradecido a su visita, y la recibí con la mayor amabilidad.

Sin duda debió encontrar mi trato muy a su gusto, porque desde entonces fué asiduo visitante de Brault.

Durante todo aquel tiempo no faltó a ninguna de nuestras cacerías, y debo reconocer que se condujo en ellas dignamente, que sus caballos dejaron el pabellón bien puesto, y que, como los míos hi-

cieron prodigios, quedó por una y otra parte el honor satisfecho.

Pues bien, reuniendo mis recuerdos, me dije que aquel Durand Milly había estado siempre muy solícito con mi hija, buscando su compañía, y prolongando cuanto podía sus conversaciones con ella, lo cual ponía a veces de mal humor a Bernardo de Montjeu.

Colocado ya sobre esta pendiente de ideas, y dando rienda suelta a la imaginación, llegué a persuadirme de que el mal venía efectivamente de allí.

Recordé entonces que aquel joven, después de haber demostrado un verdadero entusiasmo por la caza y de habernos participado que pasaría aquel invierno entero en Morvan, había partido un día bruscamente sin despedirse siquiera de nosotros, después de lo cual no habíamos vuelto a verle, ni oído hablar de él.

Nunca la idea de una falta hubiera podido pasar por mi imaginación. Tenía seguridad absoluta en la pureza de sentimientos de María, en su dignidad y en su virtud, a toda prueba.

Y, sin embargo, no podía apartar el recuerdo de aquel hombre de mi imaginación.

Pensé que aquella brusca partida coincidía con el primer ataque de mal de mi hija, y me expliqué su creciente melancolía, o más bien la desespera-

ción de que estaba poseída, a causa de una pasión desgraciada, que no había sido correspondida o que lo había sido durante poco tiempo por aquel hombre, faltando luego a todos sus juramentos y promesas.

Una vez extraviado así, no reflexioné más y me obstiné en dar crédito a esta invención mía, que creí un efecto de mi sagacidad y penetración.

En diversas ocasiones traté de inclinar a María a una confesión, que a mi modo de ver la hubiese servido de gran consuelo, y poco a poco me fui irritando al ver que mi hija parecía no comprenderme, lo cual me hizo mucho daño.

Supuse que aquel disimulo era para evitar el tener que responder a mis preguntas, y empecé a mirar con dureza a aquel ser desgraciado. Estaba completamente engañado, pero cada vez me aferraba más en mi idea.

Entre tanto los días pasaban.

Había llegado el mes de agosto.

En este mes espiraba el plazo que Bernardo había concedido a mi hija para darle una respuesta definitiva.

Creo que yo esperaba esta respuesta con más impaciencia que él.

A medida que la fecha se aproximaba, se mostraba María más triste y abatida, y yo más excitado y nervioso. Recuerdo que un día en que

pregunté a mi hija si renunciaba o no a sus intenciones de entrar en un convento, y ella, en lugar de responderme, bajó la cabeza prorrumpiendo en amargo llanto, me encolericé de tal modo que la declaré, con extraordinaria violencia, que jamás obtendría mi consentimiento para tal locura, y que tendría que desobedecerme si quería pronunciar sus votos y retirarse del mundo.

María me escuchó sin hacer el más leve movimiento.

Parecía haberse cambiado de pronto en la estatua del dolor; tanto más cuanto que su rostro había tomado la palidez del mármol, y me pareció verla muerta.

Abreviaré el relato de las dolorosas luchas que aquella desgraciada niña tuvo que sostener conmigo, y en las cuales no opuso a mi injusta cólera más que su inalterable paciencia y una angélica resignación, capaz de enternecer a una fiera.

Cuando hoy pienso en la dureza de mis reprobaciones, me digo que todos los sufrimientos de mi vejez, y los pesares que me devoran, no son más que el castigo justo de aquellas violencias que nunca llegaré a expiar con bastante castigo.

Jamás, jamás debí dudar, cualquiera que fueran las apariencias, de aquel ángel de candor, de aquella adorable mártir, que fué mi hija y una

de las criaturas más perfectas y más santas que ha creado el Señor.

El 15 de agosto se aproximaba.

—Estábamos a 13.

Hacía tres días que María no había salido de su cuarto.

Se levantaba, pero sólo para sentarse junto a una de las ventanas de su alcoba, envuelta en un ancho peinador, y allí permanecía horas enteras con los ojos fijos en el vacío.

Aquel día acababa yo de almorzar en compañía del doctor Burel, cuya paciencia había estado agotando con mis preguntas, y cuyo embarazo y confusión visibles redoblaban mis ansiedades, cuando el caballo de Bernardo de Montjeu se detuvo ante la puerta del castillo.

Yo estaba afectado hasta el delirio, enfermo moralmente; de tal modo me alteraba el estado de mi hija.

El doctor Burel había colmado mi irritación, sosteniendo que María era libre de disponer de sí misma, y que yo no tenía el derecho de oponerme a lo que él llamaba una vocación, permitiéndola que pasase por lo menos el año de noviciado, después del cual, quizás reflexionase y volviese al lado de su padre, pesarosa de haberle abandonado.

Para convencerme, decía que él se encargaba

de traer al redil la oveja descarriada, curada para siempre de sus veleidades de retraimiento algunos meses después de su partida; pero que por el momento no era bueno contrariarla, y hasta era peligroso e inhumano estorbar sus miras y retenerla a la fuerza.

El doctor añadió para terminar:

—Creedme y dejad esa oposición, porque si proseguís de ese modo la conduciréis quizás por el camino directo de la locura.

Este lenguaje me exasperaba entonces...

Más tarde he comprendido cuán justo y razonado era.

El pobre hombre debía haber penetrado desde hacía algún tiempo parte del misterio que tanto nos preocupaba, aun cuando María no le hubiese revelado nada, y sin duda pensaba aquel día la ejecución de un plan con el cual esperaba salvarla.

Pero por desgracia no hubo lugar a ello.

La fatalidad pesaba sobre nosotros.

Ya he dicho que Bernardo había llegado cuando el doctor y yo acabábamos de tener esta conversación.

Arrojó el joven la brida de su caballo a un criado, con una brusquedad impropia de su carácter bondadoso, y después entró con precipitación.

Al cabo de algunos segundos abrió la puerta del salón donde estábamos y penetró en él.

Nada más extraño y descompuesto que la expresión de su rostro.

Generalmente Bernardo era expansivo y sonriente; pero aquel día sus ojos estaban inyectados en sangre, y sus labios contraídos tenían una expresión amenazadora.

Nos saludó con una especie de ironía incomprensible, y nos preguntó enseguida:

—¿Está ahí María?

El doctor fué quien respondió:

—Hoy está peor, y no ha salido de su cuarto.

El joven manifestó su contrariedad lanzando un verdadero rugido de león herido.

—Es que... hubiera querido hablarla—dijo secamente—, y he hecho este viaje en balde si no lo consigo.

Después dió media vuelta, y añadió:

—Adiós... Mañana volveré.

Pero cuando ya iba a salir, se detuvo en el dintel de la puerta, y dijo:

—Bien podía bajar un instante... Su enfermedad no debe ser cosa grave, y no creo que eso la perjudicase.

Ví que el doctor Burel se ponía pálido como un muerto.

El tono de Bernardo era sardónico y agresivo.

Parecía como que dudaba de la enfermedad de mi hija, y consideraba el que permaneciese en su cuarto como un simple capricho o como una disculpa.

Precisamente la nodriza de María acababa en aquel momento de entrar en el salón.

En cuanto la vió Bernardo se dirigió a ella.

—Marcela—dijo—, ¿está en cama la señorita?

—No, señor.

—Pues desearía hablar con ella un minuto... Os agradecería que se lo dijeseis así de mi parte... ¿Queréis hacerme ese favor?

—Si lo deseáis...

Marcela salió del salón.

—¿Por qué no os sentáis, señor de Montjeu?

—dijo el doctor Burel al ver que yo no abría la boca.

—Gracias; tengo prisa.

—¿Vos?

—Sí... ¿Qué hay en ello de extraño?

—Nada, nada...

—En cuanto haya visto a María me iré en seguida.

—¿Para volver a Montjeu?

—Sí, a Montjeu, donde me esperan.

—¿Y quién os espera con tanta impaciencia, amigo mío?

—Mi padre, que está ansioso de tener noticias...

—¿De la señorita de Brault?

—Justamente: de su salud y de sus intenciones.

Bernardo hablaba de un modo cortado y agresivo, como hombre a quien la cólera sofoca.

Debo confesar nuestros defectos.

Ni los unos ni los otros teníamos la virtud de la paciencia.

Por grande que fuera mi amistad y mi cariño hacia aquel muchacho, no podía menos de sentirme herido por su tono y sus maneras, cuando Marcela apareció en el dintel de la puerta.

—La señorita va a bajar al salón... Está muy enferma y muy débil; pero no ha querido negarse a vuestra petición, y quiere veros.

—Gracias.

—La señorita debe estaros ya esperando.

—Voy al momento.

El salón estaba separado del comedor en que nos encontrábamos el doctor y yo, por un ancho corredor.

Salió Bernardo.

Oímos el ruido de puertas que se abrían y cerraban.

Después hubo entre nosotros un instante de silencio.

El doctor lo rompió al fin, diciendo:

—Habéis hecho mal en permitir esta entrevista.

—¿Por qué?

—Bernardo parece muy encolerizado, y era necesario que se hubiese calmado antes de verla... la menor emoción puede ser funesta a vuestra hija, en el estado en que se encuentra.

—¿Qué estado?—dije vivamente.

Burel se mordió los labios.

El silencio se estableció de nuevo entre nosotros y duró algunos minutos.

Pero de repente, el doctor y yo nos pusimos a un mismo tiempo de pie.

Un grito desgarrador resonó en todos los ámbitos del castillo, y penetró como un puñal en mi corazón.

XII

Atravesé el corredor y corrí al salón.

El espectáculo que se presentó ante mis ojos me indignó. Bernardo tenía cogidas con una de sus manos las muñecas de mi hija, que estaba de rodillas a sus pies como implorando perdón.

Me precipité entre ellos, y arrancando a María de las manos de aquel hombre, le grité:

—¡Desgraciado!... ¡Habéis venido aquí para torturarla!

El se cruzó de brazos, y mirándome con ojos en que brillaba el odio, replicó:

—Hay casos en los cuales está permitida la cólera.

—¡Miserable!

—No es en mi familia en la que hay miserables, sino en la vuestra—contestó señalando a María.

Mi hija extendió hacia él sus manos suplicantes.

Bernardo respondió a aquel movimiento con un ademán amenazador.

El doctor lo rompió al fin, diciendo:

—Habéis hecho mal en permitir esta entrevista.

—¿Por qué?

—Bernardo parece muy encolerizado, y era necesario que se hubiese calmado antes de verla... la menor emoción puede ser funesta a vuestra hija, en el estado en que se encuentra.

—¿Qué estado?—dije vivamente.

Burel se mordió los labios.

El silencio se estableció de nuevo entre nosotros y duró algunos minutos.

Pero de repente, el doctor y yo nos pusimos a un mismo tiempo de pie.

Un grito desgarrador resonó en todos los ámbitos del castillo, y penetró como un puñal en mi corazón.

XII

Atravesé el corredor y corrí al salón.

El espectáculo que se presentó ante mis ojos me indignó. Bernardo tenía cogidas con una de sus manos las muñecas de mi hija, que estaba de rodillas a sus pies como implorando perdón.

Me precipité entre ellos, y arrancando a María de las manos de aquel hombre, le grité:

—¡Desgraciado!... ¡Habéis venido aquí para torturarla!

El se cruzó de brazos, y mirándome con ojos en que brillaba el odio, replicó:

—Hay casos en los cuales está permitida la cólera.

—¡Miserable!

—No es en mi familia en la que hay miserables, sino en la vuestra—contestó señalando a María.

Mi hija extendió hacia él sus manos suplicantes.

Bernardo respondió a aquel movimiento con un ademán amenazador.

La pobre niña se desplomó entonces como masa inerte, abatida por tantas emociones; y al caer, su cabeza fué a dar en el ángulo cortante de la chimenea.

Una línea sangrienta cruzó su frente, quedando allí tendida con los brazos puestos en cruz.

Estaba desmayada.

El doctor Burel se arrodilló a su lado.

En cuanto a mí, arrebatado por la cólera, había cogido de un brazo a Bernardo, y le dije, sacudiéndole con violencia:

—Ahora mismo vais a darme cuenta de la injuria que nos acabáis de hacer.

—¿Qué queréis de mí?—contestó con extravío.

—Quiero mataros, y aún me queda calma para esperar que sea en desafío.

—¡Batirme con vos!... ¡con vos!... Imposible.

Su furor le había abandonado de repente. Dió un paso hacia María, a quien el doctor trataba de volver a la vida, y las lágrimas inundaron sus ojos.

Se llevó las dos manos a la cabeza en un movimiento de desesperación, y exclamó:

—¡Dios mío, Dios mío!, ¿qué es lo que acabo de hacer?... ¡Estoy loco!... Pero vos no veis nada, ¿no comprendéis que nuestra dicha está perdida, nuestro porvenir destruído y todas las soñadas alegrías desvanecidas para siempre?... ¿No

adivináis que sólo la desesperación ha podido impulsarme a cometer la villanía de insultar a todo lo que adoro al ver que lo he perdido?... Para que yo maltrate a María es necesario que haya perdido la razón en un segundo; preciso es que haya visto al mundo entero derrumbarse sobre...

—¡Expílicate claro!—le dije brutalmente.

Bernardo fijó en mí sus asombrados ojos, y al comprender que yo ignoraba todo lo que él sabía, se pintó en su rostro una profunda compasión y me respondió con dulzura:

—¡No tengo valor!... Os quiero demasiado para causaros tan inmenso pesar... Sabed únicamente que nuestros proyectos no pueden realizarse... Mi mayor orgullo hubiera sido llegar a ser vuestro hijo... Pero es imposible. Venía a deciroslo de parte de mi padre, y no he podido resistir al deseo de ver por última vez a María... Os juro, por mi honor, que quería permanecer tranquilo y hablarla con dulzura, para decirla únicamente cuanto sufro... Después me he dejado arrebatar por la cólera... ¡Será un dolor más para mí!... ¡Adiós!

Un sollozo le cortó la palabra.

Las lágrimas inundaron de nuevo su rostro...

No tuve valor para responderle ni fuerza para retenerle a mi lado.

Le ví salir precipitadamente, y oí a poco el ruido de un galope furioso.

Estaba aterrado.

Bernardo era casi mi hijo, y yo le había amado siempre como a tal.

Su principal defecto era la intemperancia de la juventud y de su sangre ardiente, lo cual, si bien se mira, no es más que una exageración natural en ciertas edades. Fuera de esto, poseía todas las virtudes de un caballero.

El ver que la cólera, la violencia y el pesar eran tan poderosos para arrancar lágrimas a un hombre como él, en toda la fuerza de la edad, me turbaba hasta el fondo del alma.

Me volví hacia mi hija.

El doctor Burel la había levantado, colocándola en un canapé.

Su rubia cabeza descansaba en uno de los almohadones, y tenía la lividez de la muerte.

Tendida en aquella posición, el peinador se ajustaba a sus caderas y a su talle, sin disimular en nada las formas.

Al verla, la claridad de un relámpago hirió mi cerebro.

Y, sin embargo, no podía creer lo que estaban viendo mis ojos.

Me aproximé a mi amigo Burel, y murmuré a su oído una pregunta apenas inteligible.

El la comprendió con la mayor claridad.

Levantó los ojos al cielo, haciendo un gesto de incertidumbre, y no me respondió.

Después me dijo vivamente:

—Silencio, que vuelve en sí. Ni una palabra más, si no queréis matarla.

¡Matarla!

¡No, yo no quería! Y eso que por primera vez una violenta inquietud se mezclaba en mi espíritu a la inmensa compasión que me inspiraba María.

Yo estaba aniquilado e incapaz de reflexionar ni de tomar una determinación.

Parecía el capitán de un buque que está viendo sumergirse su barco en medio del mar y no puede hacer nada para evitarlo.

—Es necesario llevarla a su alcoba—ordenó el doctor

Algunos instantes antes la hubiera yo tomado en mis brazos como a un niño para trasportarla a su lecho.

Pero entonces respondí:

—Me voy, y ya os enviaré gente para que os ayude... Disponedlo vós todo como mejor os plazca.

Y salí precipitadamente del salón.

Lo confieso con vergüenza: en el exceso de mi

dolor llegué a dudar de mi hija, de la virtud misma, de la más inocente de las criaturas.

Este será mi eterno remordimiento.

Durante tres días estuve vagando como un loco por los bosques, sin decidirme a subir a verla.

Si Bernardo de Montjeu había perdido la cabeza, yo sentía que la mía iba a estallar.

No podía ver ni hablar a nadie, no comía, y sólo bebía en los arroyos.

Por las noches subía a mi cuarto con paso cauteloso, como un malhechor, y me echaba en mi lecho sin desnudarme y sin informarme siquiera del estado de María.

En cuanto despuntaba el alba salía de casa, y para aparentar tranquilidad visitaba mis cuadras y establos, y en seguida emprendía mi carrera a caballo hacia los sitios más solitarios del bosque, creyendo así huír de las miradas de los hombres y evitar las preguntas que hubieran podido dirigirme.

Allí he pasado las horas más dolorosas de mi vida.

En la noche del tercer día, y en el momento en que yo entraba furtivamente en mi habitación, me encontré al doctor Burel, que se había instalado en ella antes de llegar yo.

—Os estoy esperando—me dijo—para deciros que lo que hacéis es indigno de vos... Es in-

dudable que os ha ocurrido una gran desgracia, pero el deber de todo un hombre es mirar su situación frente a frente, cualquiera que ésta sea, y procurar remediarla del mejor modo posible.

Yo le escuchaba silencioso y huraño.

Entonces él me contó la escena que había pasado entre Bernardo y mi hija.

Bernardo se presentó a ella con el pretexto de que no podía esperar más tiempo así, y que reclamaba de María la respuesta prometida.

La pobre niña le respondió que estaba resuelta a dejar el mundo y a retirarse a un convento; pues aun cuando esta determinación la era muy dolorosa, nada en la tierra podía revocarla.

Al oírla el joven perdió la calma, y exclamó fuera de sí.

—¡Mientes, infame!... Lo sé todo.

La víspera había oído Bernardo la conversación de dos criados suyos, a quienes estuvo escuchando en las caballerizas de Montjeu.

Unos leñadores que volvían a sus casas después de haber acabado sus trabajos en los bosques de Brault, se habían encontrado con dichos criados en una taberna.

El castillo de Montjeu está situado junto a la iglesia, y su verja da a la única plaza de la aldea.

Los leñadores decían, con una insolencia y ma-

licia ostensibles, que no tardarían en verse cosas graciosas en el castillo del marqués de Brault.

Y añadían, mirando despreciativamente a los criados de Montjeu, inmundos dicharachos que ellos no se atrevían a repetir más que en voz baja y hablando al oído.

Bernardo salió de allí horrorizado.

Sorprendido como estaba del cambio de María, y después de haber oído aquella conversación, la duda no pudo menos de hacerse lugar en su espíritu.

Toda aquella noche la pasó forjándose quimeras, en medio de las cuales el nombre de Durand de Milly acudía sin cesar a sus labios; y cuando llegó a Brault, toda la decepción y la rabia acumuladas en veinticuatro horas de espera, desde aquel fatal descubrimiento, se desbordó en un torrente de injurias, bajo el cual María había bajado la cabeza, sin responder ni una sola palabra.

Por fin, loco de furor, y embriagado con sus propias palabras, Bernardo cogió a la pobre niña y la hizo hincarse de rodillas a sus pies.

Entonces fué cuando la infeliz había lanzado el grito que nos hizo acudir a su lado.

María quiere veros—concluyó el doctor—, y he venido a buscaros para llevaros junto a ella.

Le miré fijamente, y le pregunté a mi vez.

—¿Sois mi amigo, Burel?

—Siempre...

—Gracias...

Y añadí con voz temblorosa:

—María ha debido haceros alguna confidencia.

—No.

—¿Os negáis a responderme?...

—Os juro...

—Sí, lo que me parece imposible, a pesar de todo, mi hija hubiera cometido una falta, temeríais, sin duda, que provocase al autor de tantas vergüenzas y miserias, y, sin duda, por eso no queréis decir nada.

Burel me cogió una mano y la estrechó entre las suyas.

—Os estimo tanto, que no tendría inconveniente en confiároslo todo; pero os doy mi palabra de que nada sé... De lo contrario, no os lo ocultaría, exigiendo de vos únicamente la promesa de ser indulgente y perdonar... pero, os lo repito, no sé nada.

—¿Es posible?

—Es la pura verdad.

—¿Pero la habéis interrogado?

—Sí.

—Y a vos, a quien tanto ama, y cuyo exagera-

do cariño por ella le es tan conocido, ¿no os ha dicho nada?

—Nada... Hay en todo un misterio que me confunde. Siempre que he tratado de abordar este asunto, con todas las precauciones que me sugería mi amistad hacia vos y mi ternura y compasión hacia ella, he tenido que detenerme para evitar los horribles ataques nerviosos que venía padeciendo estos últimos meses. Al oírme, sus facciones expresaban un verdadero espanto; un horror cuya causa no puedo adivinar... Muchas veces ha caído a mis pies, exclamando: "Os lo suplico, no me preguntéis eso, por piedad." Su acento era desgarrador, y no podéis figuraros el trabajo que me costaba calmarla... No sé qué dolorosos recuerdos hieren su imaginación, porque todas las noches se despierta en medio de horribles pesadillas, y si como yo hubieseis estado a su lado, hubierais presenciado escenas tristísimas...

—¿Cómo está hoy?—pregunté.

El doctor movió la cabeza.

—Mal—dijo—siento decíroslo.

—¿Os inquieta su estado?

—Confieso que sí... Está atacada de un mal desconocido... de una fiebre que no se parece a las demás... Si dentro de unos días no consigo obtener una sensible mejoría, creo que será neces-

rio recurrir a otro médico... ¡Quizá sea más afortunado que yo!

Fijé en Burel mis ojos, secos, que debían tener una expresión de inflexible dureza, y no respondí.

—¡Desgraciado!—me dijo entonces el doctor. ¿Seríais capaz de no amar ya a ese ángel que se llama María, por una falta que en ella es increíble, y osarías cerrarle para siempre ese corazón que antes era todo suyo?

El doctor había puesto el dedo en la llaga.

Sí, lo confieso, en aquel momento tenía la idea feroz, impía, de que una vez deshonrada mi hija debía morir, pues ésta era la única solución que podía salvar lo que nos quedaba de honra.

El doctor me había comprendido.

Me miró severamente, y me dijo:

—Quizás no esté muy lejano el día en que haréis de expiar severamente ese movimiento de orgullo, que habéis de llorar con lágrimas de sangre. Sois padre, y el mundo entero debe desaparecer ante vuestro amor por una hija, que, aun suponiendo que hubiese tenido un momento de debilidad, no por eso merece menos ser adorada... No es a ella a quien debéis odiar, sino al miserable que la ha perdido... Si pensáis de otro modo, dejaré de ser vuestro amigo, y no volveré a veros en la vida.

Me levanté vivamente, y le dije con impetuosidad:

—Tenéis razón; pero para odiarle es preciso conocerle, y eso es lo que yo quiero... Venid...

Y me lancé por las escaleras, para subir a las habitaciones de mi hija.

El fondo de odio que se había acumulado en mi corazón pareció tener un objetivo desde entonces. Si en aquel momento me hubieran señalado un culpable, creo que habría tenido un consuelo.

XIII

En el instante en que ponía la mano en el picaporte para abrir la puerta, se me reunió el doctor, y me dijo:

—Estáis muy alterado, y no me parece que en esta ocasión debíais ver a María... Os dejo; pero pensad que una palabra vuestra puede hacer que su mal no tenga remedio... Hubiera deseado ocultároslo... Tengo miedo... Volvió a bajar por donde había venido, y yo entré solo.

Era ya muy tarde.

En el reloj que había sobre la chimenea daban las doce.

Yo había estado toda la noche errando por el bosque.

Marcela era la única que velaba al lado de mi hija, que parecía aletargada.

Una sola bujía iluminaba aquella vasta habitación con su luz amarillenta, formando triste contraste con los blancos rayos de la luna, que pene-

Me levanté vivamente, y le dije con impetuosidad:

—Tenéis razón; pero para odiarle es preciso conocerle, y eso es lo que yo quiero... Venid...

Y me lancé por las escaleras, para subir a las habitaciones de mi hija.

El fondo de odio que se había acumulado en mi corazón pareció tener un objetivo desde entonces. Si en aquel momento me hubieran señalado un culpable, creo que habría tenido un consuelo.

XIII

En el instante en que ponía la mano en el picaporte para abrir la puerta, se me reunió el doctor, y me dijo:

—Estáis muy alterado, y no me parece que en esta ocasión debíais ver a María... Os dejo; pero pensad que una palabra vuestra puede hacer que su mal no tenga remedio... Hubiera deseado ocultároslo... Tengo miedo... Volvió a bajar por donde había venido, y yo entré solo.

Era ya muy tarde.

En el reloj que había sobre la chimenea daban las doce.

Yo había estado toda la noche errando por el bosque.

Marcela era la única que velaba al lado de mi hija, que parecía aletargada.

Una sola bujía iluminaba aquella vasta habitación con su luz amarillenta, formando triste contraste con los blancos rayos de la luna, que pene-

traban a través de los estrechos vidrios de la ventana.

En el gabinete contiguo a la alcoba de María habían puesto una cama, y allí envié a Marcela para que se fuese a acostar.

—Id a dormir—la dije—yo velaré esta noche a mi hija.

Marcela me obedeció a duras penas.

Después me ha confesado que mi mirada extrañada y mi aspecto feroz la habían asustado.

Había llegado a causar espanto hasta a las personas que más me querían.

Mi descuidado traje contrastaba con mi acostumbrada limpieza, y mi barba y cabellos crecidos y desordenados, me desfiguraban por completo.

Quedé solo en presencia de aquella desgraciada niña a quien no había vuelto a ver después de la violenta escena que turbó mi razón. Una idea fija me dominaba.

Quería saber, por fin, lo que tenía que temer o que esperar; conocer la verdad entera, por horrible que fuese, y obtener una confesión completa. Era mi único pensamiento.

Sin duda en aquel momento sólo deseaba arrancársela por la dulzura y el cariño, creyendo que no podría resistirse a mis ruegos y que la afección que nos ligaba sería bastante poderosa para provocar esta confesión.

Me instalé en un sillón a su cabecera, y esperé. María dormía, pero con un sueño agitado y febril.

Sus rubios cabellos, desatados y extendidos por sus nerviosas manos, inundaban su almohada; sus ojos, cerrados, estaban rodeados de un círculo tan oscuro que parecía negro; sus labios se entreabrían para pronunciar confusas palabras.

—Bernardo... padre mío.

Marcela dejó caer al suelo un objeto en el gabinete contiguo.

Al oír aquel ruido, María despertó bruscamente y abrió los ojos.

Cuando me reconoció en la oscuridad, su fisonomía, triste y pálida, se reanimó, y una triste sonrisa se dibujó en sus labios.

La sonrisa del niño que encuentra un amigo que creía perdido.

—¡Vos!—murmuró.

—Sí, yo.

—¿Cómo no me habéis visto en estos tres días? No quise mentir.

—He estado vagando por los bosques—le dije—, buscando el aislamiento y reflexionando sobre nuestra terrible situación.

Su frente se oscureció de nuevo.

Guardó silencio; pero su mirada tímida y asustada me interrogó.

—Escucha, hija mía—continué, inclinándome hacia ella—, nada podría sofocar la afección que tengo por ti. Eres mi hija, todo lo que yo amaba, todo lo que constituía mi orgullo, todo lo que hacía vibrar las fibras de mi corazón desencantado... Nada, pues, tienes que temer de mí... Es verdad que sufro horriblemente desde la espantosa escena que tuviste con Bernardo... La obstinación con que hace meses enteros te condenas a reclusión, sin acordarte de que tu padre está aquí, dispuesto a consolarte y a sostenerte; tu pertinacia y tu disimulo me exaltan y me hieren. Piensa que yo era muy joven cuando te quedaste sin madre, y que hubiera podido buscar alguna afección en otra parte; pero no quise nunca confiarte a manos extrañas, no quise poner entre nosotros nada que pudiese llegar a ser un obstáculo; piensa que todas mis ternuras y esperanzas se concentraron en aquel pequeño ser que Dios me dejaba, y piensa, en fin, cuál será hoy mi desesperación al ver tu alejamiento, tu despego y tu falta de sinceridad para con un padre que te ha mirado siempre como su único tesoro... De tal modo me he acostumbrado a considerarte superior a todas las demás mujeres, que en ti no concebía flaqueza ni debilidad de ningún género... Tal vez me equivocaba; pero si tú te quedas a mi lado, si tú me consagrás tu vida

como yo te consagraré la mía, aun podemos ser dichosos... si bien...

—Acabad.

—Es necesario que me concedas tu confianza.

—¿Cómo?

—Diciéndome la verdad.

—¡Ay de mí!

Una amargura horrible se pintó en sus facciones, detalle que, como todos los demás de esta funesta aventura, no fijó mi atención entonces.

Hoy, en cambio, recuerdo una por una las palabras de mi hija, sus gestos más insignificantes, sus miradas...

¡Y hace más de cuarenta años que no la veo!

Mi pobre María se incorporó en su lecho con una energía que no parecía posible en ella, y levantando su cabeza, me preguntó:

—¿Cuándo os he dado lugar para que sospechéis de mí?

—Escucha—le dije, levantándome a mi vez—, sólo tienes un medio para probarme tu lealtad y franqueza... Desgarra el velo del misterio que nos envuelve, no me ocultes nada; dime la verdad, toda la verdad.

—Es que debo callarla.

—¿Y si yo exijo lo contrario?...

Era indudable que en el alma de María se libraba un rudo combate.

La pobre niña quería hablar, y una fuerza misteriosa parecía cerrarle la boca.

—Padre—me dijo con angustia inexplicable—, hace poco me recordabais vuestra ternura hacia mí... Si aun me tenéis alguna, os suplico que no me torturéis así y no insistáis más en saber lo que no puedo deciros.

—¡La verdad!—exclamé con más fuerza—. ¡Quiero que me digáis la verdad!

—¡Por piedad, padre mío!

Y María juntó las manos en actitud suplicante. En lugar de dulcificarme ante su ruego, me exasperé, exclamando:

—¿Qué odioso secreto es el tuyo, cuando así te niegas a la única satisfacción que me queda, la de vengar el ultraje recibido?... Soy tu padre, tu juez y quiero saberlo todo... Obedece.

—Pues bien, sí—contestó María—, lo diré, pero más tarde... Ahora es imposible...

—Es imposible porque tú no quieres hablar, y esto no lo consiento.

—¡Dios mío!—exclamó María—. ¡Tened piedad de mí!

—Por última vez—la dije—te suplico que me lo digas... No quiero usar de la violencia para obtener una confesión que me niegas; pero si persistes en tu negativa, todo habrá concluído entre nosotros... Por amor hacia ti, yo hubiera renun-

ciado con gusto a cuanto me une a este país, desnaturalizando mis bienes y expatriándome, sin preferir una queja; pero lo que no puedo soportar es esta incertidumbre en que me tienes. Si continúas como hasta aquí, si no me revelas, por fin, la verdad, por terrible que sea, te haré entrega de todos los bienes de tu madre..., nos separaremos y tú te irás a vivir donde quieras... No te maldeciré, pero dejarás de existir para mí y jamás volveré a verte, ni viva ni muerta... Vamos, decídetelo, pronuncia el fallo... Nuestro porvenir está entre tus manos, con una palabra puedes resolverlo.

María cerró los ojos, y murmuró:

—¡No puedo!

—Entonces... ¡Adiós para siempre!

La pobre niña lanzó un gemido que me hizo estremecer.

Su cabeza cayó pesadamente en las almohadas. Vacilé un instante y fijé mis ojos en aquel rostro lívido, descompuesto, que reflejaba una amargura y un dolor capaces de estremecer a una fiera.

Pero el orgullo del hombre es más que feroz; es indomable.

Aquella resistencia que me oponía mi hija, y a la cual estaba tan poco acostumbrado, me sublevaba.

En vano traté de adivinar las causas a que aquel ángel obedecía.

Mi imaginación se perdió en medio de las suposiciones más inverosímiles.

Desatentado, loco, salí del cuarto de mi hija, sin ocuparme siquiera de su estado, y dejándola abandonada en el momento en que caía en una de aquellas crisis terribles, que cada vez iban siendo más frecuentes en ella, alterando su débil y ya tan resentida salud.

Pasé una noche horrible.

Al día siguiente, al despuntar el alba, salí corriendo como un loco, a los bosques, porque en el castillo me ahogaba.

Cuando llegué a la carretera de Chateau Chignon, que fué donde la casualidad me condujo en mi carrera desenfrenada, oí el trote de un caballo, que por la dirección que traía debía proceder del castillo.

No tardé en divisar la noble y simpática figura del doctor Burel, que venía montado en una yegua torda y se dirigía hacia la villa.

Desde hacía algunos meses, el pobre hombre no hacía más que ir y venir, descuidando a todos sus enfermos para velar a su ahijada, a quien amaba como un padre.

Quise evitar su encuentro; pero él, que me ha-

bía visto, dirigió su caballo hacia donde yo estaba, y me dijo con severidad:

—No tenéis compasión... Ya os lo he dicho, no tardaréis en llorar vuestra conducta con lágrimas de sangre.

—María...

—Está muy mal... Ahora voy a buscar remedios, que estoy seguro serán ineficaces... Sólo vuestra dulzura hubiera podido salvarla... ¡Y la habéis martirizado!... No tenéis corazón de padre.

El excelente hombre estaba fuera de sí.

Respiró con fuerza y dijo al cabo de un momento:

—Ha pasado una noche terrible... A las dos me he levantado muy inquieto y la he encontrado desvanecida... ¿Qué la habéis dicho para ponerla en semejante estado?

—Quiero que me confíe su secreto.

—Cuando ella os lo niega sus razones tendrá.

—Quiero saberlo.

—¿Qué os importa?... Lo único que debe interesaros ahora es ella. Os lo tengo dicho, y no debíais haberlo olvidado.

—Que abandone su reserva, y le abriré de nuevo mi corazón.

—¡No tenéis piedad!

—Es que se trata del honor.

—Es que se trata de su vida.

Bajé la cabeza y no respondí.

El doctor, irritado, exclamó:

—¡Que su desgracia caiga sobre vuestra cabeza!

Y espoleando su caballo, partió al galope.

Tres horas después le vi pasar, de vuelta hacia el castillo, desde detrás de unas malezas, donde me había escondido.

El doctor Burel volvía también a galope tendido, como había ido, lo cual era, en su carácter calmoso, una cosa muy extraordinaria. ¿Tan inmediato, tan urgente era el peligro?...

Sentí que mi corazón se hacía pedazos... pero aun me detuvo el orgullo.

Durante quince días apenas aparecí por mi casa, informándome del estado de mi hija como de pasada y sabiendo por mi fiel Prevot que empeoraba de día en día.

Varias veces divisé de lejos al doctor, que prodigaba sin cesar sus asiduos cuidados a mi hija.

Pero como estaba indignado ante mi conducta, no quería verme ni hablarme.

Una noche que rondaba yo al pie del castillo, con los ojos fijos en las ventanas de María, vi salir de él al señor cura de Brault.

El bondadoso anciano atravesó el huerto y vino hacia mí.

Prevot, del cual acababa yo de separarme hacía un momento, le había indicado dónde estaba.

—Señor marqués—me dijo con voz alterada—, es necesario que me sigáis.

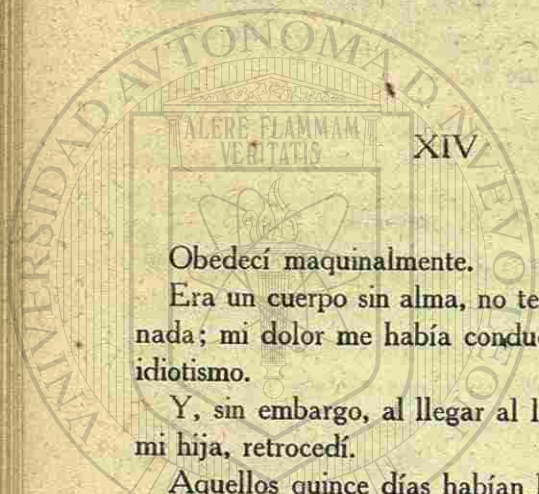
—¿Adónde?

—Al lado de vuestra hija.

—¿Tan mal está?

El anciano eludió mi pregunta y añadió:

—Desea veros... y no podéis negarle este último favor... Venid.



Obedecí maquinalmente.

Era un cuerpo sin alma, no tenía conciencia de nada; mi dolor me había conducido al estado de idiotismo.

Y, sin embargo, al llegar al lado del lecho de mi hija, retrocedí.

Aquellos quince días habían bastado para metamorfosearla en un cadáver.

Apenas respiraba.

Sus grandes ojos, hundidos y agrandados por la delgadez de su rostro, se dirigieron a mí y me miraron con la dulzura con que deben mirar los ángeles del cielo.

Al otro lado del lecho, inmóvil, casi feroz, estaba el doctor Burel, que se fijó en mí también, pero con una severidad que contrastaba con su bondadosa fisonomía.

Su gesto, su actitud, todo en él parecía decirme:

—¡He aquí tu obra!

El cura, que se encontraba de pie, a mi lado,

me tocó ligeramente en el hombro y dijo, señalándome a la enferma:

—Está muy débil... Acercaos...

No sé qué obstinación, qué fuerza, qué genio malo me detuvo aún... Pero al notar una seña de María, me adelanté.

Aquel ángel me tendió la mano. La tomé entre las mías, y con una dulce presión me sentí atraído hacia ella.

Entonces, con voz tierna, pero casi ininteligible, me dijo:

—¿Cómo puedes odiarme y huir de mí, padre mío?

La tentación imperiosa, horrible, se apoderó de mí para lanzarme a sus brazos. Pero no cedí; permanecí inmóvil, sin darme cuenta de mi estado. Esperé. Poco a poco se iban borrando todos los rencores de mi corazón, todas mis dudas, todas las prevenciones de mi ánimo.

En aquel rostro casto y puro, en aquellos ojos límpidos, leía bien claro la injusticia de mis sospechas.

Comprendí que al pensar mal había sido juguete de una alucinación, y que sólo el pudor o algún sentimiento noble y elevado había podido impedir a María revelarme su espantoso secreto, pues de otro modo aquel ángel, divinizado ante mis ojos con la aureola de la muerte, no hubiera

vacilado tanto tiempo en verter en el corazón de su padre sus temores, sus decepciones o sus esperanzas, buscando el calor y el consuelo que no podía darle una madre.

¡Ay! Entonces se clavó en mí por vez primera el aguijón de la injusticia al recordar mi conducta con ella.

Al ver que su desesperación la había cambiado hasta el punto de que nadie que la hubiese visto antes hubiera podido reconocerla, sentí ese dolor, sentí esa pena inmensa que no me abandonará jamás y que tiene su nombre: el remordimiento.

—Padre mío—dijo con voz débil como un suspiro—, ¡tú me crees culpable!... Para alejarte de mí, para que no acudas a sostenerme en este trance de la vida, tan triste y doloroso, es necesario que hayas cesado de amarme, que no recuerdes ya que soy tu hija... Tu desprecio es un castigo demasiado cruel y... ¡no quiero, no quiero llevarle conmigo al sepulcro!

Me estremecí de horror.

Y es que no dudé ni por un momento que aquella triste profecía iba a cumplirse.

Murmuré sin saber lo que decía:

—¿Cómo hablas de morir?

—Hablo porque la muerte se acerca... y soy dichosa. ¿No sabes que no puedo vivir ya?...

—¿Por qué?...

Acerqué a su rostro mi cabeza y oí esta espantosa exclamación:

—¡Me mata un recuerdo!

Su acento me dejó helado.

Al mismo tiempo se pintó en su rostro tal expresión de disgusto y de horror, que en un segundo comprendí entonces la salvaje violencia que la había matado.

María continuó:

—Vas a perderme, padre; esto es, sin duda, una gracia que Dios nos concede... pero no quiero dejarte una memoria odiosa y maldita... No soy una culpable, no; soy una víctima.

Un amargo sollozo se levantó de mi pecho e inundó de lágrimas mi rostro. ¿Qué castigo sufría?

Llevé los labios silenciosamente a aquella mano descarnada, y ella continuó entre tanto, haciendo un violento esfuerzo para hablar:

—¿Te acuerdas... de aquellos hombres a los cuales te rogué un día que perdonases... hace ya algunos meses... el invierno último?

—¿Los Congnat?—exclamé—. ¿Martín Rabaud?

María inclinó la cabeza y murmuró:

—Sí.

Después hizo seña al doctor para que la ayuda-

se a incorporarse un poco, pues su respiración se iba haciendo más penosa cada vez.

El doctor arregló las almohadas y colocó a la joven con sumo cuidado en una posición más cómoda.

—Todo lo sabrás, padre mío; pero antes, para que yo muera tranquila, es necesario que me jures guardar silencio sobre este horrible secreto.

—¿Que guarde el secreto me pides?

—Sí, como yo debería seguirle guardando aún. Me aproximé a su oído.

—Pero hija mía—la dije—, si no revelas todo, Bernardo, tu prometido, el amigo de tu infancia, moriría de dolor y desesperación.

María cerró los ojos.

Yo acababa de tocar la llaga abierta en su alma.

—Había jurado callar—dijo.

Y fijó en el señor cura de Brault una mirada suplicante.

El noble anciano acudió inmediatamente en su ayuda.

—Hija mía, todo debéis confesárselo a vuestro padre y a vuestro prometido.

—¿Y si quieren vengarse de los culpables?

—Son cristianos, María—observó el sacerdote—, y nuestra santa religión prohíbe la venganza

y ordena el perdón de las injurias... Nada temáis.

¡Tal vez aquella infeliz criatura pensaba de otro modo!

Nos conocía, y adivinaba quizás el drama terrible que había de lavar con sangre el ultraje recibido, pues fijó en mí sus angustiados ojos como interrogándome.

Depositó en su frente un largo beso y, para tranquilizarla, murmuré a su oído estas palabras ambiguas.

—Habla sin temor.

Entonces vi que buscaba algo bajo sus almohadas, sacando a poco un papel doblado en cuatro dobleces.

—El doctor y el señor cura me han ordenado que os lo diga todo—balbuceó la pobre mártir—, y... como no tenía valor para hablar, he escrito... Leedlo, y cúmplase la voluntad de Dios.

Cogí ávidamente aquel papel.

María ocultó su rostro, cubriéndole con su pañuelo, y durante mi lectura no cesé de oír los sofocados sollozos que exhalaba su pecho y desgarraban mis entrañas.

Cuando desdoblé aquel papel, apenas pude reconocer la letra de María, tan desfigurada estaba...

Sin duda su mano había estado temblorosa e insegura al trazar las siguientes líneas:

"Padre mío:

"Si hubiese vivido mi madre, a ella tal vez le hubiese confiado la inmensa desgracia que nos ha herido a todos a un mismo tiempo.

"Era el crimen tan odioso y el mal causado tan irreparable, que con saberlo no habiéseis adelantado nada.

"Además, creo que cuando se hace una promesa, aun cuando sea arrancada bajo amenazas de muerte, debe cumplirse...

"En fin, los infames y desgraciados hombres que me han perdido, me juraron que os asesinarían si revelaba la espantosa escena en que yo debiera haber perdido a un tiempo la razón y la vida.

"Vuestra desesperación, vuestras reprensiones y el eterno dolor que os quedaría después de mi muerte, si no supieseis la verdad y siguieseis despreciando lo que tanto habéis amado, me obligan únicamente a hablar.

"¡Ah! ¡Por qué castigasteis a aquellos hombres!... ¡Por qué no accedisteis a mi ruego y les concedisteis vuestro perdón!

"Al castigarlos despertasteis en ellos un odio feroz y una sed de venganza capaz de hacerles cometer todos los crímenes.

"La enfermedad de la granjera de Fontaines les presentó ocasión propicia para satisfacer y realizar sus infernales deseos.

"Ya sabéis que vinieron a buscarme una mañana, en el momento en que nos íbamos todos a una cacería.

"Me puse en marcha por un lado, mientras que vos os ibais por el otro.

"El cruel enemigo estaba en acecho.

"A la mitad del camino me encontré a Martín Rabaud.

"Me saludó, afectando una exagerada humildad, y se dirigió hacia su choza.

"Desde algún tiempo antes solía encontrar a aquel hombre en mi camino.

"Su aspecto vil y su aire falso me eran antipáticos, pero ¡cuán lejos estaba de sospechar los proyectos que germinaban en aquel ser tan lleno de hiel!

"Llegué a Fontaines.

"La pobre granjera estaba atacada de una fiebre que parecía maligna, y me dió gran compasión verla.

"Le di los remedios que juzgué más oportunos y permanecí a la cabecera de su lecho hasta el mediodía.

"Cuando me separé de ella le prometí enviarla un médico.

"Para volver a Brault tenía que atravesar la venta del Cobo, donde los Congnat tenían su choza.

Como no me gustaba encontrarlos, me disponía a volver por otro camino, aun cuando tuviese que dar un rodeo, cuando por detrás de la choza creí oír los ladridos de nuestros perros, por lo cual pensé que el animal que cazábais os había llevado por aquel lado, y en la esperanza de poderme reunir con vosotros, me dirigí, por fin, hacia el sitio en que esperaba encontrarlos.

"Lancé mi caballo a través de los bosques, ya asolados, y apenas habría andado unos diez metros, cuando el caballo se detuvo y arrodilló.

"Había caído en un lazo, puesto allí por los Congnat y Martín Rabaud, que no tardaron en rodearme.

Di un grito y quise volver grupas.

"Pero ya Martín Rabaud se había arrojado a la cabeza de *Rechoncho* para sujetarle y detenerle.

"—¿Qué queréis?—le dije.

"—Ahora lo verás—me respondió, soltando una carcajada, y al mismo tiempo los otros dos hombres me arrancaban de la silla.

"Yo no podía gritar; me habían cubierto la cabeza con un saco, y me sofocaban apretándole contra mi boca.

"Sentí que me cogían en brazos y que me trasportaban de este modo durante un corto espacio de tiempo.

"Cuando estuve libre de aquel saco, que me cegaba, me encontré dentro de la choza, que estaba por todas partes cerrada.

"—Si haces un movimiento o das una voz eres muerta—gritó Martín Rabaud, que parecía ser el jefe de la banda.

"Y poniéndome sobre la garganta un enorme cuchillo de caza que tenía en la mano, me dijo:

"—Ahora escucha... Tu padre nos ha hecho condenar por los jueces de Chateau-Chinon, y nosotros te hemos condenado a ti, y vamos a ejecutarle.

"Volvióse entonces hacia sus dos compañeros, que estaban detrás de él, y les preguntó:

"—¿No es verdad, primos?

"Ellos hicieron con la cabeza una señal de asentimiento, y el otro prosiguió:

"—Si después hablas, si se te escapa una sola palabra de lo que va a pasar aquí, mira lo que sucederá.

"Entonces cogió una escopeta de dos cañones que había oculta entre un montón de leña, en un rincón de la choza, y añadió:

"—No olvides que aquí hay dos balas: una

para tu padre y otra para tu prometido, el bello vizconde de Montjeu.

"Y apoyando sus callosas manos sobre mis hombros, me dijo de un modo que heló la sangre en mis venas:

"—Acuérdate siempre de que Martín Rabaud no ha faltado jamás a su palabra, a pesar de no ser noble ni rico.

"Un temblor convulsivo agitaba todo mi cuerpo.

"¿Qué querían de mí?

"En verdad que no podía comprenderlo.

"No quiero contaros aquella escena espantosa; pues sólo al pensar en ella me siento horrorizada, y quisiera haberme muerto ya, porque los muertos no se acuerdan de nada.

"Cuando me arrojaron de aquel lugar siniestro, vacilante, perdida, loca de vergüenza y de dolor, había jurado, por la memoria de mi madre, guardar secreto y no volver a pronunciar nunca el nombre de aquellos miserables, pues eso y más hubiera hecho para salvar vuestra vida, que estimaba más que la mía.

"Hoy falto a este juramento.

"Me he confesado... y me han mandado que hable.

"Ahora ya lo sabéis todo.

"Mi desgracia era antes de esta confesión completa.

"Vos la habéis aumentado todavía con vuestras reprensiones, vuestras dudas y vuestros desprecios.

"Y, sin embargo, hubierais debido pensar que yo era incapaz de manchar mi honor por nada en el mundo.

"Vos me habéis inspirado sentimientos que en este punto no transigen, y el amor que tenía a Bernardo de Montjeu no dejaba lugar a otros afectos en un corazón que sólo ocupabais los dos.

"Mi madre quizá me hubiera consolado; pero vos, padre, habéis matado todas mis esperanzas.

"No por eso he dejado de amaros ni un momento con toda la ternura inmensa con que os he amado desde que nací.

Sólo hay que acusar a la fatalidad en este desastre irreparable.

"Únicamente os pido por compasión que me sonriáis en mis últimos momentos y que no me retiréis vuestra estimación y vuestra ternura.

"Que la última palabra que llegue a mis oídos de vuestros labios sea de cariño y perdón. Si aun como víctima he podido ofenderos, nadie lo sabe.

"¡La piedra que cubra mis restos ocultará para siempre nuestra deshonra!...

"Y cuando penséis en mi madre y en mí que

sea para deciros que vuestras dos muertas ruegan por vos en el cielo, pidiendo al Señor que las reúna algún día con aquel a quien tanto amaron.

"En fin, cuando hayáis leído este triste relato, que un beso vuestro sea entre nosotros de paz y de reconciliación y promesa de perdón para todos.

"Os lo pido en nombre del Dios de misericordia, en nombre de vuestra salvación eterna.

"MARÍA."

Al acabar esta lectura, me quedé inmóvil, con los ojos fijos en el papel, y tratando de coordinar mis confusas ideas.

Las palabras de perdón de María no encontraron eco en mi alma.

La última frase escrita por la dulce y resignada víctima no sirvió más que para aumentar mi cólera contra los infames verdugos.

Toda mi sangre hervía al pensar en el ultraje que aquellas fieras habían inferido a la más pura de las mujeres, a la mejor de las hijas.

No concebía un castigo comparable al crimen y esforzaba mi imaginación para inventar tormentos tan atroces como los que sufren los condenados en el infierno.

Todo lo dominaba en mí la sed horrible de venganza.

Al mismo tiempo trataba de medir aquella catástrofe en toda su inmensidad.

Sí, era irreparable; mi hija tenía razón.

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
Año. 1965 MONTERREY, MEXICO

sea para deciros que vuestras dos muertas ruegan por vos en el cielo, pidiendo al Señor que las reúna algún día con aquel a quien tanto amaron.

"En fin, cuando hayáis leído este triste relato, que un beso vuestro sea entre nosotros de paz y de reconciliación y promesa de perdón para todos.

"Os lo pido en nombre del Dios de misericordia, en nombre de vuestra salvación eterna.

"MARÍA."

Al acabar esta lectura, me quedé inmóvil, con los ojos fijos en el papel, y tratando de coordinar mis confusas ideas.

Las palabras de perdón de María no encontraron eco en mi alma.

La última frase escrita por la dulce y resignada víctima no sirvió más que para aumentar mi cólera contra los infames verdugos.

Toda mi sangre hervía al pensar en el ultraje que aquellas fieras habían inferido a la más pura de las mujeres, a la mejor de las hijas.

No concebía un castigo comparable al crimen y esforzaba mi imaginación para inventar tormentos tan atroces como los que sufren los condenados en el infierno.

Todo lo dominaba en mí la sed horrible de venganza.

Al mismo tiempo trataba de medir aquella catástrofe en toda su inmensidad.

Sí, era irreparable; mi hija tenía razón.

XV

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
Año. 1965 MONTERREY, MEXICO

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

Sólo la muerte podía ser para ella un consuelo.

¡Perdonar!...

¡Pobre María!

Sin duda había olvidado quién era su padre...

¡Perdonar, cuando me preguntaba en mi delirio qué suplicio inventaría en pago de la infernal injuria!

Desde que había conocido con sus horribles detalles toda la historia de nuestra desgracia, sólo la idea de las represalias había sobrevivido en mí. Por ella alentaba.

Hoy me cuesta vergüenza confesarlo.

Los sufrimientos de mi hija, de aquel ángel purísimo, de aquel ser todo dulzura y bondad, nacido para ser feliz y que había llegado a aspirar a la muerte como al único bien que ya podía esperar; las torturas de su cuerpo y de su alma, no me impresionaban casi al pensar en la enormidad del crimen cometido por aquellos miserables y en el deseo de castigarlo inmediatamente, a toda costa, por todos los medios imaginables.

La voz de María, apagada y confusa, vino a sacarme de mis negros pensamientos.

Recordé las últimas líneas de su tristísimo relato, y acercándome a su lecho, deposité un larguísimo beso en aquella pura frente, que la muerte no tardaría en dejar para siempre yerta.

Después, en un arranque de compasión, de ca-

riño inmenso, y acaso también de terrible remordimiento, la estreché con furor entre mis brazos, que no sabían soltarla.

Una expresión de alegría, de tranquilidad y de consuelo inmenso se reflejó en el rostro de la pobre niña.

Y sus labios balbucearon esta palabra:

—Gracias.

Al mismo tiempo sentí la débil presión de un brazo suyo alrededor de mi cuello.

Desde aquel instante no volví a separarme de su lado ni un solo momento; mi vida se concentraba en mirarla.

Todo lo que es posible hacer para reanimar una existencia que se concluye, todo lo que es posible intentar para prolongarla siquiera, lo hicimos y lo intentamos nosotros.

Cuantas palabras de consuelo se conocen y son capaces de animar el espíritu y levantar el ánimo, la fueron dirigidas; cuantas caricias y ternuras podían cicatrizar las heridas de su alma, le fueron prodigadas por su madre con un cariño incomparable.

Pero había en ella una voluntad más poderosa que la juventud, más fuerte que las afecciones que la rodeaban.

La de no sobrevivir a su deshonra.

Quiero abreviar este doloroso relato, que me ahoga.

Puede decirse que su agonía duró tres semanas, pero fué una agonía tranquila y sonriente, por decirlo así, sin quejas y sin dolores, como la de las flores que se marchitan.

Ni el doctor Burel ni varios médicos a quienes se consultó secretamente pudieron curar la languidez que minaba aquella preciosa vida.

Por fin una noche comprendimos que había llegado el instante supremo y que todo iba a acabar.

Aquella luz vacilaba y no tardaría en apagarse para siempre.

María me hizo una seña y me dijo con una voz que sólo yo pude oír:

—Padre.

—¿Qué quieres, hija mía?

—Verle.

No tuvo necesidad de pronunciar ningún nombre.

Quería ver a Bernardo.

Yo conocía el orgullo de los Montjeu.

Desde la funesta escena que me había revelado el fatal secreto, no había vuelto a tener noticia de mis antiguos amigos; temí que no quisieran venir a Brault si les enviaba recado con un criado.

Pero al mismo tiempo temía también que mi pobre hija, si iba a avisarle yo, expirase en mi

ausencia, privándome del supremo consuelo de recibir su último suspiro.

El alma parecía ya sujeta por un hilo a aquel cuerpo desfallecido.

Al ver que vacilaba, la mirada de mi adorada María se fijó en mí, dirigiéndome una súplica muda.

—Iré—le dije—y te lo traeré en seguida.

Una súbita alegría se pintó en su rostro.

Encomendé a mi hija al doctor Burel, y salí.

Corrí a las caballerizas.

Acababan de dar las diez de una noche serena y calurosa.

Ensilé yo mismo mi caballo y partí a escape.

No es posible imaginar con qué rapidez vertiginosa franqué la distancia que me separaba de Montjeu.

Cuando llegué al castillo del conde, todas las luces estaban apagadas, a excepción de una sola que brillaba en la fachada del Norte. Era la de la habitación de Bernardo.

Me puse en pie sobre los estribos y le llamé con voz fuerte.

No tardó en presentarse en su ventana, e inclinándose hacia fuera, dijo:

—¿Quién está ahí?

—Soy yo, Bernardo.

—¿Vos?

—Sí, yo que vengo a buscarte corriendo.

—¿Por qué?

—María se muere y quiere verte.

Al oírme, creí que le veía palidecer en las tinieblas.

No pronunció una palabra, y su ventana volvió a cerrarse de nuevo súbitamente.

La luz desapareció, reapareciendo a poco en las que iluminaban la escalera, y, por último, en la puerta de entrada.

Bernardo no me dirigió pregunta alguna e hizo lo mismo que yo había hecho en Brault.

Se dirigió a las cuadras y ensilló rápidamente un caballo.

—Partamos—dijo, volviendo a mi lado.

Si en aquellas llanuras hubiese habido algún aldeano en acecho, nos hubiese tomado, de fijo, por visiones fantásticas, pues apenas podía definirse nada en el grupo que ambos formábamos.

Los dos caballos volaban casi sin hacer ruido, por los caminos trillados, porque para atajar Bernardo y yo atravesábamos los campos sembrados de trigo.

Durante el trayecto no cambiamos una palabra.

El vizconde de Montjeu estaba mudo, y yo tenía el corazón demasiado oprimido para poder hablar.

A las doce llegamos a Brault sin haber encontrado ni un alma en nuestro camino.

Cuando entramos en mi casa fué cuando pude apreciar el cambio que se había verificado en aquel pobre muchacho, antes tan rozagante y lleno de vida.

Casi no se le reconocía.

Su traje en desorden y todo el descuido y abandono que se notaba en su persona, indicaban la desesperación que se había apoderado de él.

Hasta me pareció que sus cabellos negros estaban sembrados de canas y que su frente estaba surcada por precoces arrugas.

Cuando más tarde le ví a la luz del día, pude asegurarme de que no me había equivocado.

Entramos en la habitación de María, y la encontramos agonizando.

Al ver a su prometido, una sonrisa angelical se reflejó en su rostro, alterado ya por las angustias de la muerte.

Reunió todo lo que quedaba en ella de vida y de fuerza, y le tendió su mano.

El joven se arrodilló junto al lecho, vertiendo un torrente de lágrimas.

María no podía hablar ya; pero conservaba todo su conocimiento.

Recibió el beso de su prometido, que deseaba, colocó la mano de éste con la mía, y, agitándose

de repente, en un último espasmo, quedó inmóvil, con los ojos agrandados fijos sobre nosotros con inexplicable ternura.

Estaba muerta.

Creí que yo también iba a morir.

Me pareció que mi corazón se paralizaba y caí en una postración, de la cual salí gracias a los enérgicos cuidados del doctor Burel.

Cuando recobré el conocimiento, Bernardo seguía arrodillado junto al lecho de María, con los ojos enrojecidos por el llanto, con los dedos clavados entre sus enredados cabellos y con la desesperación más horrible pintada en sus hermosas y enérgicas facciones.

Todo había terminado.

Mandé que se retiraran los criados y obligué también al doctor Burel a que fuese a buscar un poco de descanso, del cual estaba bien necesitado.

Bernardo y yo nos quedamos solos en el cuarto de la muerta.

Entonces puse una mano sobre su hombro para sacarle de su abstracción.

Levantó la cabeza y le hice seña de que se incorporara.

Me obedeció, e indicándole yo luego una butaca que había en un ángulo de la habitación, junto a la única bujía que iluminaba aquella lúgubre

escena, le hice sentar y me senté yo también a su lado.

Después le dí el papel en que estaba escrita la confesión de María, y le dije:

—Lee.

Me miró con asombro, y tomando el papel que yo le entregaba, empezó su lectura.

Durante ésta, vi dibujarse en su rostro todas las impresiones, no de la sorpresa, porque él no había podido creer jamás que María cometiese una falta, sino del espanto, de la vergüenza, del dolor y de la rabia.

Cuando terminó, sus dedos crispados se agitaron con una especie de furor, como deben agitarse las garras del león que busca una presa que devorar.

Después se levantó, y corriendo hacia el lecho de la muerta, cubrió de besos las manos de ésta y las conservó largo rato estrechamente unidas a sus labios.

Al cabo de algunos minutos se levantó y contempló el cadáver de la joven con amorosa ternura.

Se volvió hacia mí y arrojándose en mis brazos exclamó:

—La vengaremos, padre, la vengaremos.

Puse un dedo sobre mis labios y no le respondí nada.

Pero mis ojos le dijeron bastante.

A las dos de la mañana volvió a montar a caballo y partió para Montjeu, llevando consigo el papel que yo le había confiado.

Era la última reliquia de aquella a quien tanto había amado y a quien debía seguir amando hasta el último instante de su vida.

—¡Pobre Bernardo!

Dos días después, la iglesita de Brault estaba llena de gente que se apiñaba alrededor de un ataúd cubierto de un paño blanco.

Era el de María.

Más de una lágrima corrió por los ojos de aquellos aldeanos que tanto la adoraban.

¿Y quién no hubiera podido sentir el prematuro fin de aquella hermosa niña, tan caritativa, tan humilde y tan buena para todos?

La noticia de su muerte se esparció hasta en los últimos rincones del país.

Ya se sabe cómo pasan esas cosas en las aldeas.

Yo era el castellano de Brault y todo el mundo consideró como un deber imprescindible asistir a la triste ceremonia.

Los hermanos Benoist, sus trabajadores y sus jornaleros habían ido de los primeros.

Muchos leñadores les acompañaban también, más por curiosidad que por simpatía.

Los Congnat tuvieron el pudor de no ir; pero

apenas pude reprimir un movimiento de horror al ver en uno que se ocultaba tras un confesionario colocado en la oscuridad, la faz odiosa de Martín Rabaud, del tigre carniceró que mata del mismo modo que come.

Tuve la fuerza de disimular, y aquel bandido no debió leer en mis facciones más que una profunda tristeza.

A todas las preguntas con que nos abrumaron a mí y a la gente de mi casa, sobre las causas que habían producido la muerte de aquella infortunada joven de diez y ocho años, respondíamos invariablemente:

—No se sabe... Los médicos no han podido adivinar su mal ni curarle.

Y entre la concurrencia circulaban estas frases vagas, que no explicaban nada:

—Fiebre... Languidez... Enfriamiento...

El conde de Montjeu y Bernardo me acompañaron en la iglesia; pero a la salida del cementerio me estrecharon la mano y desaparecieron.

Todos mis amigos imitaron su reserva.

Mi pérdida era tan inmensa que nadie se atrevía a fatigarme con inútiles consuelos.

A los cuarenta y cinco años me quedaba solo, sin familia, sin herederos y casi sin amigos. La casa de Brault iba a extinguirse conmigo después de haber vivido siglos.

¡Y qué fin el suyo!

A la una me encontré solo en mi castillo vacío frente a frente de mi viejo y desgraciado amigo el doctor Burel.

Desgraciado, sí, él también; pues al perder a María perdía una hija a quien amaba más que a nadie en el mundo. Era su única afección.

—¿Y ahora—me preguntó, fijando en mí su triste mirada—qué es lo que pensáis hacer?

Sentí que toda la sangre se me subía a la cabeza.

—Ahora—le dije—, ni aun a pensar me atrevo en lo que voy a hacer por no profanar estos momentos.

El médico dejó caer la cabeza sobre el pecho con abatimiento.

Después su boca se entreabrió, sin duda para recordarme las palabras de la muerta y aconsejarme el perdón, o, por lo menos, el desprecio y el olvido.

Extendí mis manos hacia él como para impedirle que hablase.

—Es inútil cuanto me digáis—exclamé fuera de mí.

Burel me conocía.

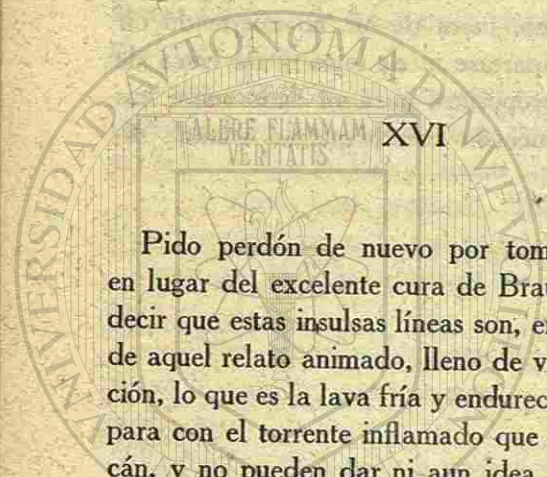
Comprendió cuál era el estado de mi espíritu y no insistió.

Únicamente levantó los ojos al cielo y me dijo:

—Allí hay un Dios que castiga la venganza. No lo olvidéis.

Pero yo, loco, fuera de mí, no queriendo oír nada que me apartase ni de lejos ni de cerca de mis siniestros propósitos, puse un dedo sobre mis labios y exclamé con acento que no admitía réplica:

—¡Silencio!



Pido perdón de nuevo por tomar la palabra en lugar del excelente cura de Brault; pero debo decir que estas insulsas líneas son, en comparación de aquel relato animado, lleno de vida y de emoción, lo que es la lava fría y endurecida, si se compara con el torrente inflamado que arroja un volcán, y no pueden dar ni aun idea de lo que era este drama, tal y como él nos lo contaba.

Entonces estábamos en el teatro mismo de la acción.

Allí era, en aquel mismo comedor, donde el marqués de Brault, llegado a los últimos límites de la vejez, había hecho sus confianzas al señor cura, que ahora nos las transmitía a nosotros, en aquel antiguo castillo donde casi nada había cambiado, pues el mobiliario había sido vendido también con la propiedad.

Allí era donde aquella casta y desgraciada niña había sufrido su martirio. Bajo aquellos árboles del huerto estaba el sitio donde tantas veces

había llorado su vergüenza y donde había escondido la agonía física y moral a que había sucumbido por fin.

La casa, los bosques, el país entero estaban llenos de su recuerdo, poetizados, por decirlo así, con su trágico y encantador fantasma.

Por interesante y conmovedor que sea un drama, es indudable que, representado sin decoración, entre cuatro paredes desnudas, pierde todo su efecto.

El relato del cura de Brault, encerrado entre las frías páginas de un libro, no es más que el esqueleto descarnado de esta historia, que, al oírla de sus labios, llegó hasta el fondo de nuestras almas.

Era ya muy tarde y el digno sacerdote quiso dejar la continuación para el día siguiente.

Los criados se habían ido ya a descansar por orden de mi amigo.

Suplicamos al anciano que continuase, y para decidirle, mi huésped abrió la ventana que daba a la carretera por donde yo había venido.

La luna había salido disipando la niebla de aquella noche e iluminando con su luz de plata las frondosas perspectivas de Brault.

Alrededor del castillo no había edificada casa alguna y no se oía más ruido que el grito melancólico de las aves nocturnas que anidaban en las

torrecillas o en los troncos de los árboles y que se respondían unas a otras de cuando en cuando.

El señor cura de Brault, según me ha dicho después mi amigo, tenía para su servicio particular un caballito de pelo áspero y feo, de la raza que llamaban en otro tiempo "de carga", y que servían en los bosques, desprovistos de caminos, para trasportar leñas y carbones.

Las nuevas generaciones no conocen esta clase de animales, aunque no se necesita ser muy viejo para recordar haberlos visto muchas veces con sus campanillas al cuello, cargados de haces de leña, o de sacos de carbón, y conducidos por campesinos, que llevaban en la mano grandes y nudosos látigos, que hacían sonar a cada paso, produciendo un ruido infernal.

—Si os quedáis, señor cura, luego iremos los dos a acompañaros—dijo mi amigo.

Esta proposición hizo sonreír al anciano, que cedió, por fin, a nuestras instancias.

—Si hubieseis visto, como yo—continuó, volviendo a sentarse—, y hubierais conocido al marqués de Brault, comprenderíais todo lo que aquella enérgica cabeza, de facciones acentuadas, de gestos violentos y mirada imperiosa, contenía de obstinación y de voluntad, y todo lo que aquel cuerpo, fuerte y sólido como una roca, encerraba de fuerza y de valor.

Y de astucia también.

El marqués de Brault era un gran cazador, ya os lo he dicho.

La caza era su pasión, su único goce.

Estaba, pues, acostumbrado a luchar y a las estratagemas y ardidés que se tienen que usar con las reses.

La caza no es más que un simulacro de guerra.

En provincias, merodeador o cazador es lo mismo, y no existe entre ambos más diferencia que la de que el cazador caza a la luz del día sin temer las miradas de los hombres, mientras que el otro, cuando caza, se ve obligado a despistar a los guardas y los gendarmes.

El arte, sobre todo, consiste en no despertar la caza, de modo que se pueda llegar hasta la guarida del animal sin que éste sospeche nada, ya para lanzarle, ya para disparar un tiro y apoderarse de él.

El marqués de Brault poseía este arte a fondo.

Le había practicado desde su juventud y no había nadie que pudiese darle lecciones.

Al acabar el marqués sus estudios, que eran, por cierto, muy profundos y sólidos, se había ido a vivir para siempre al campo, primero por gusto y luego por filantropía, cuando perdió a la mujer que tanto amaba y de la que siempre hablaba con profundo respeto y emoción.

Era, pues, un aldeano y tenía la misma penetración y sagacidad que éstos, y aun alguna de sus costumbres.

Una vez muerta su hija, su monomanía era el castigo de los culpables.

Todas las fuerzas de su espíritu se empleaban en meditar la venganza que había resuelto y que llegó a ser para él una verdadera obsesión.

¿Por qué medios asegurar su éxito?

Es necesario haberle oído a él mismo para comprender la implacable energía con que preparó el cumplimiento de sus deseos, sin cejar un punto en el camino que se había trazado.

Dejó ya la palabra al marqués.

—La muerte de María dió mucho que hablar en el país y fué atribuída a diferentes causas; pero la verdad nunca la supo nadie... Mientras vivió y durante los últimos meses de su enfermedad, hubo algunos infames que pudieron murmurar de su conducta.

Pero después de muerta sólo hubo para ella un concierto de elogios.

Todas las calumnias se apagaron, y la presencia del conde de Montjeu y su hijo en su cortejo fúnebre dió un mentís a las historias esparcidas por los alrededores de Brault, y de las cuales nadie se hubiese atrevido, de fijo, a aceptar la responsabilidad.

Ocho días después de la fúnebre ceremonia, todo en el castillo había recobrado su aspecto ordinario: los arrieros iban con sus carros, los pastores llevaban a pastar sus rebaños, los guardas circulaban por los bosques y hasta yo mismo salía a dar paseos a caballo; pero sólo y escogiendo los sitios más salvajes y desiertos.

Varias veces pasé al lado de los Congnat y Martín Rabaud, y todas ellas les saludé cortésmente, como a sus demás compañeros, aunque sin dirigirles la palabra.

Así adormece el gavilán la presa que codicia.

Los guardabosques esparcieron por todas partes que yo estaba atacado de una incurable tristeza, y que no tardaría en abandonar para siempre estos lugares.

Hasta dijeron que el dominio de Brault estaba en venta, y que sólo esperaba yo a que me lo comprasen para alejarme de una tierra donde tenía tan tristes recuerdos.

Todo esto era bastante verosímil.

Puedo decirlos con orgullo que en el país me querían mucho, así es que esta noticia causó a todos una sensación desagradable.

Mis colonos me suplicaron que me quedase.

Yo les respondí evasivamente.

Más tarde, como yo no veía a nadie, no tuvie-

ron ocasión de volverme a preguntar cuáles serían mis proyectos.

Para realizarlos necesitaba un confidente.

Estaba a mi servicio, desde hacía veinte años, el hijo de uno de nuestros colonos, que tenía uno o dos años más que yo y poseía toda mi confianza.

Ya le conocéis.

Vive todavía y espero que no me precederá en la muerte.

—¿Es Prevot?—le dije.

—El mismo. Prevot era de mi estatura y de mi fuerza, y me atrevo a decir que ninguno de los dos tenía miedo de nadie; pero un tiro puede dejar tendido al hombre más robusto.

Con los Congnat y Martín Rabaud era preciso estar siempre sobre aviso en este terreno.

Por otra parte, ya he dicho que quería castigar y castigar de un modo espantoso; pero deseaba que no interviniese en el asunto la justicia, no sea que me fuesen a llevar a una prisión por cumplir con mi deber.

Era necesario, pues, inventar un castigo misterioso, irresponsable, por decirlo así.

Ya habéis oído hablar de mi trailla.

No sé si os he dicho que se componía de sesenta magníficos perros, con los que se hubieran podido despoblar todos los bosques del Morvan.

Mis perros no habían vuelto a salir del establo

más que para pasearse desde el día fatal en que había tenido lugar nuestra última cacería, al volver de la cual había encontrado a mi hija bajo la acción del horrible disgusto que la llevó después al sepulcro.

Tuve una idea feroz, inhumana. Hubiera debido rechazarla con todas mis fuerzas.

Pero la rabia y el dolor me cegaban y no la rechacé. Antes al contrario, en el estado de exasperación en que me encontraba, aquella idea hizo asomar la primera sonrisa que había entreabierto mis labios desde hacía muchos meses.

Había que esperar.

Estábamos a principios de septiembre y mi proyecto debía tener lugar en el invierno, en los días cortos de diciembre o de enero, que es el tiempo de las grandes cacerías.

Tenía además la ventaja esta época de que mis bosques estarían libres de obreros, y por consiguiente de testigos.

Lo que yo había imaginado era una verdadera ferocidad.

Más tarde os diré las causas que me habían inducido a ello y de dónde me había venido la inspiración.

Hoy creo sinceramente que sólo un cerebro desequilibrado puede, por una sacudida demasiado fuerte para la razón de un hombre, inventar esas

barbaries y admitir su ejecución como moneda corriente.

Cuando confíe mi proyecto a Prevot, cierta noche de otoño, después de haber combinado todos los detalles y previsto todos los casos, no olvidaré nunca el aire de espanto con que acogió mi confianza.

Al pronto debió crearme loco, y fué necesaria toda la tranquilidad con que yo hablaba, el ascendiente que tenía sobre él y, sobre todo, su gran cariño hacia mí, para obligarle a considerar mi deseo como una cosa seria y a hacerme todas las objeciones que un hombre honrado debía, como es natural, oponerme con la mayor energía.

El tormento feroz inventado por mi imaginación enferma, la horrible pena o castigo que tanto asustó a Prevot, se la destinaba yo solamente a Martín Rabaud.

Para los otros dos no quería tanto.

A poca costa podría hacerlos desaparecer.

En medio de nuestros bosques, y más entonces que el Morvan era impracticable, lleno de madrigueras y de malezas, donde abundaban los lobos, la desaparición de un vagabundo no podía traer complicaciones, y mil accidentes muy generales podían explicarla en caso de necesidad.

Pero para el reptil venenoso que no había respetado clases, ni virtud, ni inocencia, arrojando a

sus pies lo que yo tenía en un altar, quería yo algo que fuese espantoso, ejemplar, único: quería que el castigo estuviese a la altura de la inmensidad del crimen, y de tal naturaleza, que pudiera ser un bálsamo para las terribles heridas que habían hecho aquellos miserables a todo lo que vibraba en mí: orgullo, ternura, esperanzas...

A fines de octubre mi plan estaba terminado en todas sus partes y mis preparativos hechos.

Varias veces había visto a Bernardo.

Su cólera igualaba a la mía; pero él estaba más sombrío, más abatido que yo y más indiferente al resultado de mi venganza.

La pérdida de María le había desligado de todo: del mundo y de sus semejantes.

No obstante, estaba de acuerdo conmigo: era necesario lavar la injuria, primero, y después cada uno de nosotros tomaría el partido que más le agradase.

Aunque yo estaba preocupado únicamente por mis ideas de venganza, su desesperación me asustó.

Vi en él algo extraño que me hizo temer que meditaba un acto de locura, pensando recurrir al suicidio para acabar de una vez con sus penas.

Yo trataba de levantar su ánimo, y en algunas ocasiones veía con gusto que lo conseguía, pero no tardaba en caer de nuevo en la postración que tanto nos asustaba a su padre y a mí. Como su-

pondréis, yo le tenía al corriente de todo lo que pensaba hacer con los infames que habían causado la muerte de mi hija.

A fines de diciembre todo debía estar terminado, y mis compradores, los hermanos Benoist, tenían después tres meses para reparar los caminos de explotación que habrían dejado estropeados.

Casi siempre los plazos que se fijan al principio resultan demasiado cortos, y al expirar no están nunca acabados los trabajos, por lo cual hay que prolongarlos indefinidamente.

En efecto, en diciembre los carbones no estaban hechos.

Los hermanos Benoist me pidieron un mes de prórroga, y yo se la concedí sin hacerme rogar.

He aquí por qué:

Mis compradores me explicaron que en dos meses, con sólo que no se despidiese a los hermanos Congnat y Martín Rabaud, a quienes tenían por los más activos, podían quedar concluídos los trabajos.

Por lo tanto, aquellos tres hombres, objeto de todos mis odios, estarían solos en el bosque durante los dos meses de enero y febrero, que era todo cuanto yo hubiera podido desear.

Precisamente la época más conveniente para el desarrollo de mis planes. Todo se preparaba a medida de mi deseo.

Creo haberos hecho comprender que sólo éramos tres los que conocíamos los proyectos que yo meditaba y quería poner por obra.

Bernardo, Prevot y yo.

Quizás el conde de Montjeu lo sospechaba, pero nada decía, y se resignaba a nuestras voluntades.

En cuanto a nosotros, no le habíamos puesto al corriente de ningún detalle, ni nada le habíamos explicado.

Por lo demás, a nuestro alrededor todo el mundo vivía en medio de una tranquilidad perfecta, que yo procuraba asegurar más y más.

El mismo doctor Burel debió creer que yo había renunciado a mis ideas de venganza, pues conseguí engañarle con mi aparente calma e inspirarle la falsa seguridad que tenía engañado a todo el mundo.

Muy pronto debía perderla.

Y eso que mi tenacidad era tan grande como había sido mi dolor. Hubieran pasado los años sin poder realizar mis represalias, y no se habría disminuído un átomo de la furia que me cegaba. ¡La imagen de mi flor tronchada me convertía en huracán asolador!

El tiempo pasaba rápidamente, no con tanta rapidez, sin embargo, como yo deseaba, porque ansiaba que llegara el momento de saldar la cuenta que se iba haciendo algo antigua.

Tenía prisa por acabar cuanto antes, y me parecía que no había de encontrar calma ni descanso hasta el día en que se hiciese justicia.

¡Qué error!

El invierno fué en extremo apacible.

En nuestro país, en donde el clima es tan duro, apenas hubo algunas heladas que detuvieran la vegetación.

Las primeras nieves aparecieron en enero, y se deshlaban a medida que caían.

Desde principios de octubre, y con gran asombro de todos mis vecinos y colonos, testigos de mi desolación, había comenzado de nuevo a organizar mis cacerías con el mismo entusiasmo que consagraba antes a este placer de mi vida.

Me disculparon diciendo que quería aturdirme.

En los bosques de Brault y sus cercanías resonaron de nuevo mis bocinas y los ladridos de mis perros.

Todos los días dábamos caza a un ciervo, a un lobo o a un jabalí.

Hasta llegué a comprar algunos perros a renombrados cazadores de Corbigny, y además hice que me enviaran otros del Poitou, donde yo tenía muchos amigos, con el fin de organizar un relevo que me permitiese salir todos los días.

Para alojarlos agrandé mi establo e hice construir otro a alguna distancia de la casa, en una espesura del bosque, casi impenetrable, que se llamaba *La Alameda*, porque su arbolado se compone principalmente de álamos. Allí instalé unos treinta de los recién llegados, y Prevot fué quien se encargó de su cuidado y dirección.

Ya os diré con qué fin.

Todos mis criados eran por necesidad monteros, picadores, palafraneros o guardianes de perros; y yo mismo no desdeñaba darles el ejemplo ayudándolos en sus tareas.

Pero sólo Prevot y yo teníamos el privilegio de ocuparnos de aquellos treinta sabuesos grandes, fuertes y tan feroces como las fieras mismas, pues provenían de casa de un amigo mío, que sólo cazaba lobos, porque las cercanías de Rochechouart estaban infestadas de ellos por aquel tiempo.

Preciso es decir que tampoco faltaban lobos en el Morvan, y sobre todo en Brault.

Poco a poco las gentes fueron creyendo que yo había olvidado mi dolor, arrastrado por mi antigua pasión, y hasta hubo algunos que me acusaron de haber olvidado demasiado pronto.

Verdad es que estas cacerías no tenían por testigos más que a mis criados, y hacia fines de enero al conde de Montjeu y su hijo, que volvieron a recobrar en Brault sus costumbres interrumpidas durante algunos meses.

Más de una vez vi, cuando iba galopando detrás de mis perros, a los Congnat y a Martín Rabaud, que abandonaban un momento sus hornos para escuchar la música de las fanfarrias y el barullo de la trailla, como *dieletanttis* que nada tenían que temer de mí.

¿Y cómo hubiesen podido creer otra cosa?

Hacía ya un año que el crimen se había cometido y ninguna queja había llegado hasta ellos; se los dejaba dedicarse en paz a sus trabajos, y nadie cambiaba de color ante su vista.

Debían creer, pues, que la víctima, horrorizada por sus amenazas, y fiel a su promesa, había guardado silencio y encerrado su secreto con ella en el sepulcro.

Esto era tanto más probable, cuanto que el país

entero tenía una sola voz para alabar su angelical dulzura.

Además, Martín Rabaud, aquella fiera, que era la cabeza de la banda, había oído, como todo el mundo, a la salida del cementerio, que el mismo doctor Burel había declarado que mi hija sucumbía a un mal desconocido, que nadie había podido adivinar ni curar.

En suma, Martín Rabaud tenía la sagacidad de los zorros viejos y veía de noche como los animales de la raza felina, que se orientan en las tinieblas; pero los más astutos caen también en el lazo; y yo me decía, no sin cierta vanidad, que nosotros habíamos dado caza a grandes lobos y a enormes jabalíes que sabían más que él.

Puesto que es necesario confesarlo todo, os diré que contra aquellos hombres creía yo entregarme a una caza de nuevo género; y en la exasperación de mi odio, o por mejor decir, en mi ciega rabia, no veía en ellos más que bestias feroces, de las cuales quería deshacerme a toda costa, castigando su audacia.

¡Ah!, ¡si se hubiera alguien atrevido a decirme entonces que aquellos culpables eran hombres, malvados sin duda, pero seres como nosotros, semejantes nuestros, en fin, con qué cólera hubiese respondido!

Porque yo estaba ebrio, ebrio de sangre, ebrio de venganza, y la embriaguez no razona.

Yo había perdido toda noción de justicia y me había vuelto tan salvaje como aquellos miserables y más criminal aún que ellos, puesto que yo tenía otros principios y no podía invocar en mi favor la excusa de la miseria y del resentimiento innato que tiene el pobre, encorvado bajo el yugo, contra el rico a quien envidia.

¡Qué tristes reflexiones son éstas para mí, hoy que soy viejo y que me encuentro próximo a comparecer ante el Juez supremo!

¡Con qué punzantes remordimientos he pagado esta demencia de algunos días!

¡Oh!, ¡nadie, nadie puede imaginarlo!

¡Si alguno pudiera leer en el interior de mi alma y ver el horror que siento al recordar aquel hecho bárbaro; si pudiera presenciar los insomnios de mis noches y los espectros que pueblan mis intranquilos sueños... tendría compasión de mí!

El marqués, al decir esto, fijó en mí su mirada, en la que había a un tiempo extravío, espanto y desesperación, y me dijo:

—Cuando escuchéis lo que hice, quedaréis horrorizado ante la inmensidad del crimen que cometí, como lo estoy yo mismo al pensar en el castigo que me aguarda si el Señor no se apiada de mí...

Pero quiero continuar mi historia hasta el fin, y estas digresiones no sirven más que para prolongarla.

El 27 de febrero, fecha que jamás se borrará de mi memoria, fué cuando para cumplir mi venganza cometí un crimen.

Aquella misma mañana, el mayor de los hermanos Benoist vino a pagarme el último plazo de la deuda que tenía conmigo, conforme habíamos convenido, que importaría unos veinte mil francos.

Al mismo tiempo me anunció que desde el día siguiente no quedaría ningún obrero en mis bosques, pues todos los trabajos estaban terminados y acababa de pagar a los últimos, que eran los Congnat y Martín Ragaud.

Aquella noche, pues, los tres carboneros debían dormir en el chozo por última vez.

Esta noticia me sorprendió.

Yo creía que les quedaba aún trabajo para dos o tres días, pero no podía dudar de la aserción del contratista.

Difícilmente puede encontrarse un hombre tan formal y tan puntual como él.

A pesar de sus opiniones, en todo contrarias a las mías, debo hacerle esta justicia, así como a su hermano.

Ambos han hecho una gran fortuna, bien ganada y bien merecida.

Esta precipitación contrariaba mis planes, pero no me cogía desprevenido.

Desde hacía dos meses estaba en guardia y preparado para cualquier evento.

Me había jurado que los tres malhechores no saldrían vivos de Brault, y aun cuando hubiera tenido que ejecutarlos yo sólo, hubiera cumplido mi palabra.

Pero tenía aliados valientes que no vacilarían en prestarme su ayuda, y contaba con ella.

Debo decir ahora que ninguno de ellos conocía bien mis intenciones, porque procuraba ocultárselas.

Yo era el jefe y ellos me habían prometido obediencia; eso era todo.

El único punto en que yo estaba de acuerdo con Bernardo de Montjeu, era en nuestra aversión exaltada hacia los culpables, en nuestro odio feroz hacia ellos, semejante al que se siente por la víbora que se aplasta con el pie, o por un animal dañino que se mata sin la menor vacilación.

Recibí la noticia de Benoist con aparente satisfacción.

Desde hacía seis meses mi vida era un disimulo continuo que me pesaba horriblemente.

Convidé a almorzar a mi comprador, y manifestándole, como siempre, mi tristeza por la pérdida de mi hija, le expliqué que me resignaba a mi

soledad y que, después de algunas vacilaciones, había decidido terminar mis días en Brault, distrayéndome, como pudiera, con la caza, los trabajos de la agricultura y el cuidado de mis dominios. De este modo podría neutralizar mi pena.

Le dí las gracias por su exactitud, y nos separamos, quedando los mejores amigos del mundo; hasta llegué a afirmarle que no tenía queja de ninguno de sus obreros, llevando el disimulo hasta decir que sentía haber hecho perseguir a los Congnat y Martín Rabaud por cuatro cervatillos, que no valían el castigo de pagar una multa.

Después salí del castillo con él, y le acompañé hasta el final de la avenida, como quien no sabe de qué modo matar el tiempo.

Cambiamos un apretón de manos, y cuando se fué, me quedé sentado en el tronco de una encina recién cortada, y con la cabeza entre las manos, como si estuviera absorto en mis pensamientos; pero en cuanto le ví desaparecer a gran distancia, montado en su caballo, volví a mi casa prontamente y ordené a mi buen Prevot que fuese corriendo a Montjeu con la misión de decir al conde y a su hijo esta sola palabra:

—¡Venid!

Sabía yo que esperaban la señal y que acudirían al momento.

En efecto, a la caída de la tarde llegaron al castillo.

Nadie podía extrañarlo, pues era sabido que todos los meses pasaban muchos días en Brault, donde tenían sus habitaciones reservadas, como siempre.

Además, yo había usado de la precaución de anunciar que al día siguiente perseguiríamos un ciervo.

Nada, pues, más natural que la presencia en Brault de mis compañeros acostumbrados de carcería.

En aquella época, la comida más fuerte del día se hacía en mi casa, como en casi toda la Francia, a mediodía.

Nosotros solíamos prolongarla hasta cerca de las dos, y pasábamos la mitad del tiempo conversando con animación entre el café y los licores.

Por la noche, a eso de las ocho, se cenaba, y generalmente la fatiga de un día en que estábamos levantados desde el alba, nos obligaba a retirarnos inmediatamente después de la cena, de modo que a poco tiempo el sueño más profundo no tardaba en apoderarse de todos los habitantes del castillo.

Aquella noche la cena se adelantó algunos instantes.

El cura de Brault había venido a hacernos compañía.

Yo no le esperaba, y su llegada me causó una gran contrariedad, que supe disimular al momento, pues había llegado a ser maestro en el arte del disimulo.

Reflexionando algunos momentos después la venida de aquel santo varón que en un principio me había contrariado, me parecía verdadera suerte.

Estuvo con nosotros hasta las nueve.

Los minutos de aquella terrible noche, como todos sus detalles, han quedado grabados en mi memoria, y no se borrarán de ella.

A las nueve acompañé hasta el sitio donde había acompañado a Benoist después del almuerzo, y no volví a mi casa hasta después que hubo cesado el ruido de los pasos de su pacífica montura.

Aquel venerable anciano circulaba por su feligresía con tanta seguridad de día como de noche.

¿Quién se hubiera atrevido a hacerle daño a él que era la Providencia y el consuelo de todos?

Pasé por las cocinas donde mis criados, hombres y mujeres, acaban de ponerlo todo en orden para recogerse, y subí a mi cuarto. A las diez y tres cuartos el castillo y sus dependencias estaban sumidos en la mayor oscuridad, y sus moradores disfrutando del primer sueño.

En el campo, la luz de la luna caía de lleno sobre los bosques y llanuras.

Un viento huracanado arrastraba en el cielo algunos gruesos nubarrones.

Yo me hallaba vestido como para ir de caza, con el cuchillo de monte en el costado y la carabina a la espalda.

Me miré en un espejo.

Estaba lívido, pero en mi rostro se veía grabada la más implacable resolución.

Abrí la puerta y encontré en la escalera a dos hombres vestidos y armados como yo.

Eran Bernardo y su padre.

La presencia del conde me inquietaba.

Sus escrúpulos de hombre honrado me eran bien conocidos y temía sus objeciones; pero no había podido ocultarle la expedición, ni separarle de ella, por consiguiente.

Salimos con las mismas precauciones que hubieran tomado los bandidos al acabar de desvalijar una casa, y llegamos hasta el patio en el mayor silencio.

Allí nos esperaba Prevot, teniendo uno de mis perros a su lado.

No brillaba en sitio alguno la más pequeña luz, y todo reposaba a nuestro alrededor.

Empezamos, pues, a andar nuestro camino los cuatro hombres y el perro.

XVIII

Del castillo a la venta del Lobo había que recorrer cerca de una legua.

Después de haber entretenido al enemigo en una falsa seguridad, era necesario no prevenirle en el último momento.

Yo estaba inquieto y agitado por el resultado de aquella extraña excursión.

Había resuelto morir matando, si no conseguía desde un principio apoderarme de mis odiosos enemigos, porque la hora de desplegar mi feroz actividad había sonado.

No razonaba, únicamente perseguía mi fin, con esa idea fija que engendra la locura.

De tal modo estaba poseído, que había acabado por comunicar mi exaltación a Bernardo y a Prevot, mis dos aliados.

Marchamos a la luz de la luna por los senderos practicados en medio de los bosques, que sólo las fieras frecuentaban a semejante hora.

Los cazadores furtivos más expertos no hubie-

En el campo, la luz de la luna caía de lleno sobre los bosques y llanuras.

Un viento huracanado arrastraba en el cielo algunos gruesos nubarrones.

Yo me hallaba vestido como para ir de caza, con el cuchillo de monte en el costado y la carabina a la espalda.

Me miré en un espejo.

Estaba lívido, pero en mi rostro se veía grabada la más implacable resolución.

Abrí la puerta y encontré en la escalera a dos hombres vestidos y armados como yo.

Eran Bernardo y su padre.

La presencia del conde me inquietaba.

Sus escrúpulos de hombre honrado me eran bien conocidos y temía sus objeciones; pero no había podido ocultarle la expedición, ni separarle de ella, por consiguiente.

Salimos con las mismas precauciones que hubieran tomado los bandidos al acabar de desvalijar una casa, y llegamos hasta el patio en el mayor silencio.

Allí nos esperaba Prevot, teniendo uno de mis perros a su lado.

No brillaba en sitio alguno la más pequeña luz, y todo reposaba a nuestro alrededor.

Empezamos, pues, a andar nuestro camino los cuatro hombres y el perro.

XVIII

Del castillo a la venta del Lobo había que recorrer cerca de una legua.

Después de haber entretenido al enemigo en una falsa seguridad, era necesario no prevenirle en el último momento.

Yo estaba inquieto y agitado por el resultado de aquella extraña excursión.

Había resuelto morir matando, si no conseguía desde un principio apoderarme de mis odiosos enemigos, porque la hora de desplegar mi feroz actividad había sonado.

No razonaba, únicamente perseguía mi fin, con esa idea fija que engendra la locura.

De tal modo estaba poseído, que había acabado por comunicar mi exaltación a Bernardo y a Prevot, mis dos aliados.

Marchamos a la luz de la luna por los senderos practicados en medio de los bosques, que sólo las fieras frecuentaban a semejante hora.

Los cazadores furtivos más expertos no hubie-

ran podido orientarse en aquellos lugares, a menos que hubiesen vivido en ellos y los conociesen como yo.

Para andar por allí, hasta en las noches más luminosas, buscaban los claros de los árboles y se iban a las orillas del monte para esperar la caza.

Nosotros íbamos unos tras otro, pues atravesábamos por en medio del bosque, y los apiñados árboles apenas dejaban hueco para pasar un hombre.

El perro que llevaba Prevot, duro como el acero, olfateaba en silencio el terreno.

Yo iba delante de mis compañeros, y de cuando en cuando me detenía para escuchar.

Como es de suponer, ningún ruido llegó a nuestros oídos ni encontramos alma viviente.

Por fin, después de una caminata bastante larga, llegamos a la venta del Lobo, saqué el reloj y miré la hora.

Eran las once y cuarenta minutos cuando estábamos en el campo de batalla.

Desde un punto bastante elevado, sobre el cual había detenido a mi gente, dominábamos un vasto espacio de terreno desnudo, donde sólo se veían algunos sarmientos en medio del encinar, completamente arrasado.

Más allá de los bosques se divisaba una explanada de terreno cubierta por la niebla, y algunos

perros ladraban en las alquerías, pero tan lejos, que apenas se oía el ruido que producían entre los silbidos del viento.

A unos cien metros de nosotros estaba el chozo de los Congnat y Martín Rabaud, formado en una roca, como hay muchos en nuestro rudo país; y ocupaba el fondo de una garganta, donde se encontraba perfectamente al abrigo de la intemperie.

Aquel era el reducto que teníamos que tomar con los enemigos que le ocupaban.

Entonces noté con extrañeza que una blanca humareda salía de la chimenea de barro, que todos los carboneros y obreros que trabajan y viven en el bosque saben construir ellos mismos.

Yo me proponía llegar bruscamente hasta la guarida de aquellos lobos, echar la puerta abajo y apoderarme a viva fuerza de los tres culpables.

Allí nos esperaba una lucha innoble y repugnante, pero no me asustaba.

Diré más.

Me hubiese repugnado aprovecharme del beneficio del número, y no quería emprender la lucha más que en igualdad de fuerza con el enemigo.

Por otra parte, temía en el último momento la oposición del conde de Montjeu, por lo cual me proponía alejarle con cualquier pretexto. Hasta aquel mismo momento, el conde debía creer que

sólo se trataba de obtener de aquellos infames una confesión de su crimen, e imponerles un castigo, para el cual se prestaba a ayudarme, pero sin comprender hasta dónde llegaba la atrocidad de mis designios.

El humo que salía por la chimenea de la cabaña me daba en qué pensar.

Martín Rabaud y sus primos velaban sin duda.

Con su oído sutil de cazadores furtivos, no dejarían de oírnos llegar.

El más pequeño ruido, una hoja seca, un sarmiento roto bajo nuestro pie, bastaría para poner a los bandidos en guardia.

Entonces me dirigí al conde de Montjeu.

—¿Queréis quedaros aquí un momento?—le dije—. Velaréis en tanto que nosotros nos aproximamos al chozo, y si alguien viene por este lado nos lo avisaréis dando un silbido.

El conde vaciló un momento, pero yo era el jefe y había que obedecerme, porque así me lo habían prometido.

—Está bien—me dijo.

Y se quedó.

Yo seguí adelante, en compañía de Bernardo, Prevot y nuestro perro.

Puedo deciros, sin fatuidad, que entre todos componíamos un grupo imponente.

Vos no habéis conocido a Bernardo de Montjeu.

Era un joven admirablemente formado y de una fuerza hercúlea, de un valor a toda prueba, tanto, que en el país nadie se hubiese atrevido a atacarle de frente.

Prevot y yo, aunque teníamos cerca de cincuenta años, hubiéramos podido resistir bien a media docena de adversarios fuertes y robustos; y aunque yo no sea, hoy por hoy, ni la sombra de lo que fui, por las ruinas que sobreviven, mi querido señor cura, podéis tener una idea de lo que fué el edificio antes de que se empezara a desmoronar.

A unos treinta pasos de la choza hice seña a mis hombres para que se detuviesen, y continué solo mi camino.

Escondiéndome detrás de unas malezas que había al pie de la roca, en que estaba enclavada la cabaña, estuve escuchando con atención durante algunos minutos.

No se oía nada.

Solamente el humo blanco indicaba que estábamos en un lugar habitado.

De pronto me ocurrió una idea.

Aquella noche era la última que los carboneros debían pasar en Brault.

Era muy posible que hubieran sentido la tentación de salir a robar mi caza por despedida.

Quizás estaban al acecho en las cercanías.

Precisamente en el momento en que me hacía yo esta reflexión sonó un tiro, claro y seco, que fué a hacer explosión a un kilómetro de allí, en un pantano, que debéis conocer, y que se llamaba la Oseraie.

Mi duda se cambió en certidumbre.

Desde entonces, el camino que debíamos seguir estaba bien indicado.

Bajamos rápidamente la pendiente de roca en que nos encontrábamos, y nos hallamos a la puerta de la vivienda de los carboeros.

Esta no era muy difícil de abrir, como puede suponerse.

Un olor acre y repugnante, a tabaco y a miseria, se escapaba por las junturas de aquel antro.

Fácilmente podéis formaros una idea de lo que era aquel muladar, donde la ropa húmeda y sucia, las botas viejas, los trozos de cuero medio podrido, un lecho de hojas secas, víveres de todas clases, y, por último, aquellos tres hombres negros y cubiertos de sudor, se mezclaban en asqueroso conjunto.

En la chimenea algunos trózos de madera acababan de consumirse entre un montón de cenizas.

Los ojos de Bernardo encontraron los míos.

Allí era donde María había sufrido su martirio.

Si hasta aquel momento hubiéramos podido

conservar algunos sentimientos de humanidad, hubieran desaparecido al soplo asolador de una de las más violentas indignaciones que puedan hacer latir el corazón de un hombre.

Al entrar en aquella mazmorra hubo en mí una explosión repentina, de brutal ferocidad, y Bernardo me ha dicho después que él había experimentado también la misma sensación.

Ningún exceso de crueldad me parecía capaz de hacer expiar su crimen a aquellos bandidos.

Toda la odiosa escena de violencia se presentó ante nuestros ojos, y nos parecía escuchar los gritos de aquel ángel desamparado.

Los hubiera estrangulado entre mis manos y desgarrado sus carnes con mis dientes.

El tiempo pasaba.

Mi corazón latía con asombrosa rapidez, y la sangre circulaba por mis venas como lava ardiente.

Todo lo veía rojo.

En el interior de la choza no era fácil esconderse; pero como estaba iluminado únicamente por la claridad que proyectaba la lumbre del hogar, teníamos la ventaja de poderlos sorprender en el primer momento.

Amontonamos algunos troncos de leña a los lados de la puerta, y Bernardo y yo nos escondimos

en los dos rincones de la entrada, ocultos tras estos montones.

A Prevot le dejamos fuera, emboscado detrás de una encina, con el perro colocado entre sus dos piernas. Prevot debía encargarse del tercer bandido.

Los dos primeros nos pertenecían.

No tuvimos que esperar mucho tiempo.

Al cabo de diez minutos, poco más o menos, se oyeron algunos pasos cerca de la choza, pero sin precaución y como de persona que no tiene que temer ningún peligro.

Desde hacía mucho tiempo nuestros guardas no habían vuelto a rondar por la venta del Lobo, mostrando una benevolencia extraordinaria hacia los Congnat y Martín Rabaud.

Los tres bandidos debían, pues, creer segura su impunidad, y la creían en efecto.

No tardó en abrirse la puerta del chozo.

Los dos Congnat entraron.

Llevaban puesto en un palo un cervatillo que acababan de cazar.

En cuanto traspasaron el dintel de la puerta lo arrojaron a un tiempo al suelo.

—Buena pieza—dijo el mayor de los dos hermanos—, y que estará mejor en nuestra marmita que en la del marqués.

No tuvo tiempo de acabar.

Clavé mis crispadas manos alrededor de su cuello, y empecé a estrangularle.

Bernardo se había arrojado sobre el otro, tirándole bruscamente al suelo y poniéndole una rodilla en el pecho.

Los Congnat eran vigorosos; pero la sorpresa les paralizó, mientras que la cólera redoblaba nuestras fuerzas.

Sin embargo, trataron de resistir, aunque el que yo agarrotaba estaba en buenas manos. Al cabo de un minuto tenía toda la lengua fuera, y ya iba a expirar, cuando pensé que semejante muerte sería demasiado dulce para él.

Entonces, aprovechando la especie de desvanecimiento en que se encontraba, saqué de los bolsillos una cuerda, con la cual se hubiese podido sujetar a un toro, y le até de modo que no pudiese hacer movimiento alguno.

Entre tanto, el adversario de Bernardo pedía perdón, pero tuvo la misma suerte que su hermano.

Apenas habíamos terminado la operación de sujetar a los dos miserables, cuando el conde y Prevot llegaron con el tercer prisionero.

He aquí lo que había sucedido:

Si los Congnat tenían gran parecido con el lobo, Martín Rabaut, en cambio, se asemejaba más al zorro, como antes os he dicho.

Los dos hermanos eran valientes.

El era cobarde.

Al aproximarse a la choza había visto la enorme silueta de Prevot salir de detrás de un árbol y echarle las manos al cuello.

Su primer pensamiento fué no oponer resistencia alguna, pero tenía un oído muy fino.

La lucha que se verificaba en la choza no había dejado de producir algún tumulto, y se había puesto en guardia.

Cuando se lleva sobre la conciencia el crimen que llevaba Martín Rabaud, no es posible estar tranquilo.

Aquel miserable comprendió que pasaba algo extraordinario.

Debió decirse que no se trataba de castigar un hecho insignificante como el de haber robado un cervato.

Logró escaparse de las manos de Prevot, y emprendió una fuga precipitada y repentina.

Pero, desgraciadamente para él, Prevot tenía muy buenas piernas, y, además, aquel bandido se dirigía hacia el lado en que estaba de guardia el conde de Montjeu.

No hizo el conde más que estorbarle el paso, cuando ya Prevot dejó caer su pesada mano sobre uno de los hombros del fugitivo.

El miserable cayó de rodillas, pidiendo misericordia.

Pero Prevot estaba tan impasible como su perro.

Así es, que atando al bandido codo con codo, escoltado por el conde de Montjeu, le llevó hasta la choza.

Al ver a sus cómplices reducidos a la impotencia, y al reconocernos a Bernardo y a mí, Martín Rabaud comprendió que estaba perdido.

Pero quiso dar un golpe de audacia, y replicó:

—Vamos, no creo que valga la pena de hacer tanto ruido por un miserable cervato... Ya sabemos que vuestros bosques son vuestros; más nada tiene de extraño que por última vez hayamos querido comer un trozo de carne de la excelente caza que hay en ellos... En fin, si queréis llevarnos otra vez ante los jueces, iremos.

—No, no iréis—le contesté con ironía.

—En ese caso, sólo me resta daros las gracias, señor marqués.

—Martín Rabaud—le dije con acento solemne—, aprovechad los instantes que os quedan de vida... No iréis ante un Tribunal, porque ya estáis juzgado.

El miserable se puso lívido, y en vano trató de protestar. Yo entretanto continué:

—Os lo repito, si queréis encomendaros a Dios, apresuraos, porque tenemos prisa.

De los tres bandidos, Martín Rabaud era el

único que estaba libre, porque Prevot le había desatado por orden mía.

Echó una mirada oblicua hacia la puerta, pero vió que estaba bien guardada.

La elevada figura de Prevot obstruía la salida.

—Vamos—balbuceó Martín Rabaud—, veo que tenéis gana de bromear, señor.

—Os equivocáis.

—¿De modo que el señor marqués está, en efecto, enojado con nosotros?

—En efecto.

Aquel infame pareció tranquilizarse un poco, y añadió con una risita entre irónica y humilde:

—¿Pero qué queréis hacer con nosotros, mi buen señor?

Su risa era falsa, y todo su cuerpo temblaba como la hoja en el árbol, como para desmentirla.

Yo empezaba a saborear la venganza que los paganos han llamado "el placer de los dioses". Dueño de la situación, y con el pensamiento fijo en aquella hija querida, me hubiera dado por contento con morir inmediatamente después que aquellos cobardes bandidos.

XIX

La repugnante escena estaba sólo iluminada, como ya he dicho, por la claridad del hogar; pero esta claridad se había hecho mucho más intensa que era al entrar nosotros en el chozo, porque Bernardo de Montjeu había arrojado sobre los carbones un gran manojo de sarmientos que no habían tardado en prenderse, elevando hasta el techo sus llamas.

Al oír la pregunta de Martín Rabaud, miré a mi amigo el conde de Montjeu.

El entonces se adelantó hacia mí.

—¿Vamos a entregar estos miserables a la justicia?—me preguntó.

La hora crítica había llegado.

—A la justicia de Dios—respondí.

—¿Qué dices?

—No a la de los hombres, porque no serviría en este caso.

—¿Cómo?

—La justicia de los hombres es demasiado in-

único que estaba libre, porque Prevot le había desatado por orden mía.

Echó una mirada oblicua hacia la puerta, pero vió que estaba bien guardada.

La elevada figura de Prevot obstruía la salida.

—Vamos—balbuceó Martín Rabaud—, veo que tenéis gana de bromear, señor.

—Os equivocáis.

—¿De modo que el señor marqués está, en efecto, enojado con nosotros?

—En efecto.

Aquel infame pareció tranquilizarse un poco, y añadió con una risita entre irónica y humilde:

—¿Pero qué queréis hacer con nosotros, mi buen señor?

Su risa era falsa, y todo su cuerpo temblaba como la hoja en el árbol, como para desmentirla.

Yo empezaba a saborear la venganza que los paganos han llamado "el placer de los dioses". Dueño de la situación, y con el pensamiento fijo en aquella hija querida, me hubiera dado por contento con morir inmediatamente después que aquellos cobardes bandidos.

XIX

La repugnante escena estaba sólo iluminada, como ya he dicho, por la claridad del hogar; pero esta claridad se había hecho mucho más intensa que era al entrar nosotros en el chozo, porque Bernardo de Montjeu había arrojado sobre los carbones un gran manojo de sarmientos que no habían tardado en prenderse, elevando hasta el techo sus llamas.

Al oír la pregunta de Martín Rabaud, miré a mi amigo el conde de Montjeu.

El entonces se adelantó hacia mí.

—¿Vamos a entregar estos miserables a la justicia?—me preguntó.

La hora crítica había llegado.

—A la justicia de Dios—respondí.

—¿Qué dices?

—No a la de los hombres, porque no serviría en este caso.

—¿Cómo?

—La justicia de los hombres es demasiado in-

cierta, y, además, si me valiera de ella el nombre de mi adorada María sería pasto de la curiosidad pública.

—Pero entonces...

—Entonces—le dije—, esos dos hombres van a ser ahorcados.

Y señalé con la mano a los dos hermanos Congnat, tendidos en el suelo.

Debo decir la verdad.

Al oírme no hicieron el menor movimiento.

Sus rostros tuvieron sólo una expresión desdeñosa para esta amenaza.

Martín Rabaud se encogió de hombros.

—¿Queréis burlaros?—dijo—. Demasiado sabemos que sois cristiano y que no podéis hacer eso... Si no, no iríais a misa los domingos... Además, hay gendarmes que se preguntarán: “¿Pero dónde habrán ido a parar los hermanos Congnat, Juan y Marión y nuestro buen amigo Martín Rabaud?”

Aquel canalla se había repuesto por completo de su primera impresión de miedo.

Con su espíritu vivo y sutil, había calculado sus ventajas abogando en su favor.

Y en el fondo tenía razón.

Cualquiera que fueran las apariencias, no era posible que el marqués de Brault cometiese un asesinato, ni aun para vengar un crimen tan gran-

de como aquél; no era posible que asesinase a tres hombres, exponiéndose al deshonor de ser perseguido y juzgado ante los Tribunales...

Y es que Martín Rabaud no contaba con mi odio ni con la cólera furiosa que me cegaba.

—Ahora vas a verlo—le dije, apoyando mi mano con tanta fuerza sobre uno de sus hombros, que le hice caer de rodillas. ¡Mira!

Y sacando de mi bolsillo un lazo ya preparado, y semejante al que usan los cazadores furtivos para estrangular a los ciervos, le sujeté sólidamente a la techumbre de la choza.

El nudo corredizo vendría a parar a unos seis pies del suelo.

Estaba hecho con una cuerda compuesta de cuatro hilos de alambre, y era sumamente escurridiza porque estaba ensebada.

Marión Congnat no podía defenderse.

Me incliné hacia él, y le dije:

—¡Ahora vas a expiar tu crimen, execrable bandido!

Aquel hombre me oyó impasible.

Su hermano, en cambio, trató de levantarse, y sus dientes rechinaron de furor ante su impotencia.

Entonces, mi amigo el conde de Montjeu, me cogió por un brazo, y me dijo gravemente:

—Olivier, esa venganza es indigna de tí, y no la cumplirás.

—Lo he jurado sobre la cabeza de mi hija moribunda.

—Ella te suplicó que perdonases.

—Pero yo no he perdonado.

—¿Eres mi amigo?

—Sí.

—Pues en nombre de nuestra antigua amistad te ruego que renuncies a tus siniestros planes.

—¡Imposible!

—¿Por qué?

—Lo he jurado.

—Entonces, te dejo.

—Como quieras, pero te advierto que nada en el mundo los salvará.

—Si haces eso, jamás volveré a verte ni a dirigirte la palabra.

—Estás en tu derecho.

—Será el remordimiento de toda tu vida.

—Estoy resignado.

—Ese miserable mismo acaba de decírtelo, tu acto no es propio de un cristiano.

—Pero lo es de un hombre.

—Eres inflexible.

—Más lo fueron ellos.

—Bernardo—ordenó entonces el conde, volviéndose hacia su hijo—, te prohibo que prestes tu ayuda para cometer este asesinato.

—¡Padre!—contestó el vizconde de Montjeu, con voz ronca—, lo he prometido.

—¿Me desobedeces?

Bernardo bajó la cabeza, y repitió:

—¡Lo he prometido!

—¡Por la salvación de tu alma, hijo mío!

—insistió con angustia el desgraciado padre.

—¡Estos miserables asesinaron a mi María!...

—¡Piensa que vamos a separarnos para siempre!

—¡Lo he prometido!

El conde de Montjeu dejó caer sus brazos con desesperación, y dió un paso atrás.

El fué quien cedió.

—Hágase vuestra voluntad—murmuró.

Y saliendo del chozo, se alejó a alguna distancia.

Prevot, que guardaba la puerta, le vió arrodillarse en la tierra húmeda del bosque, descubrirse y hacer la señal de la cruz, permaneciendo en oración durante algunos minutos.

Precisamente en aquellos momentos ejecutábamos nosotros a Marión Congnat.

Su cuerpo se agitó de un modo repugnante y horrible, y después cesó de moverse.

La cabeza, amoratada y con toda la lengua fuera, cayó inerte sobre su pecho.

Estaba muerto.

Entonces pasó un incidente digno de mención. Martín Rabaud, horrorizado, trató de forzar la puerta y huír.

Pero Prevot, de un puñetazo formidable, le envió, rodando, al lado de Juan Congnat, el cual le asió con una mano que sus ligaduras dejaban algo más libre.

—¡Maldito seas!—le gritó—¡malditos seas, tú, que eres la causa de todo!... Por ti mataron a mi hermano Marión y por ti voy a ser ahorcado como él... A no ser por ti, nunca habiéramos tenido la idea de violentar a aquella desgraciada, que nos pedía misericordia... Si a nosotros por ayudarte nos ahorcan, ¿qué harán entonces contigo, bandido?

Y le escupió en el rostro.

En seguida añadió, dirigiéndose a mí:

—¡Acabad pronto!... Y si no queréis manchar las manos en la sangre de ese canalla, dejadme a mí que me arregle con él; pero no dejéis al más culpable sin castigo, porque sin él nada hubiera pasado.

No respondí.

A pesar de esto, Juan Congnat debió comprender en mi mirada que la suerte de su primo estaba decidida.

Martín Rabaud debió comprenderlo también, pues se arrastró a mis pies, gritando:

—¡Gracia!... ¡Perdón!

Después empezó a lanzar verdaderos aullidos, por lo cual Prevot se aproximó a él y le amordazó con su pañuelo, ayudado por mí.

Entonces Bernardo tuvo piedad de Juan Congnat.

El valor tiene siempre sus fanáticos.

—Toma—dijo, dándole una pistola—, puesto que eres valiente, levántate tú mismo la tapa de los sesos.

Y al propio tiempo cortó sus ligaduras.

Juan Congnat cogió la pistola, y murmuró:

—Gracias.

E inmediatamente sonó una detonación.

El carbonero quedó muerto en el acto, con el cráneo deshecho.

Sus ojos quedaron fijos en Martín Rabaud, y le hubiesen aniquilado si hubieran tenido el poder del rayo.

Era necesario hacer desaparecer cuanto antes las huellas de aquella espantosa escena.

Los Congnat y Martín Rabaut tenían unas parihuelas formadas por algunas ramas gruesas de árboles, de que se servían para transportar sus útiles y los haces de leña que necesitaban en un punto o en otro.

Pusimos los dos cadáveres sobre aquellas pa-

rihuelas, y mostrándole yo a Martín Rabaud los dos brazos de delante, le dije:

—Coge de ahí, y en marcha.

Martín no podía lanzar un grito ni pronunciar una palabra.

Obedeció con paso vacilante.

Prevot le empujaba para obligarle a andar.

¡Qué lúgubre cortejo!

Caminamos durante una hora por un sendero que nos condujo hasta un inmenso vivero, ya muy crecido y espeso, en el cual no habían de cortar ni un árbol antes de muchísimo tiempo.

Los bosques de Brault estaban divididos en treinta zonas, y de éstas se cortaba una cada año, como ya os he dicho.

Llegamos por rodeos que no podían ser conocidos más que de los habitantes del dominio, a una antigua cantera donde había hornos de cal, abandonados desde hacía más de medio siglo.

Había habido allí una habitación en época antigua y un pozo de una gran profundidad y cubierto por una losa, que quedaba oculta por completo bajo los guijarros y espesas malezas que la cubrían.

Prevot y yo separamos aquella piedra, y obligamos a Martín Rabaud a que arrojase los cadáveres de sus dos compañeros por la boca del pozo que habíamos dejado descubierto.

Al hacerlo así se oyó el ruido de aquellos cuerpos inertes que chocaban contra las paredes, cayendo por fin en el agua con tal fuerza que hasta llegó a salpicarnos.

Volvimos a colocar la losa encima de la abertura, teniendo cuidado de volver a echar sobre ella los guijarros que la cubrían, y de ocultarla otra vez con las malezas, y nos pusimos en camino.

Aquella zona contenía ella sola doscientas fanegas de bosque de encinas.

Desde entonces nadie ha vuelto allí a cortar un palo.

En ese monte espeso, hasta el punto de que hoy nadie puede penetrar en él, se ocultan los restos de aquellos desgraciados.

Mientras yo viva, ningún leñador ha de hacer en él uso de su hacha.

El rostro de Martín Rabaud estaba oculto por la mordaza casi por completo, y sólo podíamos ver de él los ojos, que expresaban una angustia mortal.

Si hubiera podido adivinar la muerte que le aguardaba, se hubiera precipitado en el abismo detrás de sus dos primos.

Emprendimos de nuevo la marcha, llevando delante de nosotros a aquel miserable, como los carniceros llevan también delante al buey que conducen al matadero.

Sólo habían quedado conmigo Bernardo y Prevot.

El conde nos había dejado al empezar a efectuar nuestra venganza.

Cuando pasamos por uno de los puntos más altos del dominio, vimos una luz rojiza que iluminó el cielo, a una enorme distancia ya de donde nosotros estábamos.

Era la choza que ardía.

El fuego del hogar se debía haber comunicado a las hojas secas y leñas que habíamos amontonado para ocultarnos.

Aquella claridad no duró mucho tiempo, puesto que después de quemada la cabaña no había combustible a su alrededor ni otra cosa que peñas, entre las cuales estaba construída la choza.

Martín Rabaud se echó al suelo, negándose a dar un paso más.

—¡Anda, bandido!—le dijo Prevot, haciéndole levantar a fuerza de golpes...

—¡Mira cómo está ardiendo tu espantosa guarida!

En aquel momento un escalofrío recorrió todo su cuerpo.

Acababan de oírse los aullidos de algunos perros a poca distancia.

Habíamos llegado al final de nuestra carrera.

Pronto aquellos ladridos se hicieron más nutridos, y, por último, furiosos.

Los treinta sabuesos de la trailla que calzaban los lobos, sentían que nos aproximábamos, y olisqueaban una presa que devorar.

Desde su llegada a Brault era Prevot el que siempre les daba de comer, y todas las veces les llevaba la comida cubierta con un paño negro, semejante a la blusa que llevaban los carboneros.

Además, desde hacía tres días no se les había dado alimento alguno.

Hoy pido perdón a Dios y a los hombres por aquel hecho bárbaro y feroz, impropio aún de las mismas fieras.

Aquella idea la había yo tomado cierta noche en que leía *d'Athalie*, de Racine.

Los perros devoradores que se disputaban las carnes de Jezabel, me hicieron pensar en los míos; pero como no quería convertir en verdugos a los nobles canes que componían mi trailla, me procuré otros de la raza más feroz que pude encontrar.

Su establo estaba lejos del castillo.

Nadie le guardaba.

—Detuve a Martín Rabaud, cuyas piernas flaqueaban.

—Si tienes algo que pedir a Dios—le dije—, ya es tiempo..., de rodillas.

Aquel hombre fijó en mí una mirada de loco.

—Ha llegado tu última hora—proseguí—. Tu chozo se ha quemado, tus cómplices han muerto... Dentro de un instante no quedará resto del crimen ni de los criminales.

Martín Rabaud se arrojó al suelo, lanzando gemidos inarticulados.

—¡Piedad!—exclamó.

—No hay piedad.

—¡Perdón!

—No hay perdón.

Y trató de esconder la cabeza en un agujero que hacía con las uñas, como un topo que se entierra.

Entonces hice una señal.

Prevot le cogió por la cabeza y yo por los pies...

Abreviaré el relato de su suplicio, cuyo recuerdo es hoy el mío.

Estábamos ya junto al corral en que estaban encerrados los hambrientos perros.

Alzamos el cuerpo del miserable y lo arrojamos por encima de la tapia.

Bernardo de Montjeu se cubrió el rostro con las manos e hizo lo mismo que había hecho su padre.

Se hincó de rodillas en el suelo.

Yo quedé en pie junto a Prevot, mirando con

ojos secos y ávidos el espantoso festín y escuchando los gritos salvajes de aquel hombre, que no parecían proceder de un ser humano.

La luna, oscurecida por una nube, me evitó tan horrible espectáculo.

Sólo pude ver un montón de perros que se arrojaban sobre un ser invisible, y oí el ruido de carnes que se desgarraban y de huesos que se desarticulaban, obedeciendo al impulso de aquellas terribles mandíbulas.

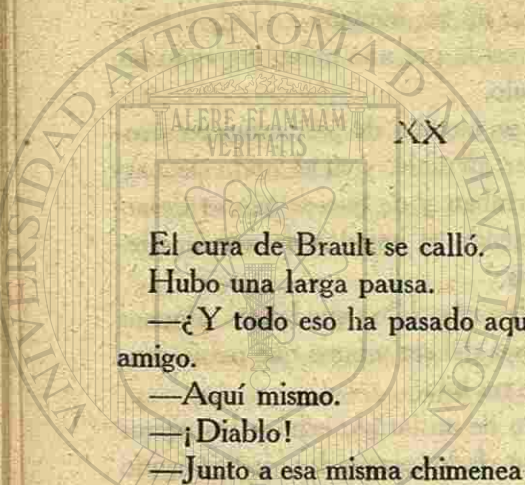
Media hora después sólo quedaban algunos fragmentos informes del ser infame que había causado la muerte de mi hija.

Prevot, armado de un látigo, echó a los perros que se habían quedado rezagados, y reuniendo aquellos despojos, fué a enterrarlos al pie de una encina secular, que después he visto muchas veces en sueños, y siempre tengo bien presente cuando estoy despierto.

Todo había acabado para aquellos miserables.

Pronto la expiación debía empezar para mí.

¡En la vida todo tiene compensación más o menos lejana!



El cura de Brault se calló.

Hubo una larga pausa.

—¿Y todo eso ha pasado aquí?—preguntó mi amigo.

—Aquí mismo.

—¡Diablo!

—Junto a esa misma chimenea me contó el marqués lo que acabáis de oír. La alameda donde sorprendió la conversación de Bernardo de Montjeu con su hija es esa por donde pasáis todos los días, y en este momento estoy yo sentado en el propio sillón del anciano marqués.

—¿Y qué sucedió después?

—Nada.

—Pero la justicia intervendría...

—¿Qué había de intervenir?...

—Para explicarse la impotencia de la justicia en este asunto es necesario representarse el Morvan tal y conforme era en aquella época. En Brault sólo había dos caminos por los cuales pu-

dieran circular carros. El resto del país estaba surcado de malas travesías y senderos estrechos, por los cuales apenas podía pasar un caballo. Y la mayor parte de estas sendas, cambiadas en arroyos durante el invierno, y hendidas como los lechos de los ríos, formaban una especie de trincheira por las que se caminaba como por un foso, sobresaliendo únicamente la cabeza del caminante del nivel del terreno.

Por otra parte, en aquel tiempo cada uno era independiente en sus dominios, por limitados que fuesen; y el del marqués de Brault era muy extenso. Sólo su guardabosque hubiera podido extrañar algo; pero la desaparición de aquellos tres auverneses, que no tenían nada, ni aun familia casi, pues eran solteros todos tres, no era un acontecimiento que pudiese llamar la atención, y nadie se fijó en él.

Supusieron que aquellos carboneros habrían ido a buscar trabajo a otra parte: esa fué toda la oración fúnebre.

Así es que en realidad nadie se apercibió de nada de lo que había pasado más que el marqués de Brault, el vizconde de Montjeu y el honrado Prevot, pues el padre del vizconde no había tomado parte en la muerte de aquellos desgraciados, y se había encontrado hasta el fin en la más com-

pleta ignorancia respecto a los proyectos del marqués.

Después había tenido conocimiento de ellos cuando ya no le era posible evitar nada; pero, como era natural, no podía ser el denunciador de su amigo y de su hijo.

En cuanto al marqués, su fiel Prevot y Bernardo de Montjeu permanecieron tan impenetrables después de la venganza como lo habían sido antes, de modo que ninguno de sus servidores tuvo la más leve sospecha de lo que allí había pasado.

Desde el día siguiente a aquellos sucesos el marqués siguió haciendo su vida ordinaria.

El conde de Montjeu volvió a su castillo, pretextando una indisposición que le impedía tomar parte en las distracciones de los demás, y en efecto, se le notaba triste y taciturno.

Durante todo aquel invierno, el marqués y Bernardo de Montjeu siguieron cazando con una frecuencia y un entusiasmo que tenía un doble objeto: primero, el de causarles una fatiga grande con la cual podían alcanzar un reposo que los espectros de sus víctimas turbaban sin cesar, y segundo, el desorientar a aquellos que hubieran podido concebir sospechas.

Pero cuando pasó el verano, he aquí lo que sucedió.

Se supo en Brault, con gran sorpresa, que el

marqués renunciaba para siempre a su pasión favorita.

Se le vió repartir sus perros entre todas las traíllas célebres de la Borgoña y del Morvan, donde se apresuraban a recogerlos con entusiasmo.

Después el marqués partió para un largo viaje, en compañía de Bernardo de Montjeu.

Durante dos años ni uno ni otro parecieron por el país.

El marqués me dijo que durante aquel tiempo había tratado de desechar el recuerdo del espantoso drama que tanto le preocupaba, recorriendo el mundo en diferentes direcciones.

Acompañado de Bernardo, ligados ambos por una afección indestructible y siempre tristes y melancólicos, visitaron el Oriente, Jerusalén y Constantinopla; atravesaron Rusia y Austria..., pero sin poder encontrar por ninguna parte el reposo que tanto necesitaban.

Cuando la conquista de Argel, Bernardo de Montjeu se alistó como voluntario, primero a las órdenes del general Bourmont y después a las del general Bugeaud.

En 1842 fué muerto en una acción de guerra.

Entonces tenía el grado de jefe de escuadrón de cazadores de Africa.

Sé de memoria la sentida carta que el joven escribió a su padre momentos antes de morir, y

cuya copia envió éste al marqués de Brault, que me la ha enseñado varias veces.

Estaba concebida en los siguientes términos:

“Mi querido padre:

“Acabo de ser herido mortalmente. Hace dos años que ando buscando la muerte, que se ha hecho esperar demasiado. Hoy llega, y la bendigo.

“Creeréis, sin duda, que el remordimiento de un acto que habéis tenido la delicadeza de no reprenderme nunca, y al cual no habéis hecho jamás alusión, es el que ha pesado sobre mi conciencia y hecho de mi vida una pesada carga.

“Os juro que no.

“Es cierto que nuestra venganza traspasó los límites de la justicia; pero aquello fué un castigo por el que he pedido muchas veces perdón al Señor que me ha de juzgar.

“Dios debe haberme perdonado, porque ya no he vuelto a censurármelo nunca.

“Aquellos hombres mataron para siempre mi felicidad y la de la más pura, inocente y dulce de las criaturas. Sufrieron su castigo. Fué la pena del Talión.

“Lo que me ha hecho la vida insoportable y odiosa es el recuerdo del martirio que sufrió aquel ángel a quien yo amaba con un amor único, sin límites; que había nacido para hacer vuestra dicha

y la mía, y que creció, si es posible, con el fin trágico de mi adorada prometida.

“Este recuerdo ha sido la pesadilla de mis sueños y el tormento de mi vida. No creo que haya pasado un solo minuto sin que haya tenido ante mis ojos aquel horrible espectáculo. Abrigo la firme certidumbre de que María me espera y voy a reunirme a ella.

“¡Adiós, padre mío!

“Bienvenida sea la bala que va a libramme de mis torturas.

“No os cause pena una muerte que me proporciona la felicidad.

“Os deseo una vejez dichosa y os envío al expirar la expresión de mi apasionado cariño.

“No he querido suicidarme, y he sido recompensado por la suerte.

“¡Muero por mi patria!

“¡Adiós!

BERNARDO DE MONTJEU.”

Aquella epístola estaba firmada por el moribundo, pero escrita por su coronel, el conde de Frandieu.

El coronel había añadido un *post-scriptum* a la carta destinada al marqués de Brault.

Decía así:

“Bernardo me lo ha contado todo. Era un corazón noble.

”Si el castigo fué atroz, lo excusaba una justa cólera. Padre, hubiese obrado del mismo modo que vos.

”Permitidme que os estreche la mano a través de los espacios que nos separan.

“EL CORONEL FRANDIEU.”

El cura de Brault hizo una breve pausa, y después dijo:

—Ahora ya lo sabéis todo. Si he hablado así, ha sido porque el marqués no me recomendó el secreto.

Según me dijo, se había confesado de su crimen algunos meses después de cometerlo.

Ya os dije que fué con mi antecesor, que ha dejado en el país fama de verdadero santo.

Sin embargo, el recuerdo de aquella noche terrible le perseguía sin cesar, y fué su constante preocupación durante los cuarenta años que vivió después de aquella ejecución sangrienta.

Todo lo que sé respecto a esta confesión fué que el sacerdote impuso al marqués la penitencia de renunciar para siempre a su pasión de caza, causa primera de esta espantosa venganza.

El marqués se resignó a aquel sacrificio, y nunca, por grande que fuese la privación que para él

suponía, volvió a poner su mano sobre ningún cuchillo o escopeta de caza.

Desde entonces no se oyeron más en los inmensos bosques de Brault el sonido de las bocinas ni los ladridos de los perros.

Jamás volvieron a hollar su suelo aquellas brillantes cabalgatas, a la cabeza de las cules iba el cazador más renombrado de ese magnífico y salvaje país que se llama el Morvan.

El marqués de Brault hizo una vida de silencio y de retiro en su castillo, como hubiera podido hacerla en un claustro.

Por todos aquellos contornos ha dejado una memoria venerada.

En tres leguas a la redonda de su castillo no había ni un solo pobre.

El marqués corría sin cesar por montes y valles en un jaquito nervioso y rústico, buscando miserias que consolar y enfermos que curar, y así gastaba todas sus rentas.

Se había propuesto reemplazar de este modo, junto a sus colonos y leñadores, a su hija María, la muerta aquella, cuyo pensamiento le arrancaba lágrimas todos los días.

El marqués lanzó su último suspiro a mi presencia y a la de su fiel Prevot, según su deseo, que nos había manifestado, pues nos suplicó que no le abandonáramos en su último trance.

Sus postreras palabras, que yo recogí, fueron éstas.

—¡María!... ¡Perdonadme, Dios mío!

Todo lo que puedo afirmaros para terminar, es que el autor de esta horrible venganza era en el fondo el ser más dulce, más generoso y más bueno que he conocido, lo cual demuestra que una pasión puede arrastrar en una hora de locura a cometer los actos más criminales a las mejores naturalezas.

De los demás personajes de esta historia poco podré deciros.

El doctor Burel murió en Brault, a fines del año 1845.

Nunca dejó de ser el íntimo amigo del marqués y siguió pasando en su casa los dos tercios del año como cuando vivía su ahijada en tiempos más felices.

El conde de Montjeu, mucho más joven que el doctor, falleció lleno de pena poco después de su hijo, legando todos sus bienes al marqués de Brault, quien al morir se los legó a su vez a los hospitales de Nevers, de Chateau-Chinon y de Autun.

Prevot no sobrevivió a su amo casi nada.

Dos meses después de enterrar al marqués lanzó su último suspiro aquel modelo de servidores, del cual van quedando ya pocos ejemplares.

El cura de Brault se levantó.

Eran las doce de la noche.

¿Qué os parece mi historia?—me preguntó.

—Me parece siniestra y de un interés palpitante—le contesté—, y quisiera poderla contar como vos para formar con ella un libro que acaso sirviera de ejemplo a otros desgraciados.

—Libre sois para ello, pues hace más de medio siglo que ha pasado todo eso, y ya no sobrevive ningún miembro de esas dos familias... ¡Así pasa todo en este mundo; hombres y cosas! Escribid el libro, que éste queda y siempre causa el bien cuando es bueno.

El bondadoso anciano se dispuso a partir.

Cubrió la blanca cabeza con un sombrero, levantó la sotana y echó sobre sus hombros una especie de pelerina.

Estaba dispuesto.

Mi amigo y yo le acompañamos, siguiendo su jaquita y alumbrando el camino con un farolillo.

La noche se había despejado y un fuerte viento de Oeste arrastraba las últimas nubes.

Caminamos por una alameda bastante ancha durante un cuarto de hora, cuando el cura nos detuvo.

—Aquí estaba el establo y el corral donde tenía el marqués encerrados a los treinta perros que devoraron a Martín Rabaud, y nunca pasó por

este sitio sin experimentar un estremecimiento de horror.

Y añadió al llegar un poco más abajo:

—Veis esa enorme encina?

—Sí.

—Pues ahí fué donde Prevot enterró los restos de aquel miserable.

A la orilla del camino, una cruz de granito, grande, sólida y construída para durar siglos, se alza majestuosamente, despertando la curiosidad de los viajeros que circulan por allí.

El cura de Brault señaló aquella cruz y dijo:

—El marqués mandó erigir esta cruz que aquí veis diez años después de su venganza...

La justicia humana no tenía ya derecho a perseguir a los autores de aquel crimen, que Dios mismo habrá sabido dispensar en su infinita misericordia.

Continuamos luego nuestro camino hasta la iglesia de Brault.

Dicha iglesia está unida al cementerio, como para cobijar con su sombra a los cuerpos que en él yacen.

Cuando ya íbamos a alejarnos, después de haber estrechado la mano del anciano, éste nos detuvo, y señalándonos dos escalones de piedra, nos dijo:

—Entrad ahí.

Y nos condujo junto a los muros de la iglesia.

Allí vimos una tumba de mármol blanco, que desaparecía casi bajo la hiedra y las plantas parásitas.

El cura de Brault separó algunas ramas, y tomando el farolillo de manos de mi amigo, proyectó su luz sobre una inscripción algo borrosa, en la cual pudimos leer lo siguiente:

AQUÍ YACE

MARÍA DE BRAULT,

prometida del vizconde Bernardo de Montjeu,

MUERTA Á LOS 18 AÑOS Y 2 MESES

el día 16 de julio de 1827

FIN DE LA NOVELA

